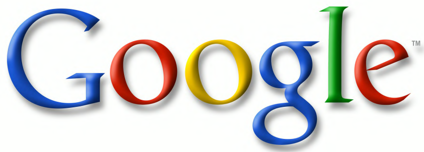
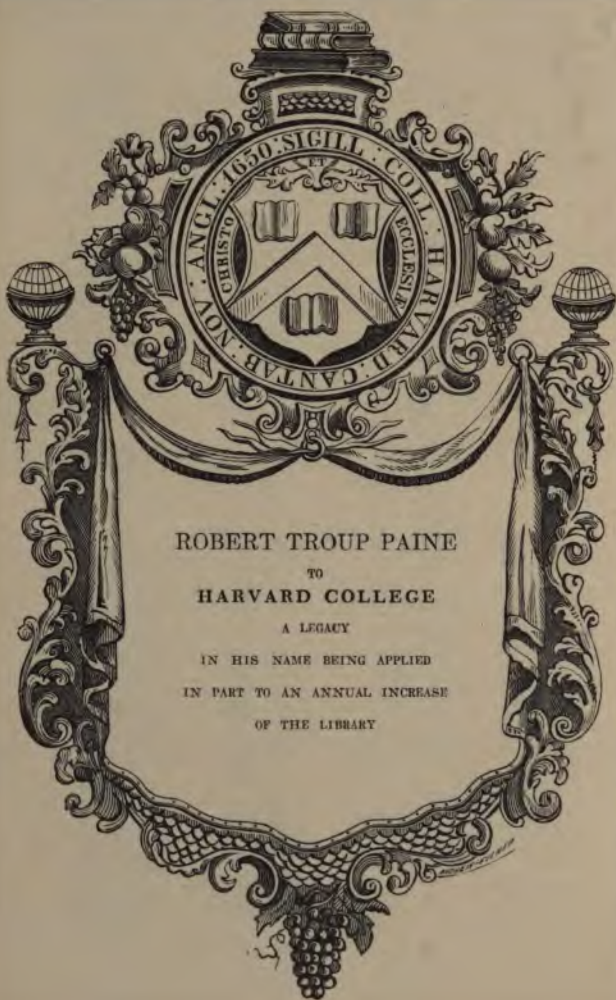

Google


NOV : ANGL : 1650 : SIGILL : COLL : HARVARD : CANTAB :
CHRISTO ET ECCLESIÆ
ROBERT TROUP PAINE
TO
HARVARD COLLEGE
A LEGACY
IN HIS NAME BEING APPLIED
IN PART TO AN ANNUAL INCREASE
OF THE LIBRARY



Clorinda Matto de Turner

CLORINDA MATTO DE TURNER

BOREALES

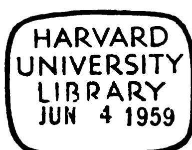
MINIATURAS

Y

PORCELANAS



BUENOS AIRES
Imprenta de Juan A. Alsina, México 1422
1902


HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY
JUN 4 1959



Á LA MEMORIA DE MI VENERADO PADRE

EL SEÑOR DON RAMÓN MATTO.

A MODO DE INTRODUCCIÓN.

La tarde moría.

Los alambrados extendidos en la pampa como telarañas de plata, temblequeaban coqueteando con los hilos de oro que el sol, próximo á sumergirse en este mar de verdura, extendía sobre esa tarde moribunda.

En mi mente relampagueaba, también, la idea en medio de la tempestad de los recuerdos; y cintilaba en evocaciones fantasmagóricas de cosas reales convertidas casi en ilusorias, por la acción del tiempo, ni más ni menos que los cuarzos del carbono cuajados por los siglos, vienen á ser diamantes que juegan con el íris.

Me detuve á contemplar la tarde, el sol, la pampa, los alambrados que son linderos; todo un escenario estimulante á la vibración de mi sér con el recuerdo de la patria; confundiendo en

afecto íntimo á los de allá con los de acá; y en esa tarde germinó este libro.

Hoy lo entrego á la prensa recogiendo en un volúmen las hojas que he derramado casi diariamente en faena periodística; unas, que son fruto de labor paciente en la observación y la historia; otras, como haz de páginas esparcidas por el viento huracanado en las horas sin descanso de viajera, de proscrita, de operaria en la factoría de los grandes pueblos donde hay que ganarse el pan á peso de oro. De aquí deriva la necesidad de separarlas por partes; ésta la razón por la cual las titulo: BOREALES, MINIATURAS Y PORCELANAS.

Pongo mi libro en manos de mis lectores, abrigando la pretensión de que en sus páginas hallarán nombres y fechas que más tarde han de ser buscados por los que de literatura se ocupen en nuestro naciente taller americano.

¿Nos hemos explicado lo suficiente? Pues narraré.



BOREALES.

EN EL PERÚ.

NARRACIONES HISTÓRICAS.

> **No fué el valor en la gigante lidia**
> **Lo que faltó al Perú. Con ardimiento**
> **Generoso, creciente, inextinguible**
> **Cáceres luchó. La negra Envidia**
> **Y la Traición en tenebrosa alianza**
> **Aislaron al guerrero en su pujanza**
> **Y lo dejaron solo en la contienda!**
> **Caiga sobre ellos maldición tremenda**
> **Y en medio á los escombros calcinados**
> **Que la borrasca amontonó, espantosa,**
> **Levantemos la enseña victoriosa**
> **Del trabajo fecundo**
> **Y á su sagrada sombra, transformados**
> **Los hijos del Perú, con noble ejemplo,**
> **Reconstruyamos á la faz del mundo**
> **De nuestra Patria el magestuoso templo!**
>
> A. MORALES TOLEDO.
> *Canto épico á Huamachuco.*

PLEGADA la enseña que el invasor dejó flameando en el palacio de Pizarro; derrocado el gobierno impuesto por el enemigo; retirado al hogar el general don Miguel Iglesias; debió, pues, vibrar en todos los ámbitos nacionales el canto del poeta soldado y por doquiera levantarse «la enseña del trabajo fecundo».

Por mal de la Patria, entre los elementos maléficos que fermentan en el seno de los escombros, quedaban los gérmenes de la ambición desmedida y la vanidad infecunda.

Paz! *pax multa,* era el supremo reactivo para la madre nuestra agonizante y á ella se entregaron los pueblos después del 3 de Junio de 1886, fecha en la que ascendió al mando supremo de la República el general don Andrés A. Cáceres, llamado el héroe de la resistencia y fundador de ese partido Constitucional que tomó por distintivo el *rojo,* rojo como la sangre derramada en defensa de la bandera nacional.

Cuatro años de labor, tal vez, sólo significaban la desmontación de los escombros dejados por el incendio, la tala y el saqueo.

Surgió la época de la trasmisión de mando que, desgraciadamente, vino á recaer en una personalidad mediocre, casi pobre de aptitudes de estadista; pero el país apreciaba la paz como la prenda segura de reacción y á la paz sacrificó conveniencias de otro género y simpatías personales.

Otros cuatro años de paz y de trabajo ya le señalaban nuevos rumbos á la República; en la espectativa de las naciones americanas, el Perú merecía las simpatías de todas menos una; sólo una se inquietaba por la existencia vigorosa de la paz y de la unión, salvadoras de las naciones; y los gérmenes de la ambición desmedida y de la vanidad infecunda fermentaban en el seno de la República.

Chile, que al lanzarse á la guerra de conquista lo hizo con plan meditado y programa definido, necesitaba asesinar esa Paz y buscaba el brazo para entregarle el *corvo,* y lo halló en el mismo que en San Juan y Miraflores le abandonó las puertas de la suntuosa capital desertando á carrera abierta hácia las criptas solitarias del interior.

La noble sangre peruana que nos sustenta parece que se agolpara en borbotones al corazón, tiñendo los puntos de nuestra pluma, cuando queremos recordar algo de aquella guerra cruenta del Pacífico, en la cual el Perú ha pagado con la sangre de sus venas, por sus hijos, con el oro de sus vetas, con el salitre de sus sabanas, con girones de su propio corazón, mutilado en Tarapacá, y con los grillos del cautiverio, remachados sobre Arica y Tacna; ha pagado, decimos, su leal proceder para con la hermana República de Bolivia; y oleajes desconocidos vienen de los misterios del pasado para avivar la ira santa de nuestra alma y fundirla luego en el crisol de la propia impotencia.

Los que cantaron sobre los muros de Babilonia han lanzado los ayes más profundamente doloridos.

Las que hemos llorado sobre las ruinas del Perú, después de la tala chilena, hemos llorado lágrimas de fuego y hemos mirado como á semi-

dioses á los mortales que supieron pelear sin huirse como mercenarios.

La palabra REVOLUCIÓN, que en las repúblicas latino americanas tiene vibración tan sugestiva, estaba amortiguada en el Perú con ocho años de paz, de 1886 á 1894.

Chile buscaba al hombre para su corvo.

Chile lo halló en el señor don Nicolás de Piérola, y sólo restaba encontrar el pretexto.

Aliados, con opción á los beneficios, entraron el señor don Guillermo Billinghurst y el señor Delegado Apostólico residente en Lima.

Se fué á buscar elementos para la descomposición social en la morada de los chacales que envenenarían las fuentes de salud nacional, como la prensa, el púlpito y la cátedra universitaria.

El momento de exhibir el *pretexto* no se dejó esperar, pues éste vino en la forma en que se produjo la herencia de la banda presidencial á la muerte del general don Remigio Morales Bermúdez, acaecida el 1° de Abril de 1894, asistido por los médicos Lino Alarco, Leonardo Villar, Celso Bambaren, Belisario Sosa, Julio Becerra, J. C. Castillo, C. J. Carvallo, Manuel A. Muñiz y Wenceslao Salazar.

El señor Morales Bermúdez había sido elegido primer mandatario, siendo acompañado por el doctor don Pedro A. del Solar como primer vicepresidente y como segundo el coronel Borgoño.

El doctor Solar nació en la ciudad de Lima el 26 de Noviembre de 1829 é hizo carrera brillante como periodista, más aún que como abogado, porque á esta profesión no le consagró el afecto ni el entusiasmo que al diarismo, ascua de fuego que purifica, que retempla, que consume según el que maneje el fuelle y el cómo lo maneje.



(DOCTOR SOLAR)

La conducta del doctor Solar en la guerra con Chile fué digna y su actuación al lado del dictador Piérola, disculpable, porque un error de concepto le guiaba. Para lanzar esta afirmación nos apoyamos en la siguiente confesión.

Una tarde del mes de Junio de 1883 conversábamos con el doctor Solar, en una glorieta de la hacienda Chiñicara, propiedad de don José Astete, en el Cuzco; teníamos nuestras tazas de café Marcapata sobre la mesilla rústica y rememorábamos sucesos políticos en los cuales nuestro ilustre amigo lanzó opiniones respecto del señor Piérola, acusándolo de vanidoso y ambicioso vulgar.

—Y cómo usted ha sido su segundo, casi su brazo derecho?—le interrogamos.

—Es que creí servir á un carácter y me encontré con una beata calculista,—nos respondió.

—Entonces, si usted llegase al Poder sería inflexible, y sanguinario, una especie de don Pedro el Cruel? volvimos á interrogar. Don Pedro levantó su taza dió un sorbo de café y nos miró con su mirada penetrante, mirada que en aquellos tiempos era como de filos y que, alguna vez hubiese querido cortar los cuellos de los enemigos que le salieron al camino, más por Piérola que por causa propia. Hoy ocupa nuevamente su sillón en la Corte Suprema de Justicia del Perú.

El hoy general don Justiniano Borgoño, hijo de otro general, don Pedro Antonio Borgoño, veterano de la Independencia, es natural de Trujillo la docta, en donde nació el 5 de Septiembre

de 1836. Desde los 16 años reveló ser todo un carácter en la administración de los valiosos intereses que su padre poseía en el valle de Chicama con el nombre de Tulape. En 1856 ingresó al ejército.

Su actuación durante la campaña contra Chile fué brillante, dándole fama de serenidad y valor á toda prueba, especialmente en San Pablo y en la gloriosa batalla de Huamachuco en donde fué herido, y así acompañó hasta Conchucos á su jefe al general Cáceres.

La foja de servicios del general Borgoño es una foja digna para cualquier soldado que basa sus ambiciones en el honor militar.

Fuera de esos servicios, ha desempeñado el general Borgoño diputaciones y senadurías á varios Congresos, y ha sido ministro de Estado en diferentes ocasiones, siendo reputado en el país como uno de los hombres más honrados y patriotas. En la época á que nos referimos, el general Borgoño no tenía enemigos políticos, y sí el doctor Solar, como que es difícil pasar por las alturas sin sembrar descontentos y mucho más en épocas anormales como las que tuvo que sostener el doctor Solar como Jefe Superior de la zona de Arequipa, segundo del dictador señor Piérola.

Tales eran, en síntesis, los personajes que se encontraban frente á frente, junto al ataúd del

general Morales Bermúdez, para recoger la herencia del mando supremo de la nación.

Desde las primeras horas en que se acentuó la gravedad del enfermo Presidente, se celebraban conferencias entre los hombres más conspicuos de la política militante, y partiendo del principio de que la paz interna era la base del afianzamiento del edificio nacional en reconstrucción, previa aceptación y deliberación del doctor Solar, llamado por la ley, quien, al renunciar el encargarse del mando en su nota de 1° de Abril de 1894, dirigida al Presidente del Consejo de Ministros doctor don José Mariano Jiménez, dice: «Iría al sacrificio al que han querido impelerme, si él en manera alguna fuese fructuoso para la República. En tal virtud cúmpleme expresar á V. S. que el Gabinete puede hacer su dimisión ante el 2° vicepresidente de la República», etc.*

Previa aceptación del ejército y los poderes públicos, tomó posesión del mando el general Borgoño, convocando inmediatamente á elecciones generales.

La paz de que disfrutaba el Perú, mortificaba grandemente á Chile, como ya hemos dicho.

Negros nubarrones se iban amontonando en el horizonte nacional, siendo el eterno conspira-

* Nota publicada en *La Opinión Nacional* de Lima, Núm 6555.

dor señor Piérola quien agitaba las corrientes tempestuosas. El caso de la muerte del general Morales Bermúdez y la forma en que se realizó la transmisión del mando en la persona del 2° vicepresidente, era un pretexto de revuelta encontrado como de molde por Piérola, que ambicionaba el mando, y por Chile, cuyos planes de conseguir el total aniquilamiento del Perú, mediante la anarquía, se veían cruzados por la conservación de la paz interna. Los verdaderos patriotas que existen en el Perú, bien comprenden este juego de anarquización y de revuelta en que se empeñan los eternos enemigos, y por eso es que en más de una ocasión han hecho á la Patria la ofrenda de sus convicciones y de sus intereses personales en el rol de la política interna. Exento de tales sentimientos estuvo don Nicolás de Piérola. Para que esta afirmación no se tache, tal vez, de apasionada, baste recordar cómo se aprovechó en beneficio personal, el litigio Dreyffus en el cual el Perú era acreedor por 8.000.000 de soles, y después de recibir el señor Piérola el *Talismán* y ajustarse la querella, resulta más bien *deudor el Perú**,

---

* Cuando corregíamos las pruebas de esta página recibimos diarios del Perú, en los que se muestran horrorizados del fallo de Berna en la cuestión Dreyffus Hos. y C.ª por el cual el Perú pierde más de sesenta millones de soles. *El Perú* de 21 de Noviembre de 1901 en largo y patriótico editorial comenta esta desgracia, y entre otras consideraciones dice:

baste recordar cómo al frente mismo del chileno que iba á despojar los tesoros de la madre Patria utilizó en provecho personal el batallón que como á peruano le confiaron para que defendiera á su Patria. Se declaró Dictador, se hizo director de la guerra sin conocer nada de milicia y salió huyendo en la hora en que todos caían envueltos en el sudario de la honra nacional.

Esta vez también acudió Chile y tocó al señor Piérola la triste misión de aceptar el arma fratricida y el dinero corruptor; y en una conferencia celebrada en Santiago de Chile, entre varios personajes políticos, presente el señor

---

«¿Quién, quiénes son la causa, los culpables de este nuevo golpe de infortunio?

Piérola, ese hombre, que no sólo regaló á Dreyffus los veinte y más millones, engañándonos con astucia satánica en instantes en que hubiéramos dado todo por conseguir elementos de defensa; ese hombre que llamado á declarar en París por Dreyffus, lo favoreció con sus declaraciones y como el parricida, se volvió y declaró contra su patria.

He allí la causa del triunfo de los susesores y socios de Dreyffus.

Volvió el causante de este fracaso á ser Gobierno, y en vez de desautorizar el regalo de los veinte y tantos millones, declarándolo nulo y sin valor alguno, lo confirmó tácitamente, porque no hizo nada, pues eso significa el haber creado un fantástico consejo gubernativo, destinado á cubrir las apariencias y á esculpar su condenable proceder.

Así es como el triunfo de las demandas inicuas de Dreyffus y *¡compañía!*, es debido principalmente á los decretos dictatoriales de Piérola, á sus declaraciones en juicio á favor de aquel y en contra del Perú, y á su proceder en su último período de mando en que miró frío é impasible el sacrificio de su país.

¡Encontró peruanos que lo apoyaran y secundaran!»

Internuncio Pontificio José Macchi, quedaron sancionados los acuerdos. Aquí la razón por la que el Delegado Apostólico á su regreso al Perú fuese abierto y franco propagandista de las excelencias del señor Piérola, como «el único llamado á gobernar á los peruanos».

El doctor Solar, que en los primeros momentos aceptó, como conveniencia nacional exigida por la paz interna, la eliminación de su persona, días después, sugestionado tal vez por exigencias de los suyos, más que por el brillo de las alturas cuya falsedad había constatado ya en otras ocasiones, se prestó á anular su renuncia y á ser pendón de revuelta en la cual el señor Piérola tenía que ser el favorecido, y burlado el señor Solar.

Aparecieron *montoneras* en diferentes villorios del territorio; sin embargo, estas no alteraron el orden del sufragio en las elecciones que se realizaban en la República, dando por resultado la designación del general Cáceres para Presidente, del general don César Canevaro para primer vice y segundo el doctor don Cesáreo Chacaltana, cuyos merecimientos como jurisconsulto, como diplomático y hombre juicioso, han salvado los linderos de la patria, haciendo de él una gloria nacional.

La trasmisión del poder se hizo en circunstancias tales, que el país tenía derecho á esperar

una nueva era de paz, porque la necesidad de la paz estaba en la conciencia de los hombres patriotas. Pero no fué así: la misión del señor Piérola tenía que llenarse, porque los momentos eran preciosos para dilatar la solución del plebiscito estipulado en Ancón, porque entra en el plan de la diplomacia chilena *la idea de las dilaciones como recurso inofensivo,* según la frase de uno de sus escritores, y de trascendental importancia si se atiende á que ganar tiempo es ganar la batalla. Quién con dinero y armamento no corona la victoria en países como el nuestro, esencialmente revolucionarios, irreflexivos é inquietos?

Ya hemos dicho que el señor Piérola recibió sus elementos. Ellos se derramaron en diferentes provincias. Por el norte, donde el desorden era problemático, la voz de un solo hombre joven y honrado, que pudo servir de excepción en la regla general y que extravió su criterio pero no lo contaminó con la ambición personal, fué de efecto mágico. El doctor don Augusto Durand preparó el triunfo de la revolución, aportando á ella el prestigio de su nombre sin mancilla y el poder de su arrojo casi temerario. La bola de nieve se convertía en ascuas.

En la capital vivíamos abrasados por una atmósfera calcinada, respirando un aire mefítico por el desborde de las pasiones y el tole tole

que se produjo entre milicianos y paisanos, entre los amigos del orden y los partidarios de la revolución.

Nosotros pertenecíamos al número de los del orden. Servíamos al Partido Constitucional, por la convicción de sus honrosas tradiciones, porque él nació bajo la bandera de la defensa del Perú contra el invasor, porque de su seno salieron los que sin cobardías desertoras ni apostasías calculadas, fueron siempre con el lema de la Patria. Nuestra lealtad para con el señor general don Andrés A. Cáceres era otro vínculo más para seguir al glorioso pabellón por él sostenido, y, si cometimos el pecado de mezclarnos en política, fué por el derecho que existe de pensar y de expresar el pensamiento. Las páginas que en 1883 consagramos al general Cáceres pusieron de manifiesto la idea que desde ahora diez y ocho años teníamos formada del ínclito defensor de la honra nacional, del que fué llevado más tarde á regir los destinos de esa patria por él defendida con tesón, con su sangre y sus amarguras. Defendimos en la prensa, en nuestro semanario *Los Andes*, la política del partido constitucional, glorificamos el nombre del esclarecido ciudadano que descolló en nuestra patria, y fué llevado por segunda vez á regir los destinos del país; lo hicimos por patriotismo sincero, con desinterés manifiesto,

y las consecuencias de nuestra inmiscuición las hemos arrostrado con serenidad, presenciando la destrucción de nuestro hogar, primero, después, la de nuestro taller de trabajo y por último aceptando el camino del extranjero para buscar el pan que no podíamos hallar en aquel suelo cargado de venganzas, de atropellos y de cuánto innoble puede producir la comandita del clericalismo con el pierolismo.

La ciudad de Lima dormía envuelta por la brisa matutina.

En frente se alzaban los amarillentos muros del convento de agustinos, con sus balconcillos mugrientos, desiguales, de antiquísima construcción, en uno de los cuales, dos años antes, solía asomar su frente blanca y amplia el notable Pellicer, despertando en nuestra mente la idea de las plantas exóticas, casi prehistóricas.

Morábamos en la casa número 58 de la calle de Calonge, con sus largos balcones que, si cuotidianamente nos ofrecían el espectáculo de los paredones amarillentos, también nos brindaban luz y calor en el día y luna plácida en las noches de llena.

La atmósfera social estaba candente. El desborde de la prensa pasquinesca se hizo tal, que jamás se registró cosa semejante, desde los audaces tiempos en que los opositores del virrey Abascal le pusieron sobre el pupitre tres saquitos con *sal, habas, cal,* que descifrado por buen entendimiento, quería decir: sál, Abascal. Honra no hubo completa para hombres ni mujeres; todos en el Perú eran lo más malo del mundo calificado con frase soez y la infancia explotada para pregonar, inocentemente, los dicterios más crueles contra las damas y los hombres que no estaban vinculados con su política.

El lodo cayó sobre todos, el país se había convertido en una especie de isla del diablo con moradores ladrones, asesinos y prostitutas.

La historia no pasará desadvertido, ese momento de obseción del Perú, del cual apenas tendrán idea los que viven en ciudades donde la libertad de la prensa está regulada por el criterio del público en igual escala que la libertad de representación teatral.

Habríamos querido trazar una línea roja en este punto del original, pero, estamos narrando episodios históricos, es decir, estamos fotografiando cuadros y la cámara ha copiado la pústula con la misma precisión con que retrata un encaje.

Las campanadas con que en la torre de la

catedral se saluda el alba, aún resonaban vibrantes por el espacio, cuando se oyó el estampido de fusilería y cohetones. Era la madrugada del 17 de Marzo de 1895.

Desde el sábado 16 corría la noticia de que las fuerzas coalicionistas contrarias al gobierno establecido se decidían á atacar la ciudad, pero, poco crédito se daba á esta versión, mas lo cierto fué que ellas aparecieron por partes diferentes. Por el sur, las fuerzas al mando de los señores Oré y Collazos, con don Nicolás de Piérola, la división de Durand por el oeste. Después de vadear el río, éstas no encontraron resistencia; no así las primeras, que fueron repelidas en dos ataques y emprendieron un tercero que los puso de empuje en la Plazuela del Teatro Principal que, desde ese momento, fué convertido en cuartel general y centro de las operaciones de las fuerzas coalicionistas, las que procedieron á levantar barricadas en las esquinas Calonge y San Agustín, Lártiga y La Fuente, y se posesionaron de las torres de San Agustín y la Merced, generalizándose el combate ya con ventajas para la coalición sobre las fuerzas del Gobierno que ocupaban el Palacio, en cuya puerta principal se paseaba el Presidente sin más arma que un chicotillo de á caballo.

La lucha duró hasta el anochecer

Desde los primeros momentos nuestra casa quedó sitiada en el campo enemigo, separada de los correligionarios por las barricadas de la esquina de Concha y Calonge. Combatientes de la idea, una vez encerrados en el radio enemigo, no teníamos otro recurso que aceptar la situación por el imperio de razones invencibles y convertirnos en espectadores. Teníamos, al parecer, una razón más para no temer agresiones; y era, que los bajos de nuestra casa estaban habitados por la familia Cebrian, vinculada con la causa coalicionista; la puerta principal corría á cargo de esta familia y la escalera, á los altos que nosotros habitábamos, arrancaba del patio.

Nuestra familia constaba de seis personas, entre ellas tres niños de corta edad; dos de ellos sobrinos nuestros y el otro hijo de nuestra sirvienta. El doctor Matto, hombre de ciencia que había abrazado su profesión con todo aquel amor de las vocaciones, nunca tomó participación activa en la política interna del país.

Su acción nacional la había concretado á esa lucha incesante del laboratorio bacteriológico, de la cátedra universitaria y el provecho ajeno, en ese inmenso campo llamado el bien de la humanidad, donde no se conoce más enemigo que el mal del prójimo y donde la victoria consiste en arrancarle presas á la sañuda Muerte.

Cuando oimos que un corneta tocaba *ataque! y coronemos la acción!* con tenacidad entusiasmadora, asomamos al balcón.

La calle estaba desierta. La barricada de Concha y Calonge defendida por dos hombres que disparaban sus fusiles á intervalos y el corneta que no descansaba en su labor estratégica.

El doctor Matto se llegó para decirnos que no era prudente asomarse á los balcones, porque podía venir á herirnos una bala perdida. Cedimos á esta reflexión y nos instalamos en el comedor, formando un grupo con todos los nuestros.

Los pequeñines pedían su te y se lo servimos sin leche, los momentos no eran á propósito para esperar á que el lechero fuese puntual en el reparto.

Cuánto duraría aquella lucha fratricida? Qué desenlace presenciaríamos en breve? Seguramente el de la victoria de los coalicionistas; porque en el Perú es sentenciosa la frase de que « no hay revolución que no triunfe ». Gamarra y La Fuente, Salaverry y Santa Cruz, Vivánco y Castilla, Prado y Pezet, cuántos otros nombres vinculados á la *destructora frase,* cuyo poseedor entusiasta, en cincuenta años, ¡medio siglo! ha sido el señor Piérola, hasta haber inspirado con su vida de correrías y hazañas femeniles, una novela escrita con arte y verdad, gráficamente titulada: «*El Conspirador*».

Á diversas lucubraciones estaba entregada la fantasía, en medio de aquel grupo del hogar íntimo, cuando sentimos algazara en el patio y luego en las escaleras. Era un pelotón de gente armada con palos, machetes, sables, pistolas de revólver, comandado por un mulato que llevaba rifle. La puerta de calle les había sido franqueada por nuestros vecinos, y todos invadieron los altos.

Los niños, aterrorizados, buscaban refugio en nuestros brazos y los del doctor Matto; la servidumbre también se plegó hácia nosotros, y los asaltantes, mandados exprofesamente, pretextaron buscar armas que díz teníamos escondidas, y en su investigación saquearon cuanto poseíamos, destruyendo lo que no podían cargar.

¡Parece cosa de ayer!

El mulato en actitud militar, firme en el centro de la habitación, *impartiendo sus órdenes*. ¡Con qué vociferaciones vaciaban los cajones de las cómodas de ropa blanca y se repartían sábanas, camisas, enaguas, destinándolas á fundas de kepís, rasgando ahí mismo, con la avidez del reparto ó escondiendo en medio de la codicia, prendas que tal vez deseaban llevar intactas á sus familias!

Después pasaron al departamento del doctor Matto. El saqueo comenzó por el escritorio, en

uno de cuyos cajones encontraron un revólver de lujo del cual se declaró propietario el mulato jefe, y lanzados todos como langostas destructoras en medio de aquellas habitaciones. Un incidente vino á producirse entre los que nos estaban saqueando en nombre de la *moral política*. Días antes habían pagado al doctor Matto una suma de dinero por el embalsamamiento del cadáver de la señora suegra del doctor don Cesáreo Chacaltana: parte de esa suma fué en monedas nuevas de cobre que acababan de ponerse á la circulación. El talego, pesado é incómodo, estaba puesto junto al escritorio. Los coalicionistas, en su ansiedad, creyeron ver libras esterlinas, y allí fué el campo de Agramante. En estas circunstancias bajaba de una piecita alta, en donde teníamos papeles escogidos, el mulato jefe, y en el esfuerzo que hizo al saltar un escalón se le rompió una botella de cerveza que llevaba en el bolsillo de su chaqueta. Tomó la parte ancha del envase para beber el líquido salvado, entonces nos interpusimos deteniéndole el brazo.

—Hombre! se va á beber vidrios, traiga, cerniremos su cerveza; — le dijimos.

El mulato quedó sorprendido de esta solicitud, nos alargó el envase y se dirigió al lugar donde se peleaba por el cobre nuevo. De este modo se salvaron nuestros papeles de la peque-

ña biblioteca y el laboratorio bacteriológico del doctor Matto.

Los traquidos de la fusilería aumentaban, lo que revelaba que la lucha era reacia.

Las horas también avanzaban llevándose existencias y acercando las soluciones.

Serían las tres de la tarde cuando regresaron á nuestra casa desmantelada los mismos saqueadores comandados por el mulato, con la grosera invención de que el doctor Matto había hecho tiros por el balcón y se lo llevaron preso. Iban á victimarlo en la puerta del local de la bomba Francesa, frente al Teatro Municipal, cuando el médico doctor del Valle y Osma se interpuso.

—¿Qué van á hacer, muchachos? ese es médico de esta ambulancia,—les gritó con energía y arrancó al doctor Matto de las garras de esa muchedumbre inconsciente y sanguinaria que, en la puerta misma del Teatro Principal, acababa de vaciar una lata de kerosene sobre un pobre negro tildado de espía y prenderle fuego achicharrando al infeliz bajo la bandera demócrata.

El doctor Matto quedó al servicio de la ambulancia.

Por las casas bajas de las calles de Ortíz y Concha habían subido á los techos de nuestra casa varios soldados del gobierno, pero, encon-

trándose faltos de municiones, retrocedieron para bajar por donde habían subido. Pocos momentos después, oimos lastimeros ayes que partían del techo de la cocina sobre los linderos de las casas que habitaban la señora Novoa y el obispo de Lorea, señor Carpenter; y luego la voz de ¡misericordia por Dios!

Era un soldado joven, con la mano derecha casi mutilada y colgante que veía correr su sangre como por un *chisguete* carnavalesco.

Ayudadas por nuestra. ama de llaves doña Francisca Palomino, viuda de Olarte, pudimos bajarlo, y conducirlo al cuarto de baño en donde lavamos y vendamos al herido, rasgando para esto una orla de la enagua de Francisca. En casa no teníamos nada.

Qué suerte habría corrido el doctor Matto?

Dios, que había confortado el corazón en la muerte de Daniel, el caballeroso y noble hermano, muerto en Puno al servicio de la causa de sus convicciones, acudía también al presente prodigándonos serenidad inconcebible en semejante situación.

La fusilería continuaba mezclándose ésta vez con detonaciones de cañón.

El coronel Vicente Ugarte había logrado desconcertar las seguridades coalicionistas atacando por Ortíz á retaguardia, así como el coronel Benjamín B. Sáez al mando de solo diez

hombres del batallón Callao número 4, que hacía la guardia en el palacio presidencial, había desalojado al enemigo que hacía fuego sobre la casa de Gobierno, desde las boca calles de Mercaderes, haciéndolo retroceder hasta la plazuela del Teatro, dentro de sus barricadas.

Anochecía.

Serían próximamente las seis de la tarde cuando se presentó el doctor Matto acompañado del señor Isaías Piérola, hijo de don Nicolás y nos expresó la necesidad de ir al cuartel general. Obedecimos el mandato del hermano indicando antes al señor Piérola que en el cuarto de baño había un herido recogido del techo de nuestra casa. El señor Piérola interrogó al infeliz que era solo *carne de cañón,* hizo recoger del techo el rifle que él dijo haber abandonado y todos salimos. Las criaturas no habían tomado en el día más alimento que té y galletas, y en su encantadora inocencia creían que las llevábamos al hotel para comer. Llegados á la barricada levantada en Ortíz y Calonge, encontramos al doctor Durand, quien tuvo la gentileza de darnos el brazo y conducirnos al local de la ambulancia, en donde supimos, por relación de Eleuterio Blancas, antiguo empleado de la imprenta de *El Perú Ilustrado,* que se temía que las fuerzas del gobierno hubiesen recibido orden de cañonear el local de la bomba

Francesa, y que se nos hizo llevar porque creían que estando nosotros allí no consumarían el bombardeo, pues, no nos darían la muerte los del partido en que servíamos.

Al doctor Matto se le dijo, por otra parte, que en la noche iban á incendiar la casa y que nos sacase.

¿Estuvimos sirviendo de égida?

¿Ejercitaban la saña con las mujeres los que se escondían de los hombres armados?

Lo cierto es que se nos pidió que atendiésemos á los heridos, á lo cual nos prestamos sin objeción.

El doctor Valle y Osma nos trajo una lata de leche condensada para alimento de nuestros adorados chiquilines que allí estaban; ¡pobrecitos! azorados, sin explicarse aquel cuadro de horror, de ayes y congojas, por solo el gusto de que mandase al país, B en lugar de A.

La ambulancia de San Luís había sido instalada rápidamente en el local de la bomba Francesa, por los practicantes de medicina señores Guillermo Gastañeta y M. Morante, siendo secundados por los médicos Espinosa presi-

dente, Valle y Osma, Guerín y Capelo, y el farmacéutico Alvarado, á los que se les reunieron los doctores Gaffron con la asistenta de su clínica la señorita Luisa Gremoninger, Becerra, Matto, Agnoli, Pérez Araníbar y León, y los practicantes Prieto, Aljovin y Pastor, que fueron llegando sucesivamente.

El cuartel general de los coalicionistas estaba en la plazuela del Teatro Principal y Hotel del Universo, es decir, en los altos del local de la ambulancia, proporcionado por el señor Bartil, comandante de la bomba «France» á la «Sociedad Auxiliadora».

Todo el patio de la bomba Francesa, donde tantas veces se ha genuflexionado el pornográfico can-can, estaba cubierto de camillas de todas las condiciones imaginables con que se venía aumentando la primitiva dotación. Catrecillos de viento al igual de tarimas levantadas sobre cajones vacios desempeñaban su misión, diseminados armónicamente, formando hileras con pequeñas callejuelas para el tránsito de los asistentes.

Las camillas llegaban de la calle, con frecuencia horripilante, conduciendo á los mermados por el plomo defensor de las instituciones patrias contra la ambición de un temático.

Un carrito de mano de pequeñas dimensiones traía á su vez los muertos con sus brazos rígi-

dos colgando á los lados, la cabeza caída, los pies casi arrastrando. Se les descargaba en el segundo patio, á la izquierda de la entrada; se derramaba un poco de cal sobre el rostro para desfigurarlo y se tornaba á la faena.

Así permanecieron con la cara empolvada los cadáveres de los coroneles Gregorio Prada, Adolfo Bermúdez, Santiago Collazos y Evans, de los tenientes coroneles Gregorio Gómez, Juan Echandía, Gómez Cornejo y algunos más.

Al cerrar la noche, los fuegos paralizaron, pero redobló la labor en la ambulancia donde los ayes de los heridos desgarraban el corazón más empedernido, haciendo brotar maldiciones para los amigos de las revoluciones internas que así hacen gemir á los hermanos, por el interés de un ídolo de barro que, después del triunfo, da el puntapié del ingrato.

Conducido el cocinero de una casa respetable con una bala incrustada en la columna dorsal, la extracción fué acontecimiento que conmovió hasta á los muros de la bomba Francesa que repetían el eco de los ayes, de la misericordia, de la blasfemia.

Cómo repercutían en los antros del edificio aquellos lamentos! Los médicos no lo habrán olvidado aún porque todos viven por dicha.

En los altos estaba don Nicolás de Piérola, terminando su cena en compañía de tres personas.

Y se oyó la voz de una campanillita. Entre las lucecillas tenues de las lamparillas de parafina aparecieron los sacerdotes católicos Brunetti y Frederic, de la orden del Espíritu Santo, acompañados de Sor Aurelia de San Dionisio, hermana de caridad, conduciendo el óleo para la extrema unción de los moribundos. ¡Ah! Se repetía una escena de las catacumbas, cuando Pedro iba á exhortar á los mártires afianzando su fe con la palabra de la esperanza!....

Los extertores de la agonía se distinguían en tonos diversos; á los que ya acabaron les tapaban la cara, venían luego los conductores, los llevaban al depósito y nuestros hermanos del Perú estaban diezmándose en holocausto de la revolución y del ídolo de barro que mañana les daría el puntapié del ingrato.

Nuestros adorados chiquilines, Danielito y César, dormían en un rinconcillo de la plataforma, envueltos en una manta que nos proporcionó el doctor Becerra, dormían el sueño de la inocencia, mientras los culpables no escuchaban la voz de la patria y la muerte seguía cortando preciosas existencias con su guadaña implacable.

. . . .

Con los albores del día 18, las hostilidades se reanudaron y el combate se hizo más reñido.

Algunas barricadas fueron atacadas por fuerzas del gobierno á la vez que las de la revolución atacaban determinados cuarteles alcanzando ventajas relativas. Todo el día se pasó entre intermitencias de ataque, sembrando las calles de muertos y heridos.

En la ambulancia del cuartel general de la bomba Francesa teníamos ciento diecisiete heridos

La mortandad había sido horrible en las calles y en las casas situadas en los lugares del combate. Entre estas víctimas de la fatalidad se contaban: el doctor don Rafael Velarde, doctor José M. Pinzas, don Justiniano Reina, tres vendedoras del Mercado y siete mozos de cordel que murieron; y quedaron heridos: el señor N. Sthal, don Rafael Cantuarias, la señorita Natalia León y otros.

Los coroneles Joaquín Castellanos, Ugarte, Sáez y Alarcón habían sostenido el fuego en más de doce ó catorce ataques intentados por los revolucionarios, para aproximarse y tomar por asalto el palacio de Gobierno.

Estaban heridos, y fuera de combate, el coronel Castellanos, el sargento mayor Augusto Paz, el oficial Rodríguez y el coronel Márquez, uno de los cinco edecanes del Presidente; muertos, la mayor parte de sus soldados.

La noche vino y los partidos no cedían;

tenía que ceder el más generoso, el que pensase que la sangre se necesitaba economizar para servir á la patria, no para encumbrar á los caudillos.

Cedería el general Cáceres? Cedería don Nicolás de Piérola?

En la mañana del día 19, el combate se reanudó aunque de un modo ligero.

Don Nicolás de Piérola vestía aquella mañana un pantalón blanco ajustado en las extremidades por sus botas, una chaqueta galoneada y su tradicional casco prusiano. Durante las primeras horas no se le vió asomar á la galería como lo había hecho los otros días, porque á ver á los heridos, bajó una sola vez. Estaba ocupado en un asunto gravísimo; porque, casualmente, era de salvación personal. Un soldado y un paisano provistos de una bayoneta y una piqueta abrían un forado en la pared del salón donde estaba el jefe coalicionista y que lindaba con la casa del señor Zavalaga.

El señor Piérola vigilaba personalmente aquella obra, al parecer, de carácter urgente. Á esas mismas horas, muchos de los que vociferaban mayores insolencias se nos llegaban con su aguja enhebrada y sus trapitos rojo y blanco, pidiéndonos que les pusiésemos en el brazo la insignia de *La Cruz Roja*. El pánico cundía como gota de aceite sobre paño: todos se creían

perdidos, y el forado estaba ya listo para la fuga del señor Piérola, sin oposición de parte de la familia Zavalaga. Llegó de la calle un sujeto alto, de semblante renegrido por el sol y lustroso por el sudor de un rápido caminar. Usaba galones de sargento mayor sobre su saco de paño gris y kepís con funda blanca. Algo dijo á los compañeros á la pasada, pero se dirigió resueltamente hacia el jefe. Se descubrió y saludó militarmente. El señor Piérola puso su mano en forma de pantalla al pabellón de la oreja, como si la sordera le aquejara ó no quisiera que el aire llevase más allá el eco de las palabras que el emisario iba á repetir.

Le brillaron los ojos, dejó la oreja, tiróse con frenesí nervioso de la pera y repitió: Pues, nos hemos salvado! y luego, levantando la voz, dijo: ¡La victoria es nuestra!...

Nada tardó en repercutir en el cuartel general la palabra ¡tregua! tregua! resonando como sinónimo de vida, triunfo! Y los aspirantes á la *Cruz Roja* comenzaron á arrancarse los trapitos salvadores con manifiesta ingratitud.

Nadie se cuidó, eso si, de rellenar el forado de la pared que quedó expedito hasta después de solucionada la situación.

En estas horas, principiaron á llegar las señoras de Dammert, de Fanning, señorita Elena

González y señorita Eumelia Galup, que fué de las primeras.

Qué estaba pasando más allá del radio de nuestra vista?

Cómo se había gestionado y obtenido la tregua de parte del gobierno en circunstancias de su próximo triunfo?

La personalidad del señor Delegado Apostólico, cuyas afinidades políticas con el señor Piérola quedaron definidas desde sus conferencias en Santiago de Chile, se destaca en el cuadro de ésta revolución peruana con el carácter de dirimente hábil y entendido; cuando la historia juzgue los acontecimientos de que venimos ocupándonos, discernirá al señor Macchi la mejor participación en el triunfo obtenido en 1895, por los revolucionarios, sobre un gobierno constituido.

El señor Macchi es diplomático de carrera, no sólamente sagaz, sino inteligente. En las pocas veces que trató al Presidente de la República, había adquirido la convicción de que era un militar tan valeroso como noble y desinteresado, que muchas veces se dejaba arrastrar por agenas sugestiones cuando se le presentaban las cosas bajo el aspecto de BIEN GENERAL. Estos conceptos, más ó menos, le oimos emitir alguna vez que con él hablamos; pero el general Cáceres se inclinaba al partido liberal, se

decía que era masón, que durante su primer gobierno se expulsó á los jesuítas; en cambio, el señor Piérola se manifestaba fervoroso en el culto católico y sus promesas no eran cortas para ante los conservadores; resultando un remedo de Luis XI,* con su devoción, su deslealtad y sus ambiciones desmedidas y á estos defectos de temperamento ha pagado el Perú sangre, riqueza y territorio.

La idea de pedir tregua ante el general Cáceres, nació del señor Macchi quien estaba en relación inmediata con el Presidente de la Sociedad Católica, al cual envió como primer emisario, y, una vez seguro del resultado invitó á los representantes de Italia, Francia, la Gran Bretaña y Chile para asociársele en el pedido de tregua que fué aceptado por los citados Plenipotenciarios, y se obtuvo un armisticio de veinticuatro horas, lo que se hizo saber al público para asear la ciudad infestada por cadáveres de hombres y de caballos.

La Municipalidad de Lima, por rara coincidencia, acababa de entregar su Alcaldía al mismo esforzado, sereno y patriota coronel don

---

* Luis XI, fué pérfido, falso y desleal en todos sus tratos y compromisos: devoto material y supersticioso, hacía grandes donativos á iglesias y conventos, altares y santos. Usaba un sombrero de paño guarnecido de pequeñas imágenes de santos hechas de plomo. Cuando recibía una noticia acostumbraba quitarse el sombrero y besar las imágenes de santos que allí llevaba.

Rufino Torrico, que estuvo de Alcalde también cuando la entrada de los chilenos á la capital peruana.

Encontramos en nuestros apuntes las dos notas siguientes, que copiamos:

«Alcaldía Municipal.—Lima, Marzo 20 de 1895.—Señor Teniente Alcalde del Honorable Concejo Provincial.

No siéndome posible atender, como lo deseara, el despacho de la Alcaldía Municipal, ruego á V. S. tenga á bien encargarse de él, como el llamado por la ley.—Dios guarde á V. S.—*César Canevaro.*»

«Lima, Marzo 20 de 1895.—Señor Alcalde Titular del H. Concejo Provincial.—He tenido el honor de recibir la muy estimable comunicación de V. S. en la que se sirve indicarme que, no siéndole posible atender al despacho de la Alcaldía Municipal, asuma el puesto como el llamado por la ley.—La imperiosa necesidad de atender con urgencia los servicios locales que se encuentran en suspenso por impedimento de V. S., me obliga á corresponder á su llamamiento para evitar que, continuando la acefalía de aquellos, se comprometa la salud pública ya amenazada con una posible epidemia; anímame también á acceder al pedido de V. S. la persua-

ción que me asiste de que el cargo de Alcalde Municipal debe estar siempre alejado de la política, sobre todo en las circunstancias por las que pasa en la actualidad la capital y que venimos presenciando con amargura patriótica.—Considerándose útiles mis servicios, asumo, pues, la Alcaldía con el propósito de servir á la ciudad que reclama con ahinco las atenciones de la autoridad local.—Dios guarde á V. S.—*Rufino Torrico.*»

El coronel don Rufino Torrico nació en Lima, es hijo del ilustre general don Juan Crisóstomo Torrico, y su figuración en la política del país ha sido de las más respetables y simpáticas, pues ha tenido la fortuna de pasar por los más candentes puestos ya como diputado, como senador, como ministro de Estado, dejando sólo huellas de rectitud, sagacidad y hombría de bien.

En el día mismo en que el señor Torrico asumió la Alcaldía, el servicio local quedó organizado.

El día 20 fué necesario prorrogar la tregua, y horas más tarde, las gestiones del Cuerpo Diplomático (como de custumbre en semejantes casos), para poner término al sangriento drama, hallaban la mejor solución posible en el desprendimiento personal del Presidente de la República.

Tiene que ser dato que arroje luz para la Historia, el que, durante estas gestiones, no aparezca consultado, ni una sola vez, el jefe coalicionista señor Piérola, lo que pone en evidencia el perfecto acuerdo en que estaba con el Delegado señor Macchi.

Transcribiremos los notables documentos pertinentes á la situación.

«Legación Apostólica.—Lima, 18 de Marzo de 1895.—(Hora 10 a. m.)—Al Excmo. Señor General Don Andrés A. Cáceres, Presidente del Perú.— Presente.— Excmo. Señor: Interpretando los sentimientos, ya de humanidad, ya de afecto profundo que el Cuerpo Diplomático profesa á esta nobilísima Nación, tengo el alto honor de suplicar, en su nombre, á V. E., que, en vista siquiera de la mucha sangre peruana que se está derramando desde ayer, en las calles mismas de esta Capital, V. E. procure cuando esté de su parte para que cese de una vez tanto estrago de vidas é intereses.

Si es tan solo á su persona á la que se hostiliza, y no al principio de autoridad que V. E. representa, más fácil le será á V. E. oir en estos supremos momentos la voz de su Patria que, por órgano de las naciones hermanas, implora tregua y paz.

La fidelidad misma y el valor con que hasta

ahora ha resistido el Ejército, dejan completamente á salvo el honor de V. E. y su Gobierno. El Honorable Cuerpo Diplomático, pues, ofrece sus buenos servicios para cualquier tratado de arreglo con los señores coalicionistas.—Dios guarde á V. E. muchos años.—† *José Macchi,* Delegado Apostólico y Enviado Extraordinario de su Santidad.»

Contestación del Presidente de la República:

«Lima, 18 de Marzo de 1895.—Excmo. Señor: —Me he impuesto con la debida atención del apreciable oficio de V. E., fecha de hoy, en que me manifiesta que, interpretando los sentimientos ya de humanidad, ya de afecto profundo que el Cuerpo Diplomático profesa á esta Nación, se sirve suplicarme, en su nombre, que cuide, por cuanto esté de mi parte, de que cesen de una vez los estragos que viene acarreando la lucha de que actualmente es teatro esta capital, si es tan solo á mi persona á la que se hostiliza, y no al principio de autoridad que represento, ya que la fidelidad misma y el valor con que hasta ahora ha resistido el Ejército, dejan plenamente á salvo el honor de mi gobierno y el mío propio.

Siempre dispuesto á procurar con la más sincera voluntad, la solución pacífica del conflicto en que está empeñado el país, no puedo menos

de aceptar, con el acuerdo de los señores Ministros de Estado que en estos críticos momentos me acompañan, el generoso ofrecimiento de V. E., porque responde al anhelo que me anima ahora, con mayores motivos que antes, en presencia de la situación que atraviesa actualmente esta capital, cuyas responsabilidades no afectan de ninguna manera á mi Gobierno, que no hace más que sostener en esta contienda el principio de autoridad como la prenda más segura de la paz y del órden, mucho menos á los pueblos que en su mayor parte permanecen adictos á la causa constitucional que represento, ni al valeroso Ejército que V. E. ha sabido calificar con tan justo criterio.

Me es grato, pues, comunicar á V. E. que está autorizado por mi parte el doctor don Manuel Irigoyen, Ministro de Relaciones Exteriores, para entenderse con V. E. acerca de los arreglos de que se trata. — Sírvase V. E. aceptar por su parte y expresar al H. Cuerpo Diplomático el testimonio de mi reconocimiento. Dios guarde á V. E.—ANDRÉS A. CÁCERES.»

La Historia se afianza en la Historia misma, y los hombres superiores vienen enlazando sus ideas y sus sentimientos á través de las edades en escalas ascendentes ó descendentes. No de otro modo contestó Simón Bolívar cuando con-

templó por un momento en lontananza el desmembramiento de Colombia y la lucha sangrienta y estéril de los pueblos independizados por él. « Animada su alma por el amor sagrado de la Patria, y viendo cómo se apartan las multitudes de los rectos senderos de la razón y de la justicia, se ofrece una vez más en holocausto por el bienestar de la República. *Si mi muerte contribuye,* dice, *á la cesación de los partidos y al afianzamiento de la paz, yo bajaré tranquilo al sepulcro* »...... *

La situación política interna del Perú quedó definida por la abnegación patriótica de un solo hombre que, como Bolívar, soñó en la fraternidad de los peruanos.

Por ese paralelo que casi inconscientemente establece el espíritu entre los hechos de ayer y de hoy, hemos pensado en aquel coloso llamado el Libertador, midiendo la abnegación patriótica de su alma para obrar la salud de ese mundo que previó él en sus ensueños de Casacoima, idealizó en sus delirios del Chimborazo y redimió con su espada en la gigantesca lucha sostenida, desde el Guaira hasta el Apurimac, y como espectro de las glorias conquistadas, vemos aparecer el libro de la historia para leer en sus pá-

* Presbítero doctor Mendoza. *Diario de Caracas*, Mayo 7 de 1895. Discurso en la glorificación de Monagas.

ginas: «Colombia deja de ser! y Venezuela se fracciona en partidos que, luchando cruelmente, desgarran las entrañas de la madre Patria derramando á torrentes la sangre inocente del pueblo!»....

Paseemos la mirada desde el Mar Caribe hasta el Río Negro y desde el Atlántico hasta el Casanare!... Y, ¿á dónde vamos?....

Paseemos la mirada sobre las calles de Lima!

«Más de mil muertos y cerca de dos mil heridos formaban la triste estadística de la sangrienta hecatombe»* en un total de 4060 combatientes!

De los sostenedores del orden habían muerto los tenientes coroneles Octavio Díez Canseco y J. A. Barrenechea, edecanes del Presidente, Froilán Ruíz y Eulogio Zavala; y otros muchos; y entre los heridos estaban: el caballeroso Joaquín Castellanos, Márquez, Flores, Sosa, Paz, Hermosa y tantos otros que, bizarros ante el enemigo externo, fueron no menos valerosos en el sostenimiento de las instituciones patrias.

En qué forma se selló el pacto, nos lo dirá el mismo documento transcripto íntegramente:

«Ministerio de Gobierno, Policía y Obras Públicas.—En la casa de la Delegación Apostó-

* *La Opinión Nacional* de Lima del 26 de Marzo de 1895. Número 6386.

lica, y en presencia y por iniciativa de la Comisión Diplomática nombrada *ad hoc* y compuesta del Decano Monseñor José Macchi, del Ministro Plenipotenciario de Francia señor Raul Wagner, del Ministro Plenipotenciario de Chile señor Máximo R. Lira, del Ministro Residente de Italia señor David Segre y del Ministro Residente de S. M. Británica, capitán Henry Mc. Jones, se reunieron en el día de la fecha los señores doctor don Luís F. Villarán y don Enrique Bustamante y Salazar, comisionados, respectivamente, por el señor Presidente General don Andrés A. Cáceres y por el señor Delegado Nacional doctor* don Nicolás de Piérola, para tratar de poner término á la lamentable actual situación del país; y convinieron en lo siguiente:

1° El señor General Cáceres, deseoso, sobre todo, de evitar mayor derramamiento de sangre y empeñado en devolver la paz al Perú, hace dimisión del mando en una Junta Provisional de Gobierno, compuesta de cinco persónas designadas, dos de ellas por el mismo señor General Cáceres, dos por el doctor don Nicolás de Piérola y una quinta por los cuatro anteriores ó por la suerte, en caso de discordia entre dos ó cuatro candidatos.

* El señor Piérola no es doctor y es extraño que en un documento de ésta categoría se le titule falsamente.

2º La Junta de Gobierno procederá inmediatamente á convocar á elecciones generales.

3º Los ejércitos combatientes saldrán de la ciudad, apenas se instale la Junta, á acantonarse á tres millas, á lo menos, de distancia y en rumbos opuestos, en puntos que designará la misma Junta.

4º Los grados y clases militares concedidos en los mismos hasta la fecha, serán respetados por la Junta. El Congreso inmediato se ocupará de la organización del Ejército.

5º En la misma forma serán respetados por la Junta los actos internos del orden administrativo.

6º La Junta de Gobierno dictará inmediatamente las medidas necesarias para atender á la seguridad general de la población é individual de todos sus habitantes. En Lima á veinte de Marzo de mil ochocientos noventa y cinco.—Luis F. Villarán.—Enrique Bustamante y Salazar.—José Macchi, Delegado Apostólico y Enviado Extraordinario de Su Santidad.—R. Wagner, Ministro Plenipotenciario de la República de Francia.—M. R. Lira, E. E. y Ministro Plenipotenciario de la República de Chile.—D. Segre, Ministro Residente de S. M. el Rey de Italia.—Henry Mc. Jones, Ministro Residente de S. M. B.—El secretario de la Comisión, Luis Tanco, Ministro Residente de Colombia.»

Bajo tan consoladores auspicios se enarboló por el Partido Constitucional el estandarte de la paz, impulsor poderoso del progreso y del bienestar de las naciones.



(GENERAL CÁCERES)

El señor general Cáceres, que «es el primer militar de la República y su alta gerarquía la ha conquistado á mérito de sus acciones heróicas en cien combates con el enemigo extrangero»,* jefe prestigioso del partido Constitucio-

* *La Opinión Nacional* de Lima, de Octubre 3 de 1895. Número 6543.

nal, se alejó voluntariamente del país dejando ámplio el campo para que actuara el nuevo régimen. Se embarcó en el vapor alemán *Serapis*, con rumbo ignorado aún por su familia y los más íntimos amigos.

El señor don Nicolás de Piérola quedó dueño absoluto de la situación, sin que se hubiese dado razón alguna sobre la *eliminación* del doctor don Pedro A. del Solar, cuyos derechos como primer vicepresidente del general Morales Bermúdez se habían invocado para incitar á los pueblos á la revuelta.

¿Había llegado para el doctor Solar la hora del «hombre que principia á hacerse molesto cuando ha cesado de ser útil?»

Sería verdad aquel pensamiento lanzado por un diarista: «El monstruo necesita adormecer con protestas de amistad á sus víctimas antes de engullirlas?» Nosotros mismos no vemos cómo juega el gato casero con el ratoncillo para hacerle creer que todo es pura broma, y.... vaya, que la broma resulta pesada!

Por toda explicación solamente encontramos los siguientes cablegramas del señor Amador F. del Solar, Delegado de la Coalición en el Sur de la República, é hijo de don Pedro:

«Arequipa, Marzo 22.—Junta de Gobierno. —Lima.—He comunicado formación Junta

transitoria de Gobierno á S. E. el Presidente que se encuentra en el departamento de Puno con parte del ejército legal. Espero instrucciones de él.—*Solar*, Delegado en el Sur.

«Arequipa, Marzo 22.—Señor Decano del Cuerpo Diplomático.—Lima.—Espero instrucciones de S. E. el 1er. Vicepresidente de la República llamado por la ley á constituir Gobierno, sobre formación Junta Provisional en Lima. Pongo esto en conocimiento del respetable Cuerpo Diplomático por el digno órgano de V. E. para los fines consiguientes. — *Amador F. del Solar,* Delegado del Gobierno legal en el Sur.»

«Arequipa, Marzo 22.—Excmo. señor Nicolás de Piérola, Delegado Nacional.—Lima.—Pueblo y ejército unánimes y entusiastas aclaman á V. E. y comprenden que sólo la presión de circunstancias invencibles ha podido ocasionar la formación de la Junta de Gobierno, mientras se constituye el llamado por la ley. Espero instrucciones de S. E. el Presidente que se encuentra en el Departamento de Puno.—*Solar,* Delegado en el Sur.»

No aparece respuesta alguna á estos cablegramas.

« Arequipa, Marzo 22.—Doctor Malpartida. —A qué obedece la formación de Junta de Gobierno?—*Solar.* »

« Lima, Marzo 22.—Delegado en el Sur.—Á la presión de circunstancias invencibles.—*Elías Malpartida.* »

La Junta de Gobierno se convirtió en ejecutora de la voluntad del ex dictador.

. . . .

« En el silencio de los sepulcros óyese el ruido sordo de losas que se quiebran.... y del fondo de una sepultura se levanta una sombra que, en alas de los vientos, vuela del uno al otro confín de la República gritando por doquiera: ¡Unión! ¡Unión! ó la anarquía os devorará!... Es el Padre de la Patria que vela aún por la suerte de este pedazo querido de su corazón.... pero ¡ah!... los hombres no le oyen, y siguen delirantes la abrupta senda de su propia destrucción!! »......

Del cuartel general en donde estábamos, salimos llevadas sigilosamente por el médico doctor don Julio Becerra, cuya respetable señora y familia nos prodigaron toda suerte de beneficios así á nosotros como á los pequeñuelos. Tomamos alimento después de tres días, pues, aquel mismo que en 1881, cuando iba fugitivo de los chilenos se sentó á nuestra mesa en nuestro señorial albergue del pueblo de Tinta, no se compadeció siquiera de las criaturas que con nosotros estaban para mandarles un pedazo de pan de su servida ración.

Dos días pasamos en el noble, hospitalario hogar del doctor Becerra, cuando éste fué avisado de que existían prevenciones contra nosotras y que se calculaba que estuviésemos en su casa. Fué entonces que, arriesgando dificultades, nos llevó el doctor Matto á casa de su colega el doctor Eduardo Gaffron, quien, en compañía de su hermano Hermann y la esposa de éste, nos atendieron con esquisita nobleza grabando en nuestra alma la imborrable gratitud que, así para ellos como para la familia Becerra, perdurará á la muerte en estas páginas escritas bajo el techo hospitalario de la República Argentina.

Los días pasaron con la pasmosa lentitud de las horas de desgracia. Era el 7 de Abril y quisimos ir á ver las ruinas de nuestra casa, pues,

se creía todo terminado. Media hora estaríamos contemplando los estragos causados por el saqueo y por el ensañamiento de las gentes, cuando nos trajeron la noticia de que estaban saqueando la imprenta de la calle de Lártiga. Era la nuestra. Los coalicionistas triunfantes estaban practicando el *repase* con los débiles.

Las calles de San Agustín, La Fuente, Lártiga, Plateros estaban sembradas de tipos de imprenta, rotas las puertas del local, inutilizadas las máquinas.

Habíamos perdido la última fuente de vida que nos quedaba para la honrosa labor de buscar el pan con el sudor de la frente.

La Opinión Nacional da cuenta de los luctuosos sucesos del 7 de Abril, y al llegar á los asaltos y destrucción de propiedades, dice: «La imprenta donde se editaba el bisemanario *Los Andes,* sita en la calle de Lártiga, fué también asaltada violentando la puerta, rompieron un gran manparón de vidrios que daba entrada á los talleres, en éstos volcaron los cajetines, esparcieron los tipos é inutilizaron la máquina.

Después de estos acontecimientos la agrupación se dirigió á la calle del Espíritu Santo —eran las 9 y 1/2 de la noche—y apedreó la puerta de la casa que ocupa la familia Mendizabal* ».

---

* **Diario citado N° 6397 del 8 de Abril de 1895.**

La imprenta de *La Opinión*
bién fué atacada por el tumu
pero *La Opinión* era el coloso
y salvó sus intereses. ... su
En su editorial titulado *Lo* ... que en
dice:

« Hemos encontrado nobl ... señor Piérola
impedir que se consumara ... Solar se fué á
en la Policía de esta juris ... de Justicia; el
y gendarmes han cumplid ... ancia parlamen-
decidida y valerosa buen ... alcos de la caja
en dignísimos jóvenes, pa ... uir el camino del
desconocidos y ya inscri ... turbador de la
que comprendieron la m ... ghurts, descartado
y lo evitaron vigorosam ... cargar sobre sí las
lugar que reservamos, p ... ado. repetía el *peca-*
tiva constancia de nues ... coalicionistas, ex-
ñor Intendente de Poli ... el esclavo cuando le
sentantes del partido ... enseñado á hablar: « No
se han disputado el ... provecho, que saber mal-
á los asaltantes. ... por todos los países de
El único daño ... servidores del Perú que
lema de nuestro ... nacional respetaban
La Opinión Na ... ncia y de las glorias
Pero más que ... rio ».
inscrito
opinió
F

... comercial por la emigra-
... Sociedades como la Com-
... Callao á Valparaíso, y acoje-
... *Comercial* de Lima N° 61 del

la calle del Quemado, había sido saqueada é incendiada, perdiéndose la notable colección científica y los instrumentos que poseía este médico, honra nacional y notabilidad en la ciencia, para quien se abrió temprana sepultura después de que regresó al Perú de su peregrinación por Chile y la Argentina.

Y transcurría el tiempo sin que el estancamiento de la libertad y del trabajo desapareciera ante la voz: ¡UNIÓN! ¡UNIÓN! Ó LA ANARQUÍA OS DEVORA, del Padre de la Patria.

Las cláusulas del pacto de paz convirtiéronse en quimera; régimen *nefando* se motejó al fenecido por el desprendimiento del Presidente de la República y la habilidad del Delegado Pontificio; nefandos se llamó á los que con honra actuaron en servicio del gobierno constituido; se adoptó la política del terror y del exterminio en el interior cayendo á la fosa de las venganzas hombres útiles al país, militares de distinguida prosapia como los hermanos Villar, victimados en el Huayabo; y para contrarrestar el juicio ajeno, se establecieron en el exterior agencias de bombo encomiástico para la persona del señor Piérola y sus actos á cambio de subvenciones cuantiosas salidas del erario peruano.

La libertad de la prensa de que en la capital del Perú se llegó á abusar en grado sin prece-

dentes en la historia de los pueblos convulsionados, se convirtió en sarcasmo, con el cinismo con que el jefe demócrata teórico hablaba del HOGAR NUEVO, asegurando en el colmo de su vanidad ingénita, hasta en su Mensaje, que en el Perú todo estaba por crearse.

De los que acompañaron al señor Piérola en calidad de aliados, el doctor Solar se fué á su poltrona de la Suprema Corte de Justicia; el doctor Durand abandonó la banca parlamentaria horrorizado por los desfalcos de la caja pública, y pronto tuvo que seguir el camino del extranjero, sindicado de perturbador de la tranquilidad nacional; Billinghurts, descartado del juego con la condena de cargar sobre sí las deudas particulares del aliado, repetía el *pecavit;* y la mayor parte de los coalicionistas, exclamando, tal vez, como el esclavo cuando le recuerdan que le han enseñado á hablar: «No he sacado de ello mas provecho, que saber maldecir!» Errantes, en fin, por todos los países de la América, los mejores servidores del Perú que vinculados á la política nacional respetaban la tradición de la resistencia y de las glorias conquistadas en el martirio *.

* Prescindimos de juzgar el decaimiento comercial por la emigración de capitales, industriales y respetables Sociedades como la Compañía Inglesa de vapores que se fué del Callao á Valparaíso, y acojemos por corolario lo que dice *La Gaceta Comercial* de Lima N° 61 del

Así purgó el país su último frenesí revolucionario, así naufragaron en lago de amargas decepciones las esperanzas de los ilusos, y en tal forma fueron penados los que no querían convencerse de que el Perú sólo de paz necesita para volver á ocupar su rol de nación fuerte.

La anarquía dividió el gigantesco imperio entre Huascar y Atahuallpa, y cuatro siglos de horror expiatorio prepararon el camino de Bolívar.

La anarquía, acariciada por el Conspirador, sembró de cadáveres las calles de la ciudad donde San Martín enarboló el bicolor, y cuatro años de dictadura expió el pueblo peruano preparándose el camino hacia el templo de la PAZ y del TRABAJO.



UNA NACIÓN NO PUEDE SER VERDADERAMENTE LIBRE SI NO ES VIRTUOSA; Y CUANTO MÁS CORROMPIDOS Y DEPRAVADOS LLEGAN Á SER LOS PUEBLOS,

---

31 de Diciembre, que tan hábilmente dirije el señor J. M. Rodríguez.

« A un período de prosperidad artificial ó de hinchazón económica siempre sigue otro de escasez y de dificultades. El de 1895 á 1900 se reveló por la vida artificial y el *gaspillage;* luego, económicamente, el de 1900 á la fecha debió ser de depresión y de crísis, que continuará mejorando en 1902, si no hay obstáculos que interrumpan la marcha progresiva nacional. »

MÁS TIENEN NECESIDAD DE TIRANOS. Esto ha escrito Franklin y lo rememoramos nosotros para deducir consoladoras consecuencias.

Si los pueblos del Perú pecaron mostrándose sordos á la voz de la experiencia dejada por la guerra chilena, llevando al Poder al mismo que por ineptitud, ó por vanidad, ó por envidia, ó por cualesquiera otras causas, sacrificó á la Patria, ya han expiado lo suficiente, han palpado el ídolo y visto que eran humo, vanidad, nada, las excelencias que la fantasía calenturienta le otorgaba.

¿En dónde encontrar ahora un espíritu netamente peruano que aún esté obsesionado por el jefe demócrata?

Si se piensa en la salud de la República, honradamente declararemos que aquel reinado pereció sobre los lomos del caballo de Atila. Si se busca la comodidad personal, cabe todavía obsesión; pero, no!

Ya en el Perú ha sonado el clarín que invita á las serias meditaciones sobre el campo del trabajo que regenera y vivifica, y execrado será el que de nuevo intente golpear las puertas dando la voz fatídica de revolución.

La Mitología atribuye á la lanza de Aquiles la virtud de curar por sí misma las heridas que causa.

Los designios providenciales señalaron en la

misma labor preparatoria de reelección del señor Piérola la redención de la República saliendo el mandatario de paz y orden de las mismas urnas labradas por la ambición y el desórden.

El ciudadano que hoy rije los destinos del país, una vez colocado en la cima, sin duda vió el campo de la anarquía extendido á sus pies; y, conmovida su conciencia de hombre honrado quiso no distinguir colores políticos, y anheló juntar en un solo grupo á los hijos del Perú para que á todos cobije el pabellón blanco y rojo.

Es laudable esta acción, es hermoso este momento en que se emprende peruanizar la Nación separando, si fuese posible, á quien pretende mantener la anarquía.

Desde la distancia juzgamos los actos administrativos del señor Eduardo L. de Romaña, encuadrados en el bien nacional, al que, resueltamente, se encaminan hoy los buenos hijos de la Patria.

Anhelaríamos ver su personalidad destacándose propia, clara, en dilatada pampa; como la pirámide formidable que en la historia del Perú dijese:

Aquí se maldijo á Caín
Aquí se abrazaron hermano con hermano!

. . . .

Nuestra patria está purificándose en el crisol de las grandes hecatombes y de los grandes desengaños, NO NECESITA MÁS DE TIRANOS; guárdese el rifle y la espada para herir á los de fuera y en casa empúñese el arado que es fruto; la piqueta que es oro, y por doquiera, henchida el alma de férvida esperanza, resuene la voz del poeta soldado:

Levantémos la enseña victoriosa
Del trabajo fecundo,
Y á su sagrada sombra transformados,
Los hijos del Perú, con noble ejemplo,
Reconstruyamos á la faz del mundo
De nuestra patria el magestuoso templo!



EN CHILE.

DE VIAJE.

CUÁNTOS desastres!... cuántas lágrimas!... cuánta sangre!... cuántos recuerdos!...

Apelamos á los corazones nobles y á los que caballeros nacieron, para que ellos aprecien el estado de nuestro ánimo.

Permanecer en el Perú era algo más que difícil, la inspiración del espíritu nos señalaba la playa extranjera, no para ir á llorar la derrota, sino para vigorizarnos en la triple escuela del trabajo, de los viajes y del patriotismo.

De lejos, cuánto más se ama la familia y la patria!...

Era el 25 de Abril de 1895. La tarde estaba gris. Todos los semblantes parecían enfermos. Nuestros amigos estaban tristes; preocupado el hermano de nuestra alma, de quien ibamos á separarnos, dejándolo en el teatro de las intransigencias. El momento de separarse de los pequeñuelos fué el más cruel.

—Volveré pronto!—les mentía el lábio, mientras que las lágrimas anudaban la garganta para no decir el seco, triste, dubitativo ¡adios!

El tren nos condujo al Callao y la nave nos esperaba con su olor á brea volteador de los estómagos, y su vaiven volcador de las cabezas.

Cuando estuvimos sobre cubierta, ya sólo los más íntimos nos rodeaban, de los cuales tantos ya han abandonado las riberas de la vida, como nosotras dejábamos, aquella tarde, las playas de la patria.

El doctor don Leonardo Villar, ese apóstol de la ciencia que en la humanidad dejó sólo huellas del bien, de la dulzura, del saber. Ese corazón no conoció las amarguras del odio, ni le pincharon los espinos de la envidia, ni sintió jamás las ligaduras de la maledicencia.

Joaquín Castellanos, el noble amigo, el valeroso militar que en Tarapacá y en Huamachuco derramó su sangre joven y que fué herido también el 17 de Marzo en las calles de Lima.

José Mariano Jiménez, el popular, el magnánimo, el consecuente amigo de todas las horas prósperas ó amargas, así como su esposa la gentil matrona Adelinda Saco.

El doctor don Federico Herrera, el sincero, culto amigo y honesto hombre de Estado; Francisco Gerardo Chaves, ese hermano del al-

ma que siempre vertió el rocío de sus abrillantadas concepciones sobre nuestra labor literaria, el que desde su primera juventud escaló la cumbre de la gloria por el sólo esfuerzo de su valer; todos esos que al partir nos dieron el adios del viaje, descansan ya en el puerto, y.... no volveremos á verlos.

Adios, amigos, adios!

. . . .

El vapor *Maipo* es viejo, tiene 1501 toneladas de registro. En 1886 lo mandaba el capitán Stewart, de la marina inglesa; después de jubilado éste, le ha sustituído el capitán Selmer, persona de distinción y fino trato.

La espantosa soledad del mar y el rebullir de las olas al empuje del vapor, avivaban las ideas pintándonos la magnitud de nuestra empresa, pero sin amenguar el valor con que afrontábamos la situación. Nuestro espíritu no se amilana porque su fuerza está en la convicción y está en la firmeza.

Ya la noche extendió su manto y bogábamos, bogábamos entre las olas alejándonos de la playa chalaca, asiento de valerosos capitanes, de pueblo viril y honrado.

Cerro Azul, Pisco, Lomas, Mollendo fueron pasando á nuestra vista hasta que llegamos á Arica en donde contemplamos aquel legendario Morro, ara santa sobre la que se ofició el magno

sacrificio á la patria, y allí, al pié del peñón donde Bolognesi y sus heróicos compañeros *quemaron el último cartucho,* permanecimos en silencioso recogimiento.

En nuestra alma existe también un altar levantado para el culto de los que defendieron la patria.

Mártires de sobre la cubierta del Huascar, del peñón sagrado, del arenoso desierto de la Alianza, del granítico Tarapacá, benditos sean! Héroes de Marcavalle, San Pablo, Concepción, Acuchimay y Huamachuco; benditos! Y caiga la maldición eterna sobre los vanos, sobre los desertores, sobre los cobardes, sobre los traidores; maldición de la juventud, de la generación sin mansilla que en el Perú crece!!

En Arica estrechamos la mano de un escritor amigo, distinguidísimo, culto y popular. Rómulo Cúneo Vidal, que siempre firmó con el pseudónimo de *Juan Pagador.* Fué solícito á saludarnos á bordo, conversamos algunos momentos sobre novedades literarias y bibliófilas, declarándonos que en ese tiempo, sólo pensaba dedicarse á las letras de cambio.

Pisagua se presenta á la vista, y la mirada triste la ve en miraje retrospectivo, invadida por 10.000 soldados, 32 piezas de artillería de largo alcance, 4 buques de guerra y 15 transportes; defendida por una débil guarnición.

Pisagua es verdaderamente el paraje en donde se levantó el telón del escenario en que iba á desarrollarse tan sangrienta tragedia; mejor dicho, la puerta por donde se entra á ese panteón edificado por la guerra llamada del Pacífico.

Oh! qué coincidencias las que el viajero tiene que apuntar en su cartera.

Por una de aquellas, los dos únicos libros que traía para mi lectura de abordo, como que en Abril último eran la novedad bibliográfica de Lima, se llaman *El Laocoonte,* de Lessing, traducción de Vargas, edición de Masías, é *Historia del Perú*, de Clemente R. Markham, traducción de Benitez, edición de «La Equitativa», sin las vergonzosas mutilaciones referentes al señor Piérola, de la segunda edición hecha en la imprenta Gil.

En la página 261 del último acababa de leer estas líneas:

«Las tropas que había en Pisagua opusieron una heróica resistencia; los blindados chilenos protegieron el desembarco lanzando 600 tiros de cañón y 4,380 de fusilería sobre las filas de los valientes defensores. Buendía se retiró con los sobrevivientes, y Pisagua, entregada á manos de la ébria soldadesca, fué el teatro de los mayores excesos, de robos, incendios y de completa destrucción. Esto tenía lugar el 2 de Noviembre.»

Para enlutar aún más mi corazón, presa de los recuerdos, bastaban las líneas trascritas. Pero, todavía quedaba el cuadro negro, allá, al otro lado del grado 23....

Más allá, el rico y codiciado girón.

Iquique, Capital del departamento de Tarapacá, compuesto de las provincias Camiña, Pisagua, Chiapa, Sibaya, Tarapacá, Mamiña, Iquique y Pica, con la ingente riqueza salitrera, trae á la memoria el recuerdo histórico de la guerra más cruel que ha ensangrentado las aguas del Pacífico. No incumbe á mi pluma determinar los móviles de tan inmoral como desastrosa guerra. El historiador Markham en su monumental libro *War Between Chile and Perú*, página 254, dice: «Los chilenos declararon la guerra al Perú el 5 de Abril de 1879. El ministro chileno más tarde declaró la verdad diciendo que la *verdadera causa de la guerra fué el deseo de apoderarse de los terrenos salitreros de Tarapacá*. Esta declaratoria la hicieron á sabiendas de que los buques de la armada peruana no podían competir con los blindados chilenos. El móvil de Chile era la conquista».

Aquí tenemos, pues, dos pueblos hermanos matándose, no por los generosos ideales que desolaron á Troya, sino por el girón salitrero, conceptuado como la riqueza y el bienestar del vecino. Las naciones amigas y hermanas

espectaron la lucha cruenta; los peruanos defendieron heróicamente sus derechos, pero la fuerza material avasalló á la razón y la justicia, la desmembración del territorio peruano quedó consumada, y hoy no ondea el pabellón blanco y rojo sobre la casa de gobierno de Iquique.

Las condiciones comerciales de este importante puerto son de una actividad sorprendente y las fortunas allí acumuladas por la exportación de salitre crecen día á día. El total del salitre exportado en Mayo de 1895, asciende á 1.224,242 quintales españoles. De Enero á Mayo, cinco meses, se exportaron 8.889,099 ó sea 612,000 quintales más que en el mismo período del año anterior.

La construcción de casas de madera es rápida y aumenta en proporciones notables; lo cual da idea de la inmigración que recibe.

La mujer es protegida en su trabajo con preferencia al varón. Los tranvías tienen mayoralas, y en las oficinas, tanto de estado como particulares, se la emplea con gusto.

El desarrollo del diarismo demuestra la altura intelectual de la población, fuera del progreso que alcanzan publicaciones del género de *El Oasis,* semanario literario que dirige con gusto y competencia el joven don J. P. de la Peña, peruano. Los campeones del diario son: *The Iquique Times,* en inglés; *El Nacional,* cuyo

credo político es liberal constitucional ó congresista como lo llaman allá. Lo dirige don Enrique Vergara y Vergara; y *El Jornal,* cuyo director es el notable periodista Daniel Salcedo.

Tuvimos tiempo para desembarcar y visitamos las oficinas de los periódicos antes citados dónde recibimos galante acogida.

Existen buenos hoteles y restaurants, clubs y billares, donde los habitantes de Iquique, sin distinción de nacionalidad, van á divertirse en las horas de la noche, después de haber trabajado con tesón durante el día. Cuenta la ciudad con un teatro pequeño y las plazas están en camino de embellecerse con el esfuerzo del arte, pues la naturaleza, pródiga en salitre, ha sido mezquina en vegetación. Desde Iquique, el viajero que viene del Perú, tiene que trabar conocimiento con los billetes de banco, muchos de ellos haraposos y mugrientos á los que hay que alargar la mano pensando en la terrorífica teoría de los microbios conductores del dolor y de la muerte, y por irrisión social tenedores de la fortuna.

Desde Iquique la aridez de la costa tiene un aspecto fúnebre.

La tierra rojiza parece llevara mezcla de sangre en su composición geológica y los promontorios que tal cual vez se presentan, hacen el efecto de fantasmas envueltos en el sudario

de la tristeza. El mar comienza á encrespar sus olas, atrás tranquilas, y las fatigas aumentan para los viajeros que, unos encerrados en sus camarotes, otros repantigados en los sillones-camillas, sólo por momentos cobran aliento para buscar á los compañeros y hacer la plática íntima de la vida de abordo.

En nuestro grupo reinaba animación, mientras que yo, con la mirada hacia la tierra rojiza, con el corazón enfermo, pensaba en mis hermanos, uno ausente, otro, como dijo Prada, liberto ya, «del horror de vivir y del oprobio de pensar».

Uno de mis amigos vino á sacarme de estos apartes que el alma hace de cuanto ve, cuanto siente, cuanto le rodea, momentos en que, valiéndose del pensamiento de Víctor Hugo, cualquiera que sea la posición del cuerpo, el alma está de rodillas. Por el dominio que he adquirido sobre el sistema nervioso para las mutaciones violentas en que muchas veces las lágrimas invaden mi corazón mientras la sonrisa baña mis lábios, púseme á compartir de la franca y expansiva conversación.

Entre nuestros compañeros de viaje figuraban, el médico escritor argentino Eduardo Wilde y su distinguida esposa, y el poeta y diplomático peruano Domingo de Vivero acompañado de Zoila, su digna esposa.

Este fué el grupo más íntimo para nosotras; y, cuántas horas amargas fueron dulcificadas por la amena conversación de tan ilustrados compañeros!

La estela del buque, de pronto abierta en otro rumbo, fué como la gasa blanca que vino á envolver mis pensamientos negros y el timonel hacía el rumbo al puerto de Huasco, lindo valle de la provincia de Atacama, á los 28° latitud austral, renombrado por los viñedos y las pasas que fabrica y exporta en grande escala.

Horas después entrábamos en el puerto de Coquimbo, en cuyas aguas se distinguen los palos del blindado «Blanco Encalada» como restos de un gigante sepulto á medias, porque los dioses se negaron á recibir su espíritu y la tierra rechazó sus despojos.

Es mediocre la importancia del puerto, pero el viajero tiene que mencionar el lindo valle de Elqui y la Serena. El primero es productor de vinos, aguardientes y pasas de tanta fama como las de Huasco. La Serena, exuberante en vegetación, un edén en miniatura, es un girón pintoresco. El ferrocarril que serpentea pujante, como sér animado, trepando las altiplanicies y cerros de la región andina, desde Arica; ahora se lanza como una culebra vivaz por la playa norte y conduce al viajero al corazón de aquellos valles y serranías.

La neblina que obscurecía el camino preocupaba, sin duda, al capitán, porque se paseaba largo á largo sobre la cubierta de proa, y, piloto y contador, estaban en sus puestos firmes como postes de telégrafo. El contador es un distinguido joven peruano apellidado Becco, cuyas prendas le han conquistado el puesto y la estimación que tiene en esta nave de la Compañía Sud-Americana de vapores.

Estaba escrito que el buen tiempo no nos abandonaría; y así, ese manto plomizo fué recogiéndose como el telón del escenario: en el fondo apareció Valparaíso, sobre cuyas aguas flotaban más de sesenta embarcaciones mayores y, aún antes de soltar el ancla, ni disparar el cañonazo de fondeo, nuestro buque estaba invadido por esa langosta que se lanza al viajero y al equipaje en la forma del *lanchero,* derivación inmediata del cochero por su tendencia á la explotación del extranjero y del prójimo en general.

La demanda de *fichas,* representativas de los bultos que uno carga fuera del bulto propio, era tan grande como la de localidades en el beneficio de una artista caída en la gracia del público y en los amores de la prensa.

Bien, pues. En Chile no éramos desconocidas; teníamos amigos y colegas, pero no de tanta intimidad que pudiésemos confiar en su solo apoyo para una estadía agradable.

Acabamos de entregar las fichas de nuestro equipaje á uno de los langostas, cuando apareció una comisión de periodistas en busca nuestra. Comenzábamos á encontrar los hombres de la comuniòn americana por la idea, por la confraternidad del pensamiento y por el principio de Monroe: *América para los americanos* parafraseada en *fraternidad del pensamiento para los soldados del pensamiento.* Los amigos habían preparado bote y alojamiento, era imposible desairar tanta fineza alegando que estaba contratado el fletero para el desembarque, así que fué preciso pagarle á éste íntegro el transporte, advirtiendo que nos había pedido cinco veces más del precio de tarifa.

Valparaíso ofrece una vista pintoresca.

La orilla está decorada por los elegantes edificios aduaneros mandados construir por el presidente Balmaceda.

El muelle donde desembarcan los pasajeros tiene la comodidad y condiciones correspondientes á un puerto de primera categoría y de actividad comercial como es éste.

Desde que saltamos á tierra nuestras impresiones tenían que ser vivas y encontradas. El corazón iba á palpitar sin regularidad, con oscilaciones bruscas, sacudidas terribles entre el patriotismo herido con el recuerdo y los deberes de cortesía ante el hospedaje.

Era un corazón peruano respirando en tierra enemiga de su patria.

El primer monumento que hirió nuestra vista fué la estátua de Prat, colocada en la plaza Sotomayor, casi al principiar la población.

Los amigos, indudablemente, estudiaban las inflexiones del semblante para deducir de ellas las impresiones del alma.

Nos servía de cicerone uno de los caballeros que nos acompañó desde abordo.

—Esta es la estátua Prat, díjonos con llaneza.

Sentimos algo como una mordedura de aspid en el seno, pero recordamos que no habíamos salido á hacer guerra de palabras ni de escrito sino viaje de paz y consuelo levantándonos de en medio mismo de las cenizas en que yacía la patria. Debíamos responder algo, y tuvimos la buena suerte de recordar las palabras de Eduardo Calcagno: «El pueblo que no respeta ni glorifica á sus defensores, es pueblo muerto; puede respirar y moverse todavía, pero lleva dentro del pecho el sepulcro de su porvenir.

Pueblo que se ennoblece á sí mismo ennobleciendo á sus defensores; que llena su alma de grandeza para tributar culto á la superioridad del espíritu, á la perseverancia, al sacrificio, que con la vista fija en el ideal del progreso patrio escribe en piedra las virtudes y esculpe

en bronce las conquistas de la civilización y de la libertad, ese es el pueblo escogido para poseer la tierra de la felicidad social.»

—Es mucha verdad esa, respondió lacónicamente á nuestra palabra que iba tomando un giro algo pedantesco, y luego, casi con intención, dijo: Veo que por desgracia en el Perú está de moda el parricidio, se hace gala de enlodar las figuras de la historia, se arrojan baldones y vituperios sobre la generación militante. Vds. tienen buenas figuras que clarean en el campo, pero las están cubriendo de lodo.

—Nada de eso, señor, usted no puede ni debe juzgar á un pueblo en el momento de las conmociones sociales, cuando se halla revuelto lo de abajo con lo de arriba.

Espere usted la hora en que tranquilizados los componentes de la sociedad tome cada uno el puesto determinado por las leyes de gravedad y por el sentimiento de justicia: ya verá usted que el lodo vuelve al lodo y el merecimiento flotará como el aceite, en la superficie de cualquier líquido. La honra desgarrada sin justicia por la rabia de las pasiones, y el busto escupido con la saliva de los ódios, se rehabilitan como el Fénix de la fábula.

—Deseo, sí, con sinceridad, que esto suceda en el Perú.

Nosotros no somos enemigos del país de usted;

ayer combatimos franca y lealmente, pero hemos hecho la paz con hidalguia. Ahora, como miembros de la corporación universal de la prensa periódica, nosotros hemos visto con sentimiento el desborde....

Estábamos en la puerta del «Hotel Inglés» donde teníamos preparado alojamiento y la conversación sostenida en el trayecto quedó bruscamente cortada, con satisfacción por parte nuestra.

En materia de edificios no hay muchos que pudieran llamar la atención del viajero.

Sin embargo, es digno de mención el de las compañías de bomberos de la plaza Rafael Sotomayor.

El teléfono está generalizado y por él se comunica hasta los Andes.

La actividad comercial no paraliza hasta las diez y once de la noche. Los almacenes ostentan sus vidrieras lujosamente ataviadas y alumbradas con profusión.

Las horas habían transcurrido veloces y era llegada la de la comida.

Tienen especialidad de carácter todas las reuniones en donde prevalece el elemento literario.

Así como los políticos se agrupan alrededor de la mesa para forjar planes que les conduzcan á fines, y los diplomáticos ejercitan allí la refi-

nada forma de la hipocresía, los hombres de letras se expanden rindiendo culto al arte y al artista.

Supongo que sea grato para un general el pasar revista á lo mejor de sus clases; aún mayor es el goce del literato cuando enumera á cada uno de los soldados de sus filas sobresalientes por el ingenio. La fraternidad de las letras está llamada á avasallar el egoismo en la tierra.

La literatura chilena cuenta con buenos adalides.

No recordamos cuál de los caballeros que ocupó asiento á la derecha, hizo reminiscencia de los escritores de costumbres ensalzando por supuesto la tendencia de explotar nuestras materias primas, como diría un manufacturero, sin las imitaciones europeas que han dado tan ruines *becquerianas* aun que no tan malas como las *rubendaríacas* que propinan los neófitos en la escuela.

Recordamos á Rómulo Mendiola, Domingo Arteaga Alemparte y Blanco Cuartín como á buenos *costumbristas,* y no olvidamos á Pedro Luis Aldea, José Joaquín Vallejos (Jotabeche) y Efraín Vásquez Guarda, como sobresalientes en la crítica. Alguno citó á Caro como ingénuo que llevó las costumbres populares al colorido de la *tela,* mencionando *El veloçio del an-*

gelito y *La zamacueca.* Otro recitó algo de *La gallina ponedora* de Vallejos, sátira aguda que hizo reir.

Á nuestra vez indicamos el romance criollo como el género poco cultivado en Chile. Fuera del inmortal Segura, clásico del teatro peruano como delineador de costumbres criollas, teníamos que mencionar á Abelardo M. Gamarra, popular y aplaudidísimo, pues tiene cuadros soberbios como *Ña Marramucia y sus hijas;* y en el romance, sin olvidar á Benjamín B. Sáez presenté al maestro del género, Abel de la E. Delgado, uno de los literatos más delicados que tiene el Perú.

Fuimos invitados á dar un paseo para recorrer la población. El terreno quebrado, lleno de altibajos incómodos para el transeunte acostumbrado á la llaneza del adoquinado, hace el efecto de la tierra que á cada paso del pié se encrespa.

El cerro de la Merced al que conduce ascensor, y en el cual está hacinada buena parte de la población, presenta, desde la cima, un lindo panorama.

Cuando fuimos al paseo Municipal, qué impresiones dolorosas nos hirieron! Los dos leones de piedra que guardan las puertas de la entrada principal, los conocimos en las puertas del Palacio de la Exposición de Lima, el año 1873.

La cabrita con su cabritillo que se encuentra á unos cuantos pasos, sobre la derecha, la habíamos visto tantas veces en aquel palacio de la Exposición de Lima!!..

Casi involuntariamente brotó á los labios el pensamiento que oculto bullía en el cerebro.

—Devuelvan todo eso,—dijimos á nuestro cicerone dándole á la expresión tono de dulzura para atenuar el reproche.

Nuestro acompañante se hizo el sordo y en nuestro cerebro continuaba bullendo la idea con triste rebullir.

La Lealtad, diario de la mañana, dirigido por el notable periodista y hombre público Ambrosio Valdés Carrera, había tenido la fineza de anunciar nuestra próxima llegada, en la forma que transcribimos, recogiendo esas líneas, como, talvez, recogeremos otras en prueba de estimación:

«TELÉGRAFO DEL ESTADO.—Iquique, Abril 27. —(Recibido á la 1 h. 24 m. P. M.)—SS. EE. de *La Lealtad.*—El vapor *Maipo* conduce á la respetable señora Clorinda Matto de Turner, distinguida literata peruana que ha hecho justicia al Excmo. Señor Balmaceda.

La señora Matto era directora del periódico ilustrado *Los Andes* y fué saqueada en Lima.—*El Corresponsal.*»

« La señora Clorinda Matto de Turner. — Pasado mañana debe llegar á este puerto la muy distinguida escritora y novelista peruana, señora Matto de Turner, que viene expatriada voluntariamente, con motivo del triunfo de la revolución del Perú.

La señora Matto, profesa el credo liberal y por sus notables escritos ha merecido una excomunión del Arzobispo de Lima. Redactaba el periódico literario *Los Andes*.

La distinguida literata, después de una corta permanencia entre nosotros, se dirigirá á la República Argentina, en donde piensa fijar su residencia. Como su casa fué saqueada en Lima por las turbas fanáticas, ha preferido salir de allí para evitar las represalias del partido *católico* triunfante y mayores hostilidades.

La dignísima señora Matto es, por otra parte, altamente acreedora al respeto y estimación sincera de todos los liberales-democráticos: ha sido y es una admiradora entusiasta del ilustre Presidente-mártir, don José Manuel Balmaceda.

La Lealtad, como portavoz del balmacedismo en la viril y patriótica Valparaíso, se anticipa, pues, en enviar un afectuoso saludo de bienvenida á la respetable y distinguida proscrita señora Matto de Turner, haciendo votos ardientes porque su estadía entre nosotros le

sea tan grata que le haga olvidar sus sinsabores y decepciones*.»

Deber de cortesía era para nosotras el corresponder á tan espontánea fineza con una visita á los redactores del citado diario y así lo hicimos, conociendo al señor Ambrosio Valdés Carrera y sus colegas, avanzados adalides del liberalismo, ardientes conservadores del fuego sacro que ilumina al balmacedismo á través de la losa que cubre los despojos del jefe que, para ellos, no significaba una persona, encarnaba una idea.

Son del ya citado diario las siguientes líneas:

«La señora Clorinda Matto de Turner.—Ayer hemos sido honrados con la visita de la respetable y distinguida novelista peruana, señora Matto de Turner, que parte hoy á la capital de la República, para seguir de allí viaje á la Argentina.

Después de obsequiarnos algunas de sus más importantes obras, nos prometió dirigirnos algunas correspondencias desde el Plata.

Agradeciendo sinceramente á la ilustre escritora su atenta visita de despedida, hacemos votos ardientes porque su viaje sea muy feliz y su regreso lo más pronto posible**.»

---

* *La Lealtad*, Nº 42, del 28 de Abril de 1895.
** *La Lealtad*, Mayo 3 de 1895.

El pasaje de primera, desde el Callao á Valparaiso, en cualquiera de las compañías cuesta ciento dieziocho soles ochenta centavos plata peruana.

En Valparaíso hay que tomar pasaje directo hasta Buenos Aires, por via de la cordillera. En una ú otra empresa de las que existen, siendo la más importante y segura la del Expreso Villalonga, cobran ciento setenta pesos chilenos en primera clase con opción á cincuenta kilos de equipaje, sin que estén incluidos los gastos de hotel en el tránsito.

El ferrocarril del Estado ó Expreso que sale de Valparaíso, deja á los pasajeros en la estación de Llayllay, donde hay que transladarse al trasandino, llamado ferrocarril Clark, que sigue el mismo día á los Andes.

La mañana se presentó envuelta en su manto de brumas.

Tomamos el tren para visitar á Santiago, capital de la República de Chile, fundada por Pedro de Valdivia á orillas del río Mapocho.

El trayecto que recorre el ferrocarril con sus grandes túneles pregona el esfuerzo del hombre para arrancar productos al terreno árido y rocalloso en sí aunque interrumpido por florecientes manchones en donde la vegetación se espande. Uno de los atractivos para el viajero es la vista del Aconcagua, el más elevado de

los volcanes del mundo, y allá en las planicies serpenteando el río del mismo nombre, que nace en el Tupungato para morir en el Pacífico.

En este trayecto hirió nuestro oído por vez primera, el sonido del *chiliduga* que es el idioma de los araucanos, cuya fonética es áspera y rechinante.

La potencia de la locomotora había devorado la distancia y teníamos delante á la ponderada Santiago de Chile con su aspecto señorial, ciudad por el estilo de Sevilla, con sus construcciones peninsulares, su plano magnífico y sus ciento sesenta mil habitantes.

El Hotel Meloci, uno de los más importantes con que cuenta la ciudad, está inmediato á la estación del ferrocarril, lo cual ofrece comodidades al viajero qne llega con carácter de mero visitante. En él nos hospedamos, concretándonos á conocer lo más notable, siquiera fuese á vuelo de pájaro.

La gran avenida de las Delicias, de cerca de dos leguas de extensión y su cerro de Santa Lucía, son dos paseos dignos de cualquier gran capital europea, uno en el llano, otro en la altura. Sus teatros son mediocres por capacidad pero elegantes por la ornamentación interior. Los templos católicos, levantados en el mismo plano de los del Cuzco, en el Perú, y por lo general en

las poblaciones que deben su fundación á mano española.

La Biblioteca pública interesaba nuestra atención. El director de ella, don Luis Montt, amigo nuestro, con quien sostuvimos correspondencia con motivo de ciertos datos sobre don Juan de Espinosa Medrano, de cuya biografía nos hemos ocupado, nos recibió con esmerada atención, prestándose á ser personalmente nuestro guía para pasear los salones y las galerías. El local no tiene la amplitud que exige la gran cantidad de libros que en los momentos en que visitamos estaban recibiendo catalogación distribuyéndose convenientemente.

Allí encontramos una colección completa del *Mercurio Peruano* y *El Apologético de Luís de Góngora* por Espinosa Medrano (El Lunarejo), obras que en 1873 las conocimos en la Biblioteca Nacional de Lima y de las cuales hablamos con el por entonces director el ilustre y sabio doctor don Francisco de Paula González Vigil.

Hablamos al señor Montt del señor don Carlos Robinet, para quien teníamos una carta de nuestro maestro y antiguo amigo don Ricardo Palma.

—Es hora de salir del Congreso, lo mandaré llamar—nos dijo el señor Montt, y galantemente envió un mensaje con el portero.

La Cámara de Diputados nada dista del loc de la biblioteca, y minutos después llegó el señ Robinet acompañado de otro diputado, el señ Guillermo Blest Gana, quienes, tuvieron la ge tileza de ofrecernos su carruaje y su compañía

Deseábamos conocer algo del parlamen chileno. Las sesiones del día aún no se habí levantado, así que, instalados en el palco dipl mático, desierto por aquella tarde, escucham un interesante debate en el que tomó parte notable orador parlamentario Mac Iver. salir de la Cámara de Diputados para visitar teatro Municipal, uno de los caballos del c rruaje se abarrajó.

—Mal agüero tiene ésto, y es de su lad señor Diputado Robinet—observamos.

—No me inquieto por ello, quiere decir qu caído el caballo, se salvó el caballero, repu con amable sonrisa, y en tal ocasión recor que, debiendo estrenarse un drama de Aleja dro Dumas, este andaba preocupado con éxito, poniéndose á colgar unos cuadros por v de distracción.

Sucedió que, mal colocada la escalera, vino al suelo con Alejandro Dumas, quien levantarse exclamó lleno de satisfacción: Ca el autor, pues, se salvó la obra!

Por otra parte nuestro viaje á Santiago t nía por objeto el saludar al notable escrit

Pedro Pablo Figueroa, ese hombre que aparece con grandes proyecciones en el apostolado de la confraternidad universal y de cuyo intelecto ha salido una sorprendente producción literaria.

Si la cantidad del fruto intelectual abrumase al hombre como la fruta al árbol, yo compararía á Figueroa con el vigoroso duraznero que se rinde al peso de la fruta.



(PEDRO PABLO FIGUEROA)

Este propagandista de las ideas liberales que alguna vez llevarán la luz al orbe todo, es glorificador incansable del mérito ajeno y su pluma ha borrado los linderos del egoísmo. José

Manuel Balmaceda, ese grande hombre que tuvo Chile á cuyo rededor actuaron inteligencias como la de Julio Bañados Espinosa por no citar más que á un muerto, fué para Figueroa como lo es para la mayoría de los hombres pensadores, el maestro de la república liberal democrática cuyo apostolado continúa la obra en el partido liberal.

Teníamos sólo tres días disponibles; nuestros compañeros de viaje, doctor Wilde y señora, señor Vivero y esposa, debían estar en la estación de Llayllay para tomar el ferrocarril Clark y ansiábamos ir á encontrarlos para seguir juntos.

Llovía y granizaba terriblemente, pero, así tomamos nuevamente el ferrocarril que nos condujo á la estación de Llayllay en donde tomamos el de Clark y en la tarde estuvimos en la ciudad llamada Santa Rosa de los Andes.

El tren recorre un trayecto hermosísimo por el paisaje bordado de viñedos y festoneado de álamos blancos, estos árboles que parecen ser una peculiaridad del terreno chileno. Antes de llegar á la estación de San Felipe, se conoce la renombrada hacienda Panquehue cuyos vinos son rivales de los de Urmeneta, Errázuris y otros tan celebrados por los catadores del divino sumo.

En los Andes existe un alojamiento conforta-

ble denominado HOTEL COLÓN. Tiene una plaza bonita, con parque y templo católico, oficina de correos y telégrafos, administración judicial civil é imprenta, donde se edita *El Pensamiento* con ilustración y cosmopolitismo dignos de ser aplaudidos. Las tiendas abundan en objetos propios para los transeuntes á la cordillera.

Queremos conservar sin alteración nuestros apuntes de cartera enviados en NOTAS á *La Opinión Nacional* de Lima el 22 de Mayo de 1895 y publicadas por el diario peruano el 20 de Junio. De ellas recortamos lo que va en seguida:

«De los Andes parte el ferrocarril Clark á las 10 a. m. y llega hasta Salto del Soldado, atravesando cinco túneles en distintos sitios. Salto del Soldado ofrece un espectáculo sorprendente, y bien vale la pena de un viaje el conocer este precipicio abierto en las rocas por la gigantesca azada de la Naturaleza y dominado hoy por el brazo del ingeniero y la pujanza del vapor. El nombre se debe á un soldado enviado desde Mendoza con pliegos para el jefe del ejército patriota que operaba en Maipú. Perseguido por los realistas hasta el borde del abismo, salvó la situación y los pliegos con un salto semejante al de Alfonso Ugarte en el Morro de Arica. De Salto del Soldado hay que tomar coche, igual á los carruajes de plaza que usamos en

esa, donde tiene usted que apiñarse con tres compañeros de viaje, pues no da más de cuatro asientos, y la empresa no consiente vacíos. Este coche le lleva hasta Juncal, al pié de la cordillera, en la parte de territorio chileno. En Juncal existen dos posadas, la mejor de ellas es de Luis Hispa, llamado «Hotel Hispa», que tiene una pequeña sucursal en la parada de Salto del Soldado, de donde se comunica por teléfono. Advertiremos, que este medio de comunicación se tiene hasta Valparaíso en todo el trayecto. En el hotel que dejo mencionado, le cobran por alojamiento de la noche y la comida 5 pesos chilenos, precio reducido para el lugar y las comodidades que le ofrecen con el salón atemperado por la estufa y el amable trato de la señora de la casa. A las siete de la mañana siguiente hay que resignarse á la mula que la Empresa le da con todos los arreos precisos y á más un capataz que le sirve de escudero, y piando piando, se hace cuatro horas de bestia, dos de subida y dos de bajada, contemplando el espectáculo más hermoso de la cordillera de los Andes, donde no se ve más que la blancura de la nieve manchada, tal cual vez por las negras alas de los cóndores, esos gallardos caballeros de las alturas que con sus golillas albas y sus plumajes de seda ó de azabache luciente, hienden la altura y cortan el espacio

orgullosos y libres. La mayor altura es de 12,300 piés sobre el nivel del mar, así que el frío no llega á las ponderaciones de los que nos pintan el paso de la cordillera con descripciones de brocha gorda. Recuerdo haber pasado la altura de Colca, en el camino de Arequipa, por la ruta del volcán, que mide 13,500 piés, así que, la temperatura no me fué alarmante. Sin embargo, en la cumbre sufrí algo del *soroche* ó *puna* y tuve que apelar á la cebolla, recordando que este fué el mejor remedio descubierto por el general San Martín cuando pasó á la cabeza de su ejército por esta misma cumbre blanca, debajo de un cielo hermosamente azul. Aquí debió inspirarse Belgrano y allí, en el Ande, debió haberse hecho el pabellón argentino, tomando un girón de la región helada y dos girones de cielo. La naturaleza ha colocado en este lugar el célebre *divortium aquarum,* materia de los protocolos de actualidad diplomática entre argentinos y chilenos.

Al terminar la bajada á este lado de la cordillera andina está la posada de *Cuevas,* donde se deja la mula y se almuerza horriblemente mal, á costa de 4 pesos, para subir de nuevo al coche de cuatro plazas que lleva hasta *Vacas.* En esta posada no hay más que un caserío llamado hotel, mal servido y peor dispuesto, con salones de cuatro camas. Por cena y aloja-

miento le cobran 5 nacionales, y á las 7 a. m. prévio registro del equipaje en la aduanilla toma usted de nuevo el interrumpido ferrocarril Clark, que le conduce hasta Mendoza, después de una parada de 40 minutos en *Cacheuta* para almorzar en un *restaurant* pintoresco situado en los baños que existen allí, de la misma naturaleza que los termales que tenemos en Ica, Lares, Aguas Calientes y otros. En la travesía pasa Vd. repetidas veces, los ríos Aconcagua, Blanco, río de las Cuevas, donde está el célebre baño del Inca, Colorado y Mendoza.»

Cuando pisamos territorio argentino sentimos las mismas impresiones que sacuden el espíritu á la aproximación del sér amado. El corazón como que latía trabajoso, llevando un peso encima, y los pulmones aspirando aire helado, volvieron á sus funciones normales bajo el techo del amigo.

EN LA ARGENTINA.

LA ETAPA.

A las tres de la tarde llegamos á la ciudad de Mendoza, capital de la provincia de su nombre; provincia que consta de diez y seis departamentos; confina por el norte con la provincia de San Juan, por el este con la de San Luís, por el sur con las gobernaciones de la Pampa y Neuquen y por el oeste con la cordillera de los Andes. Esta provincia es de las más importantes en la oscilación de relaciones internacionales de la Argentina, por ser el paso obligado del comercio con Chile y encerrar los límites. La extensión superficial es de 160,813 kilómetros cuadrados y la población de 116,136 habitantes. Fué cuna del Ejército de los Andes, de la gloriosa tradición militar argentina, y de su suelo brota el viñedo abundante y se extraen valiosos minerales.

La ciudad de Mendoza fué fundada en 1560 por don Pedro de Castilla, y es propensa á los

temblores de tierra. El 20 de Marzo de 1861 fué destruída la ciudad por un terremoto y bajo sus ruínas perecieron diez mil personas. Las ruínas de aquella hecatombe todavía hablan al viajero el lenguaje del dolor y del espanto.

La ciudad nueva tiene un lindo aspecto; sus calles son anchas, amplias, rectas, con árboles frondosos en ambas aceras; tiene cinco grandes plazas, un teatro, cuatro imprentas donde se editan otros tantos diarios, cuatro hoteles y 28,602 habitantes.

Habíamos tomado alojamiento en el *Hotel Club,* pero, noticiado de nuestra llegada el caballeroso y digno cónsul peruano don Carlos L. Lagomaggiori, fué en busca nuestra, y en nombre de su señora Catalina Meabe, distinguida dama argentina, nos invitó á pasar á su casa. Cuando llegó la hora de despedirnos para volver al hotel, resultó que nuestro equipaje ya estaba en la casa Lagomaggiori, y allí recibimos, durante varios días, la más afectuosa hospitalidad, las atenciones más francas y sinceras, á las que pagamos con nuestro recuerdo agradecido.

De Mendoza á Buenos Aires hay 1047 kilómetros de distancia, que el ferrocarril Gran Oeste Argentino salva en 38 horas de viaje pesado, fatigoso y monótono. Hacia arriba, el azul del cielo límpido; abajo, un océano de verdura,

y la locomotora corriendo en la pampa inconmensurable, como serpiente de hierro para engullir entre sus fauces el fantasma del quietismo que engendra el atraso de los pueblos.

Entre los pasajeros agregados desde Mendoza encontrábase el galano escritor argentino Roberto J. Payró, corresponsal viajero de *La Nación,* de cuya gentileza recibimos atenciones esquisitas y buena información para nuestros primeros pasos de instalación, pues «como sucede en todas las grandes ciudades, el viajero está expuesto, en los primeros días, á sufrir las consecuencias de la falta de conocimiento del lugar, de las leyes, costumbres, etc., y se verá asediado por gran número de corredores de hoteles y de empresas de transporte, mozos de cordel, cocheros, y hasta de estafadores.»

Más tarde debímosle una visita á los talleres y redacción del citado diario en donde conocimos y tratamos al ilustrado Bartolomé Mitre y Vedia, hijo del General Mitre, esa reliquia gloriosa que encarna al presente todo el amor cívico del pueblo y todas las glorias del ejército argentino, batallador, triunfante y generoso después de la victoria.

Eran las ocho y media de la mañana del 15 de Mayo de 1895 cuando Buenos Aires la populosa, se presentaba amplia á nuestra vista.

Convertido en realidad estaba, por fin, nues-

tro sueño acariciado desde la infancia, de visitar la patria de nuestro abuelo, don Juan José Usandivaras, la cuna de Juana Manuela Gorriti.

El ferrocarril entró á la estación Central, que ahora ya no existe, pues, meses más tarde la devoró el fuego en provechoso incendio. Decimos provechoso, porque no se sacrificó existencia alguna y el terreno quedó libre para dar al costado derecho de la Casa Rosada la hermosura que hoy ostenta, á la vez que la edificación de una nueva estación en el Retiro, se hace con las exigencias del colosal crecimiento de la población y de los negocios.

La ciudad se extiende sobre una superficie de 180 kilómetros cuadrados, mayor que la de París y Berlín.

El censo de 1895 señalaba 663,854 habitantes, hoy pasan de 823,000.

No es extraño este crecimiento si se atiende al enorme impulso que toma la inmigración, debido á las leyes liberales, al carácter nacional, á la libertad de cultos y el ancho campo de trabajo que ofrece la República Argentina en su territorio tan vasto, 2,885,620 kilómetros cuadrados. El artículo 25 de la Constitución del Estado dice: «El Gobierno Federal fomentará la inmigración europea y no podrá restringir, limitar ni gravar con impuesto alguno la entrada en el territorio argentino de los extran-

jeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias y enseñar las artes y las ciencias» y el artículo 16: «La Nación Argentina no admite prerrogativas de sangre ni de nacimiento; no hay en ella fueros personales, ni títulos de nobleza. Todos sus habitantes son iguales ante la ley, y admisibles en los empleos sin otra consideración que la idoneidad. La igualdad es la base del impuesto y de las cargas públicas.»

En aquellos días, como ocurrió posteriormente, los pueblos se agitaban bajo un solo pensamiento: la guerra entre la Argentina y Chile era inminente.

Como peruana habría deseado ver, por fin, castigada la osadía del invasor, pero sobre este anhelo legítimo se levantaba la voz de la razón. El egoismo no puede llegar hasta sacrificar los intereses de una nación en el apogeo de su prosperidad y grandeza, mucho menos cuando se ve claramente que Chile, perdiendo siempre, quedaría gananciosa, pues habría dado ocupación á sus hombres durante la campaña y para responder de las indemnizaciones de guerra le quedaba la caja vacía y el territorio estrecho. En cambio, la Argentina habría paralizado el tren de su progreso gigantesco, sacrificando vidas preciosas, derrochando oro y sembrando fatigas para rceoger en total.... ¡el lirismo de la victoria y el cádáver de un insolvente!

En los días de la agitación internacional el pueblo argentino del siglo XX ha demostrado que es digno descendiente del pueblo de Mayo, y los poderes dirigentes que han sabido contener las exaltaciones prematuras han evidenciado



(GENERAL JULIO A. ROCA)

también que existe un patriotismo sereno, propio de los hombres que encarnan grandes responsabilidades.

Cuando la posteridad juzgue la actitud del Presidente de la República, general don Julio

A. Roca, al frente de las provocaciones chilenas, le discernirá toda la justicia que merece la alta personalidad política que, sin comprometer la dignidad nacional, ha sabido aquietar al pueblo en cuyo seno está vibrante el alma de los guerreros inmortales, tolerando hasta donde permite el decoro las majaderías del vecino, como soportamos las de los muchachos malcriados hijos de nuestros amigos.

Aplauso sincero merece, pues, el hombre de estado que, con proceder tranquilo, va al afianzamiento de lo que bien puede llamarse la gran Potencia Argentina.

En la conciencia de nacionales y extranjeros está la convicción de que, evitar la guerra en ciertos momentos, es asegurar la paz; que ganar tiempo significa duplicar los brazos y los elementos bélicos para llegar á ser coloso.

Si la República Argentina logra prolongar por dos años más su actitud noble en la paz armada, á Chile le espera la suerte del avaro de que habla la leyenda indígena, cuyo corazón fué comido por el oro. El hierro de los armamentos comerá el corazón de Chile, matando la ambición, y con ésta desaparecerá en la América la fiebre de guerrear.

Bien, pues, la impresión que produce el conocimiento de Buenos Aires es sugestiva; atrae con fuerza hercúlea.

La plaza Mayo está en primera fila siguiéndole en belleza por ornato: 9 de Julio, General Lavalle, General San Martín y Lorea.

En la plaza Mayo se levantan, la pirámide Mayo y la estátua ecuestre del general Manuel Belgrano.

De los paseos públicos citaremos el Parque 3 de Febrero, Palermo, Parque Lezama, Jardín Zoológico, Jardín Botánico, Pabellón Argentino y tres Hipódromos.

Tiene los siguientes teatros: Apolo, Argentino, Victoria, San Martín, Politeama Argentino, Rivadavia, Odeón, Mayo, Doria, Comedia, Casino, Iris, y la Ópera que es el más suntuoso. Fuera de estos hay infinidad de circos, sociedades, de Sport, de tiro al blanco, de esgrima y gimnasia, etc., visitados por las notabilidades europeas y americanas.

Por la libertad de cultos que la Constitución consagra sube á Dios la plegaria humana en todos los idiomas y en todas las formas externas de la civilización.

La capital federal sostiene más de ciento treinta publicaciones diarias y periódicas, siendo *La Nación* y *La Prensa* los colosos de la mañana, y entre los diarios que aparecen por la tarde, *El Tiempo* y *El Diario* han ganado popularidad. *El Tiempo* da cuatro ediciones consecutivas y *El Diario* tres.

Ya se ve que puede pasarse alegremente la vida en esta populosa ciudad y aún disculparse la preocupación que á todos embarga acosados por la insaciable sed de ganar dinero, mucho dinero!

La única gracia consiste en saber ganarlo ó poder ganarlo.

La plaza de Mayo es el corazón de Buenos Aires.

Una guía dice: «Se extiende delante del Palacio de Gobierno en la parte que mira á la Avenida de Mayo, principal y grandiosa vía pública de la ciudad, bordeada de monumentales y lujosos edificios. La plaza Mayo ha sido formada con la unión de las antiguas plazas llamadas de la Victoria y 25 de Mayo, que hasta 1884 estuvieron divididas por la histórica *Recoba* que ocupaba el centro de la actual plaza, en todo el espacio comprendido entre las calles de Rivadavia y de la Victoria. El área de terreno de la plaza de Mayo es de dos manzanas, cruzada de dos anchos veredones con peluces en los espacios libres y rodeada de una doble hilera de plátanos. En su extremo oeste se levanta la pirámide de Mayo y en el del este la estátua ecuestre del general Manuel Belgrano. Los principales edificios que rodean la plaza son: al este la Casa Rosada, donde despachan los poderes públicos y la administración de la

Aduana; al sur el local del Congreso Nacional; por el oeste los Tribunales de Justicia é Intendencia Municipal; y por el norte, la Catedral, cuyas bóvedas guardan las cenizas del general José de San Martín; los locales de los bancos de La Nación Argentina é Italiano y la Bolsa de Comercio.»

Hemos dicho que la plaza Mayo es el corazón de Buenos Aires; de ahí parte la sangre que vivifica y moviliza, por las arterias de los tranvías de sangre y de tracción eléctrica que se esparraman por todo el organismo.

El viajero que ha llegado y descansa en la Plaza de Mayo, como para darse respiro y cobrar aliento, puede, pues, seguir en cualquier dirección, y conforme á su buena ó mala estrella, brillar como astro de luz propia ó perderse como gota de agua caída en el seno del mar.

La luz ó la nada; pero, avante, avante, sin desfallecer!....

Que las almas buenas se imponen á través de todas las pasiones.

Buenos Aires: á tí que guardas la Libertad coronada de rosas que no marchitaron las auroras boreales, á tí que enalteces el trabajo en el templo de la Virtud, á tí que estimulas el patriotismo con el ejemplo de los mayores, en la etapa del viaje te saludo!



MINIATURAS.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

ANDO un astro de primera magnitud derrama sus fulgores, cuando la armonía de las musicales ó el perfume de una flor hieren



ra sensibilidad artística, no nos detenemos minar el astro, la nota, la flor, con el proniento astronómico, ni filosófico ni anató-

mico: nos entregamos á la contemplación de la belleza, nos absorbe el sentimiento.

Esto mismo, por correlación sugestiva, me pasa con el poeta perfilando al cual no quiero entrar en aquella nomenclatura biográfica de edad, árbol genealógico y procederes.

La sola enunciación del nombre de Carlos Guido y Spano, equivale á evocar la poesía y la nobleza, que entre ambas está sumergida el alma de quien constituye una de las más puras y legítimas glorias de la Nación Argentina, y es orgullo, también, de la América; porque el renombre del señor Guido y Spano, es continental.

El ilustre escritor ha sido exhibido y juzgado como poeta, pero sus jueces y sus críticos han pasado de largo ante la magna labor de diarista, diplomático y polemista en rica y galana prosa. Atraídos por la melodía de esa lira de marfil, sugestionados por el colorido de las flores que derrama, cual émulo de la diosa Primavera, han dejado á un lado la obra labrada con rica plata y oro sin ligaduras entre cuyos afiligranados brillan la noble y santa verdad y el patriotismo austero. Sus dos gruesos volúmenes titulados *Ráfagas,* que suman ochocientas cuarenta y ocho páginas en cuarto mayor, guardan tan valiosa orfebrería.

El primer tomo de *Ráfagas* encierra á guisa

de prólogo, una carta auto-biográfica de la más encantadora sencillez, modelo de literatura epistolar, modelo de imágenes netamente gauchescas, modelo, en fin, del prejuicio que arranca al hombre honrado aquel *ego sum* que confundía á los escolásticos enmarañados en el *alter ego* y el *distingo.*

Los asuntos de interés literario y artístico, los de diplomacia americana y brasileño-argentina; las palpitaciones del mundo bajo la corriente de maravillosos acontecimientos, como el de la abolición de la esclavatura en el Brasil; todo ha pasado por el tamiz del razonamiento y la exposición bajo la gallarda pluma de Guido y Spano.

El nombre del brigadier general don Tomás Guido, padre de nuestro venerado amigo, figuraba en *La Revista del Río de la Plata,* de manera depresiva á sus antecedentes y merecimientos, como que fué el segundo del General San Martín, y entonces vemos al poeta, al escritor de costumbres y narrador de bellezas literarias, colgando su lira de marfil, dejando en descanso su pluma de oro, para enristrar la de acero entre cuyas puntas iba á pulverizarse la mala fé del historiador centellando la gloria inmarcesible que la justicia, el derecho y la gratitud han discernido al general don Tomás Guido, nombrado gobernador de los sitiados castillos del Callao, cuando aquellos se rindieron.

Todos los documentos auténticos que contiene esta notable defensa de uno de nuestros próceres de la independencia, son de naturaleza tal, que el historiador encontrará en ellos una fuente riquísima de información sobre puntos aún no dilucidados.

Y bien.

Triunfador el padre; triunfante el hijo, las páginas del segundo tomo de *Ráfagas* constituyen una doble enseñanza en el rol social y en el histórico.

Si eso es Carlos Guido y Spano como periodista y polemista, como poeta, ah! como poeta, sabe interpretar las sonrisas de todas las rosas; el suspiro de los cipreses y las cuitas de los tomillos; él entiende los ayes del *pampero,* respondón de los huracanes; y sabe cómo la luna resbala melancólica sobre el musgo del *pago,* reflejándose por igual, en la frente del gaucho que acepta el *mate,* y la adorada que le escancia.

Si ha interpretado en el poema de las notas el amor dichoso del cual Víctor Hugo dijo: «Juventud, dichosa juventud, amad; no hay más dicha que el amor»; Guido y Spano ha probado que aún hay dicha en llorar el amor pasado: El amor de los ausentes, el amor á los muertos...

Si pudiésemos transcribir aquí todas las páginas de *Ecos Lejanos,* saldríamos airosas.

Hay algo más.

Preciso es oir esas poesías declamadas por el mismo autor. No olvidaremos nunca, la primera vez que, junto á su lecho de enfermo mimado, contemplándolo como á un dios mitológico, con su camiseta roja, contrastando con la albura de su cabellera y la orla de sus sábanas, le oímos aquella sublime evocación titulada *Lágrima,* en la cual, una nota hirió hondamente el alma en cuyo santuario está el nombre del hermano idolatrado: DANIEL. Así también se llamaba el hijo del vate, y las estrofas son éstas:

LÁGRIMA.

Á DANIEL.

Como en una urna sellada
Tu memoria en mi pecho está grabada
 ¡Oh mi Daniel... ¡mi hijo!...
Mi corderito blanco idolatrado...
Aguárdame, allá voy; el plazo es fijo
 Más que nunca amoroso,
Pronto, ya casi el viaje terminado,
En la mansión del eternal reposo
 Me tendrás á tu lado.

Después, ese hombre superior que bajo su cabellera de nieve esconde todo el fuego de los volcanes, de la amistad, del patriotismo, del ardimiento inmortal, nos recitó MUSGO para incitarnos á la esperanza y nos habló de nuestra patria, de ese Perú que le es querido, en cuyas playas actuó su ilustre padre.

Poeta no es solamente el que con la donosura de la frase ó la placidez del pensamiento ofrece modelados al arte; poeta es el que ha sabido penetrar al corazón del pueblo y en él palpita por el sentimiento. Tal ocurre con el cantor de *Nenia*, á quien el pueblo ha sentido y el pueblo ama.

Es de verse la casa de Guido y Spano en los días en que celebra su onomástico. Es el verdadero jubileo que los creyentes de todas las categorías sociales hacen al templo del saber y de la virtud, y allá, junto al lecho donde sufre la materia mientras el espíritu vive lozano con todas las energías de los veinte años, allá van, decimos, desde el Presidente de la República hasta el más humilde jornalero, hombres y mujeres, á ofrecer sus votos de ventura á Carlos Guido y Spano, cuya linda frente no se ha rendido al peso de los laureles conquistados, á pedir á la Providencia que la muerte no eclipse ese astro rey, cuya luz irradia en la América del habla castellana.

¡Dios mío, que no se rompa la lira de dulces vibraciones!



MANUEL PARDO.

¶ la sala de sesiones del Senado del Perú, inerte, rígido, paralizadas las palpitaciones e gran corazón, inutilizados los brazos que



novieron para la obra del bien, helado el bro que dió vida á la Hacienda y vigor á la ria; el 16 de Noviembre de 1878 estaba el ca-

dáver de Manuel Pardo, herido por la espalda, por la bala del rifle que sobre él dispararon los enemigos del Perú desde el parapeto de un sargento llamado Melchor Montoya, que en aquel día montaba la guardia en el recinto de los legisladores.

Así, traidoramente, se desplomaba la personalidad que imponía respecto para la patria en el extranjero, se esfumaba una existencia que tanta falta hizo al Perú en sus horas de angustia y de congoja cuando Chile enviaba sus huestes dirigidas por un cerebro de hombre y nosotros sólo pudimos oponerle un pigmeo revestido de dictador.

Manuel Pardo era el heredero del talento de su ilustre padre don Felipe Pardo y Aliaga, eminente hombre de letras y de Estado, y de las virtudes de una gentil matrona que en la alta aristocracia limeña era reyna del salón y angel del hogar: Petronila Lavalle, hermana de nuestro inolvidable, querido amigo José A. de Lavalle.

Nació en Lima el 12 de Agosto de 1834, y casi niño, acompañó á su padre al ostracismo. Residieron ambos en Chile y allí hizo Manuel sus primeros estudios; quiere decir, que los cimientos del edificio moral que comenzaba á levantarse los puso en país frío y montañoso; cursó bajo la férula de maestros exigentes, y

comenzó desde temprano á pensar con seriedad en la patria, de la cual lo alejaban las injusticias de la política. Tiempo después se trasladaron los dos emigrantes, padre é hijo, á España, y allí el joven se dedicó á las ciencias económicas y administrativas, completando su carrera literaria inspeccionado de cerca por el gran monitor que en su padre tenía.

El regreso al Perú debía realizarse en alguna fecha, y ella llegó. Una vez en Lima se dedicó al comercio con notable tino y fortuna, pero su salud comenzó á resentirse del exceso de trabajo en un clima tan debilitante y se vió obligado á trasladarse á Jauja en donde, abandonando por completo los asuntos mercantiles, se entregó al periodismo, redactando para la *Revista de Lima* artículos que le valieron la notoriedad como escritor y le declararon competencia social económica. El ferrocarril trasandino puede decirse que es obra exclusiva de Manuel Pardo, porque él demostró su importancia y utilidad. Fué nombrado miembro de la Sociedad de Beneficencia y luego comisionado para realizar en Europa un empréstito. En 1864 realizó, pues, el que proporcionó al Perú elementos para la defensa nacional que tan brillante éxito tuvo el 2 de Mayo de 1866 en las aguas del Callao.

En este memorable día don Manuel Pardo acompañaba al jefe supremo como ministro de

hacienda, pues al triunfo de la revolución restauradora encabezada por el coronel Prado, se solicitaron sus servicios en la referida cartera. El Perú debe á Manuel Pardo la organización de hacienda, y con razón pudo decir el general Mariano I. Prado, cuando se presentó á la Asamblea Constituyente de 1867: «*Os traigo honra, gloria* y *hacienda.*»

La renuncia que hizo de la cartera que desempeñaba, dando á la vez una memoria importante sobre su labor, fué una pérdida para el Gobierno, pero bien pronto se presentó la ocasión en que prestase sus servicios á la ciudad natal. Una epidemia asoladora visitó á Lima. Manuel Pardo era Director de Beneficencia y como tal luchó heróicamente en el campo de la desolación y de la muerte llevando el contagio á su propio hogar, donde sucumbió uno de sus tiernos hijos. En 1869 fué elegido Alcalde Municipal y en cada uno de los puestos iba sembrando la admiración y la gratitud general. En 1871 el nombre de Manuel Pardo recorría los ámbitos de la República, señalado como candidato nacional para la primera magistratura.

Manuel Pardo tuvo partidarios fanáticos, uno de ellos mi marido, y su popularidad aumentó á medida que se acentuaba la imposición del candidato oficial doctor Arenas.

Cuando la ola de sangre envolvió á la capital, enloqueciendo á las turbas que, en su delirio asesinaron al presidente Balta y á los hermanos Gutiérrez, echando baldón de ignominia sobre la civilización limeña, Manuel Pardo salvó por uno de aquellos incidentes pequeños de que se vale el destino para resguardar á sus protegidos. Un carrero que hacía el servicio de la casa de Pardo estaba en la puerta. Dícese que fué á instancias de su esposa y de su madre que don Manuel cedió y que vistiendo la blusa y calando el chambergo del carrero, salió en el carro por la portada del Callao.

La llama estaba extinguida, apagadas las hogueras, la vergüenza en los semblantes y la tristeza en los corazones honestos!...

Volvió á lucir el sol de la República, eclipsado por la nube de la dictadura, y el 2 de Agosto de 1872 la banda presidencial ceñía el pecho del joven mandatario del Perú que había fundado y organizado el Partido Civil.

La administración de Manuel Pardo ha sido de las más sábias, liberales y honradas que ha tenido el Perú. Fenecido el término legal hizo la trasmisión del mando al general Prado, retirándose después á Chile con el deliberado propósito de que sus enemigos no tuviesen pretextos que alegar para calumniarlo.

En su ausencia fué elegido senador por el

departamento de Junín, y llamado por la voz del deber, volvió á la patria.

Su llegada fué muy festejada por los amigos y partidarios, pero cuando llegó á su casa tuvo que exclamar: «¡Cómo es esto! todos me reciben alegres y sólo mi madre y mi mujer están llorando?»

Intuiciones del corazón. La bala del asesino le esperaba aquella vez.

Como particular había formado en su hogar un templo en cuyo altar oficiaba la bella y por tantos títulos digna Mariana Barreda, con quien se había casado al regreso de su estadía en Jauja.

Todavía en el Perú no se hace justicia ni aún á los muertos ilustres; por eso el viajero, el que sepa algo de la Historia, no puede saludar, sobre su pedestal de bronce, al primer estadista que tuvo la nación, ni descubrirse con la fé de los peregrinos del progreso ante la estátua de Manuel Pardo.



ADELA CASTELL.

¡QUIÉN no la conoce como á cultora exquisita entre las poetisas de renombre!

Adela Castell es, como si dijésemos, la musa



elegida del Parnaso ó la dama gentil de la sociedad de Montevideo.

Hija del Uruguay, para ella han sido los perfumes de la flor, las melodías de las aves, y de

ellas ha tomado color para sus imágenes y not para su lira.

Todo en ella revela poesía y exhala el aron de la virtud. Después de leer sus versos cu fondo filosófico va envuelto en finos encajes oro y grana, hay que buscarla en el hogar, dul nido continuado por ella misma con la pers verante solicitud de la alondra que canta trabaja á la vez; con el heroísmo de las alm superiores de la estirpe del fénix.

En la prematura viudez de su respetab madre, á la muerte de su llorado padre, Ade ha vuelto á encender la luz allí donde quedar la noche y el luto.

Para formarse juicio completo de la poeti Castell, hay que encontrarla también en la e cuela y verla erguir la cabeza en ese nob apostolado de la enseñanza, y luego en el ar tocrático estrado, las manos enguantadas con blanquísima cabritilla de Suecia, agitando abanico de plumas arrancadas, talvez, del a de un cisne que murió cantando sobre la tra quila superficie de un lago, quizás elevanc trenos en la plateada onda que sepultó á compañera.

Pocas, por no decir raras, son las mujer que, siguiendo el camino trillado por Lau Méndez de Cuenca, han abordado el género qu inmortalizó á Heine. Adela es una de ellas,

su personalidad literaria se agranda cuanto más nos acercamos al nivel de las comparaciones. Tiene RIMAS á las que bien podríamos parangonar con las del soñador del Rhin. Leamos esta, que es de Heine:

Se adoraban los dos, más su secreto
ninguno confesaba,
mirábanse cual fieros enemigos
y el amor los mataba.

Separáronse al fin, y solo en sueños
á veces se veían....
hacía largo tiempo que en la tumba
sin saberlo dormían.

Adela ha escrito esta otra, que titula ÍNTIMA;

Esas ánsias secretas que en el alma
todo mortal anida,
esas ánsias secretas que en los lábios
y en los ojos palpitan,

¡Cuántas veces nó hay que sofocarlas
por no ser comprendidas;
y cuántas devolverlas hácia el alma
y guardarlas cautivas!

¿Quién no siente el anhelo misterioso
de hallar en la pupila
de otro sér que despierta nuestra mente
y que el amor inspira,

La imágen de sus propios sentimientos,
la imágen bendecida
de todas las risueñas esperanzas
y las soñadas dichas?

¿Quién no siente el anhelo misterioso
de compartir la vida,
de entonar un idilio inacabable
de ternura infinita?

¿Es humano soñar tanta ventura,
tan celestial delicia,
y es humano también el no alcanzarlas
en esta triste vida?

Yo no estoy por el dúo en que se rompe
la eterna melodía:
Para anudar el lazo hay que quererse
con alma, fuerza y vida.

Oigámosla todavía en la siguiente delicada RIMA:

Dos almas soñadoras que se encuentran
son dos pilas eléctricas que á un tiempo
transmiten su flüido á las miradas,
reóforos secretos
que cerrando el circuíto de las almas
producen el incendio.

Si fuéramos á reforzarnos con citas, ellas serían innumerables y acabaríamos por trasladar aquí todo un tomo, que así será el que forman las composiciones de la renombrada señorita Castell y que, hasta el presente, corren todavía como mariposas dispersas en el pensil, pero no desconfiamos de verlas reunidas en un volúmen.

Adela Castell ha sido juzgada y aplaudida con justicia por aquellos espíritus superiores que jamás tuvieron enclavados los ojos del alma en

la roca negra del egoismo, para circunscribir la esfera de acción de la mujer al estrechísimo recinto del elemento puramente reproductor, de simple placer ó de utilidad servil. Séres ennoblecidos por la idea de la igualdad y del derecho, han juzgado y juzgan con verdadero criterio en lo justo á la mujer inteligente que se eleva de entre el vulgo de las mujeres con la misma exuberancia del cedro cuya copa domina desde lo alto á los arbustos de la pradera. En virtud de aquella justipreciación y de esta superioridad, es que hoy, la mujer escritora, la poetisa, la pensadora, se ven rodeadas de la aureola refulgente que es honra y es gloria.

Adela ha colaborado y colabora en las más notables revistas literarias de América y Europa, y acaba de realizar grandes progresos en el ramo de la enseñanza normal. En el Congreso Científico reunido en Montevideo el año 1900 dejó huella de luz y de saber, y en reciente gira realizada por las repúblicas de la Argentina y del Paraguay ha cosechado laureles en renombradas conferencias sobre temas de enseñanza.

El selecto público que acudía á escuchar la autorizada palabra de la mujer maestra y poetisa, supo discernir con noble criterio, los aplausos á la belleza del alma cultivada y á la her-

mosura del físico, privilegio de las mujeres de las repúblicas del Plata.

Nosotras que de cerca hemos presenciado los progresos de la poetisa en el campo del arte y que de cerca hemos admirado las virtudes de la mujer trabajadora; con justos títulos colocamos el nombre querido en las páginas de este libro.



FRANCISCO G. VALLARINO.

ENTRE la juventud uruguaya que se presenta descollante de genio y de inspiración tras la estela luminosa de Zorrilla de San Martín, ocupa puesto preferente, ganado con legítimo



derecho, el poeta Francisco G. Vallarino, cuyo nombre es familiar á todos los amantes de la buena lectura, pues, difícilmente se encontrará una revista de alguna significación de las mu-

chas que en América se publican, que no lo registre al pie de inspiradas composiciones en verso y de conceptuosos artículos en prosa.

Vallarino, como Herrera Reissig, como Pérez Petit, como Norberto Estrada y tantos otros, es maestro de taller en la joyería literaria y las obras que llevan su marca de fábrica garantizan la pureza del material y la finura de cincel.

Aparte de estos trabajos hace dos años que, en compañía de José Oteriño, ha entregado á los centros sociales y artísticos un bello libro recreativo, en la modesta esfera del almanaque, cuando en realidad debiera titularse cofre de filigranas, tal es el Almanaque Artístico del siglo XX editado en Montevideo con elementos gráficos del país, haciendo competencia al ya viejo Almanaque Sud-Americano que se edita hace un cuarto de siglo en Barcelona, confeccionado por el siempre galano, siempre lleno de novedad espiritual, Casimiro Prieto y Valdés.

Nos sorprende el que Vallarino hasta la fecha no haya trillado el camino del romance en el cual saldría airoso como sus compatriotas los victoriosos autores de *Beba* y *Ariel.*

Acaso aspira al renombre del autor de *Flor de Trebol,* el pulcro Santiago Maciel?

Aquí trazamos sólo unas líneas para la silueta de Vallarino; nuestros trabajos no abarcan las proporciones biográficas, ni pretenden la cate-

goría del juicio crítico sobre los autores y sus obras; por eso, como quien busca el barníz que dé colorido y brillo al opaco cuadro de madera, vamos á terminar publicando un trabajo inédito, el cual dará mejor idea sobre la fisonomía moral y artística del poeta uruguayo:

EL IRIS

I.

Díme ¿qué causa tu dolor motiva?
En algo piensas, pues, te veo triste,
La alegría en tu faz es fugitiva
Dímelo ¿tu dolor en qué consiste?

¿Por qué el llanto en tus ojos cristaliza
El pesar de tu alma delicada?...
¡Hay en ellos un algo que agoniza!
¡Leo un canto muy triste en tu mirada!

Bella eres—la febril melancolía,
No importa que haya helado tus sonrojos,
Pues la luz que perece con el día
Jamás muere en el día de tus ojos.

Esos ojos de un raro colorido
Tienen un brillo y un matiz extraños:
Dos luces que en tu faz ha enflorecido
La ardiente Primavera de tus años.

Náyade ingénua, angelical y joven,
Llevas consigo la atracción de Onfalia;
Tu surjiste de un ritmo de Beethoven
Tan puro como un ampo de Castalia.

¡Pulsa la lira que el dolor ahuyenta.
No agonice tu alma en el marasmo,
Sobrenade la vida turbulenta
En la onda viril del entusiasmo!

Vamos al campo, allí todo se olvida,
La intensa luz disipa á la tristeza;
Sonrosará otra vez la ardiente vida
Tu blanca faz de célica belleza.

Y al andar, sueltos tus cabellos rubios,
Bella en donaire y gentileza tanta,
Veré trocado en mágicos efluvios
El dulce ritmo que en el verso canta.

No quiero que tus cantos enmudezcan,
El porvenir depara nuevos rumbos,
Ha de surjir la senda en que florezcan
Crisantemas y lotos y nelumbos.

....

II.

El ciprés con su negra vestidura,
Guardian inmóvil de su tumba fría,
Miré junto á su blanca sepultura
Á la confusa claridad del día.

Y al ver á influjos de la luz creciente,
La nieve disolviéndose en rocío,
Acudiendo su imágen á mi mente,
Recuerdo que en mi loco desvarío,

¡Cómo!—exclamé, y era mi voz incierta—
¿Tan joven, tan amante y tan hermosa
Estando todo alegre ella aquí yerta
Para siempre ha de estar bajo esta losa?

¡Mientras la Aurora al retornar el día,
Exhibe su palacio de colores
Y vá el áura bebiendo la ambrosía
En el cáliz lluvioso de las flores!

Desatentado, en loco paroxismo,
Ni en Dios mismo creí en aquel momento,
Recuerdo que en mi frío escepticismo
Un antro parecióme el firmamento.

Hácia él levanté mi rostro airado,
Pero allá, fulgurando en lontananza,
Miré en vivos colores reflejado
El símbolo eternal de la Esperanza.

Era el Iris que fúlgido exhibía
Los matices del loto y del nelumbo
¡Un signo misterioso parecía
Señalando en la altura un nuevo rumbo!

Montevideo, Otoño de 1901.



FERNANDO SEMINARIO.

SI los poetas, escritores y diaristas laboran en pro del perfeccionamiento de las sociedades y del adelanto de los pueblos, sea levan-



tando su espíritu á las regiones superiores, cantando las hazañas, las virtudes, enalteciendo el

patriotismo, ennobleciendo el trabajo; sea nutriéndolos con conocimientos vastos, sea, en fin, defendiendo la justicia en el terreno del derecho, no menos importante es en el camino del progreso la fuerza que aportan los estadistas, los patriotas sinceros, los que hallan fuentes de riqueza en las artes liberales y mecánicas y depositan un contingente valioso para impulsar esa locomotora gigante llamada grandeza nacional.

Por estas convicciones queda encuadrado en nuestro programa el presentar á nuestros lectores de América las personalidades que en tal grupo sobresalen, y en él está don Fernando Seminario, cuya foja de servicios es toda una prueba de patriotismo, de energía de carácter, de virtudes ciudadanas, practicadas con las hermosas lecciones de Cincinato que dejaba el arado momentáneamente para servir á su patria en otra esfera, y volver después á servirla depositando la semilla del bien en el surco abierto por sus propias manos.

Todas las provocaciones externas hechas al Perú, toda causa que ha encarnado la justicia por una parte y la dignidad nacional por otra han encontrado de pié á don Fernando Seminario, que hoy es una de las personalidades más respetables y prestigiosas en la patria.

Hijo de la ciudad de Piura, capital del departamento del mismo nombre, donde vió la

luz primera el 19 de Febrero de 1839, es hijo de una de las más distinguidas familias de aquel territorio, en cuyo seno se han conservado como blasón hereditario la honradez y el civismo, y cuya fortuna le ha mantenido siempre en posición independiente.

En 1857 encontramos por primera vez á don Fernando Seminario tomando participación en la política de su país. El general don Manuel Ignacio Vivanco, jefe de la flor y nata de la juventud peruana, acompañado por distinguidos personajes, encabezó en aquel año una revolución que prometía grandes bienes al país, y la juventud, apasionada de las causas en que ve erguida la libertad, respetado el derecho, halló en aquel caudillo la personificación de sus aspiraciones y á él se plegó con todo el entusiasmo que impulsa el amor á la patria. Entre esa juventud estaba Fernando Seminario, y atrajo la atención del personal dirigente por su arrojo y serenidad en los combates librados en Piura y el Callao el 25 de Febrero y 22 de Abril, en que resultó gravemente herido. Defensor de la plaza de Arequipa, sitiada por largos meses, y en el gran combate que se libró, fué nuevamente herido.

Después de estas acciones de armas y la pacificación de la República, se consagró á la agricultura con ejemplarizadora perseverancia, á la cual debe la recompensa consiguiente.

En 1865 el general don Mariano Ignacio Prado tuvo la fortuna de traducir el sentimiento nacional herido por el tratado de 27 de Enero celebrado por el gobierno del general Antonio Pezet con los representantes del gobierno de España después del ultraje de la ocupación de las islas de Chincha en Abril de 1864.

En todos los ámbitos de la República del Perú protestaron contra semejantes tratados, y don Fernando Seminario dejó las tranquilas faenas agrícolas para empuñar nuevamente la espada defensora de su patria. Hizo toda la campaña restauradora que derrocó al gobierno antipatriótico y dió al país la gloriosa victoria del 2 de Mayo de 1866, combate al que asistió el capitán Seminario en clase de ayudante de la secretaría de guerra recorriendo con las órdenes superiores las baterías y las fortalezas con una actividad que sólo rivalizaba con su sereno aspecto.

Caído el gobierno del general Prado que ha sido uno de los más prestigiosos que ha tenido el Perú por la talla de los hombres que colaboraron en él y la aureola gloriosa que dejan las acciones internacionales, don Fernando Seminario volvió á sus tareas de campo de donde lo arrancó el grito de guerra alevosa é injustamente lanzado por Chile. Ofreció sus servicios al gobierno y contribuyó para los gastos de

guerra con una cantidad mensual en forma de donativo y renunció á la pensión de *indefinida* de que disfrutaba como vencedor del 2 de Mayo. Ofrendó pues, fortuna y vida en el altar de la defensa nacional.

Oigamos lo que de este digno ciudadano dice *El Eco del Perú*, que se edita en Guayaquil (Ecuador), donde estuvo proscrito durante la administración de Piérola:

«Los desastres nacionales en esa malhadada guerra chilena causaron en el país el desórden y la anarquía, y Piura se vió presa de tan graves males.—Para libertar de ellos á su Departamento, don Fernando Seminario asumió la Prefectura á fines de 1882.—Realizó su patriótico propósito y le cupo en suerte, en la memorable acción de armas del 28 de Enero del 83, salvar á Piura de la deshonra y del pillaje con el oportuno y ejemplar castigo infligido á las bandas comunistas de la Sierra.—Las persiguió tenazmente, y siempre con buen éxito, en Morropón y otros lugares del interior; y habría dado cima á la patriótica obra de restablecer en el Departamento el imperio del orden y el respecto á la propiedad y al trabajo á no habérselo impedido os sucesos políticos de ese año.

En el mes de Septiembre, una división chilena, al mando del Coronel Carballo Orrego, cupó el Departamento de Piura: su misión fué

establecer allí la autoridad del gobierno del general Iglesias y como Prefecto á don Augusto Seminario y Váscones. Don Fernando se retiró de la Prefectura por juzgarlo patriótico y conveniente á su Departamento; y tomó camino al extranjero. Únicamente regresó en Agosto del 84, cuando todo el país pugnaba por suprimir el gobierno Iglesias; para volver al destierro después de los sucesos de Ayabaca en Noviembre de ese año, en los que vencedor Seminario sobre las primeras fuerzas que ese gobierno enviara contra él, tuvo que retirarse de la plaza y disolver la suya—por falta de elementos de guerra—al aproximarse una respetable división de las tres armas á las órdenes del Coronel Ramírez.

Desde entonces se retiró al Ecuador, adonde lo persiguió la saña del gobierno de Lima, y vivió allí hasta fines del 85 en que los hechos de armas y pacto del 2 de Diciembre, lo restituyeron á la patria para desempeñar, con su acostumbrada abnegación, los honrosos puestos de Representante de su Departamento en el Senado, Delegado á la Junta Departamental, socio de la Beneficencia Pública, Alcalde de la H. Municipalidad, y finalmente los de Prefecto y Jefe Superior del Norte.

Es en el ejercicio de estos cargos que don Fernando ha revelado dotes especiales de go-

bierno y de buen organizador, carácter firme, ánimo severo en las situaciones difíciles, entereza para combatir el peculado, honradez política y administrativa y convicciones sinceras.

Tan inapreciables cualidades, propias del verdadero hombre de Estado, debían necesariamente hacer espectable al distinguido ciudadano que las posee.

He ahí la causa justificada de las simpatías y de los entusiasmos de que hoy goza don Fernando Seminario en el Partido Constitucional, que le considera como uno de sus más dignos y altos representantes.»

El destierro que don Fernando Seminario ha soportado como tantos buenos servidores de la Nación, ha tenido el fruto de afianzar las buenas relaciones que cultivaba en la sociedad guayaquileña despertando la simpatía de los que llegaban á tratar de cerca al personaje peruano.

Los connacionales que también habían aceptado el camino del ostracismo rodearon al jefe y amigo encontrando en él apoyo y consuelos. Entre la juventud que ha estado cerca de don Fernando Seminario distinguimos al valiente marino Carlos T. Barandiarán y al patriota, siempre entusiasta Carlos Eduardo Edwards.

Atenuada con el advenimiento al Poder del señor Romaña, la acción de la política de odio,

venganza y pequeñeces inaugurada por Piérola, don Fernando Seminario ha regresado á la patria, y llamado por el Partido Constitucional, indicado por su jefe el señor general Cáceres, preside y dirige este partido reorganizado ya en el territorio de la República.



LAURA MÉNDEZ DE CUENCA.

La madre y la esposa serán durante los siglos las que lleven la primacía de toda evolución sociológica, porque ellas son y serán el cimiento sobre el cual se yergue el hogar.



Entrando ahora á determinar las proyecciones de la civilización en otro orden de actuación, la mujer frívola está llamada á escuchar sólo el eco de su propia voz en el derruído caserón de las añejas prácticas.

Tendrán opción á que las atiendan sus semejantes, no aquellas que se ocupan de sí mismas,

sino las que canten á través de la meditación de la filosofía, de la igualdad; aquellas que sientan para el pueblo y con el pueblo canten. Á este número pertenece Laura Méndez de Cuenca, la gentil poetisa mexicana, que encierra una doble gloria como mujer y como cerebro pensante.

Leamos, gustemos las dos composiciones que van en seguida; MESALINA y ¡OH CORAZÓN!, y después digamos si la mujer que así piensa y siente, convirtiendo la lira en espejo de enseñanza para ver allí el vicio repudiado y la virtud atraída, no es digna de que le discernamos un puesto culminante entre las mujeres superiores de América:

MESALINA.

Tus ojos vuelve á los pasados días
Oh mujer, y repasa en la memoria,
El tropel de culpadas alegrías
Que componen el libro de tu historia.

No intentes disculparte: si amargura
En vasos de oro tu destino escancia,
¿Quién si no tú rasgó la vestidura
Para acortar al vicio la distancia?

Ni casto amor ni endechas cariñosas
Han de encauzar de tu pasión la fuente:
Fuera atajar con pétalos de rosas
El caudal impetuoso del torrente.

Caíste de tus sueños virginales
Yá ni gráciles ráfagas esplenden;
Y brillan de tus ojos los cristales
Con llamas rojas que la sangre encienden.

Tú provocas, tú incitas: impudente
Das al amante en cita romancesca
No de Julieta el ósculo inocente
Sino el sensual é impuro de Francesca.

Á la fuga de un huésped trashumante,
Tu seno maternal horror te inspira;
Y aprietas á su curva vergonzante
El áureo cinturón de la hetaira.

Tú con despego criminal que aterra
Apartas tu regazo al pequeñuelo:
¡Pobres hijos que arrojas en la tierra
Á la dudosa protección del cielo!

Roto el lazo social, el deber roto,
Flotas por cima del desprecio humano,
Arrogante y altiva como el loto
Que emerge de los limos del pantano.

¿Y hablas de redimirte? ¡Qué ironía!
Tiene surcos tu faz y tienes canas:
Magdalena era hermosa todavía
Cuando huyó de las lides cortesanas.

Para aguardar la Muerte tu desecho
Abre sus fauces y su vientre ensancha;
Vendrá primero el numerado lecho,
Después la disección sobre la plancha.

¡OH CORAZÓN!

¡Oh corazón! ¿qué vales ni qué puedes
de este vivir en el artero abismo,
si presa tú de las mundanas redes,
eres siervo y señor á un tiempo mismo?

¿Quién á tu ley su vanidad no humilla?
¿Á quién si ruegas, tu humildad no mueve?
¿Eres luz y verdad? ¿Eres arcilla?
Guardas lo eterno, ó lo mudable y breve?

¿Qué vínculo, qué lazo hay en tu esencia
entre el yo pensador y el sentimiento?
Al pensamiento guardas obediencia,
ó dominas audaz al pensamiento?

¿Por qué formas de amor volcán hirviente,
si tu latir á otro latir responde?
Dónde guardas del odio la serpiente?
La torpe envidia y la ambición, en dónde?

Yo no lo sé; más la virtud y el vicio
juntos te inspiran por extraño modo:
si abnegado, capaz del sacrificio;
réprobo y criminal, capaz de todo.

Invisible poder tu curso enfrena:
múltiple forma á tu capricho mudas;
tétrico en Hamlet, triste en Magdalena,
sublime en Jesucristo, real en Judas.

Amas al mundo y sueñas con el cielo;
tremenda lucha en que tu ser exhalas;
así el ave nacida para el vuelo
calienta el nido en que plegó las alas.

Ruedas á veces á la cripta muda
de beatífica fe sublime ejemplo,
y otras, roído por sangrienta duda
mártir espiras al umbral del templo.

Ya eres ternura y místico idealismo;
ya deleíte celestial de amante pena;
ora fe y religión, ora ateismo,
dogma que salva y duda que condena.

Penumbra ó claridad, verdad ó mito,
vives, palpitas, gozas y padeces;
por el amor confiesas lo infinito,
y aceptas el infierno si aborreces.
....

¡Qué vida tan inquieta la del mundo!
Qué promesa tan dulce la del cielo!
La Muerte.... qué misterio tan profundo!...
La Nada.... qué terrible desconsuelo!...

Cese ya, corazón, tu lucha fiera,
y que la luz al pensamiento acuda.
Si eres fango no más ¿por qué se espera?
si eres obra de Dios ¿por qué se duda?....

¡....Misterio nada más!.... y quien osado
pretenda conocerte.... ¡pobre loco!
Vives para ser barro, demasiado,
y para ser verdad, vives muy poco.



ESTANISLAO S. ZEBALLOS.

Es el egregio americanista que, con los principios de la justicia, piedra fundamental del derecho, ha labrado el pedestal de la está-



tua que lo inmortalice ante las generaciones honradas que nos suscedan.

Hombre de letras, le vemos manejando la pluma del colorista, del explorador y del geó-

grafo en sus narraciones *Paine y Reynú;* en sus obras *Conquista de quince mil leguas, Viaje al país de los araucanos;* sus notables trabajos sobre la Patagonia, la Pampa, la Tierra del Fuego, las Misiones y el Chaco; periodista, ha abordado los más avanzados temas sobre política, ciencias, industrias, inmigración, con tesón infatigable, siendo hoy, la *Revista de Derecho, Historia y Letras,* que dirije, uno de los órganos de consulta y de recreo con que cuenta la Nación Argentina.

La notable silueta del doctor don Estanislao S. Zeballos la vemos allí donde hay tinieblas que disipar con la luz del saber, de la verdad y del bien. La banca escolar, la cátedra universitaria, el escritorio del jurisconsulto, el salón del diplomático sagaz y de altas concepciones, el portafolio del Ministro de Estado; por doquiera que dirijamos la mirada, allí está el digno hijo de la patria de Bernardino Rivadavia, de Manuel Belgrano y José de San Martín. Pero, aún hay algo que pide más luz, más acopio de verdad y presenta la silueta que bosquejamos, destacándose como la del apóstol que, con la espada flamígera de la Justicia, del Derecho y la Honradez, rechaza el robo y condena al ladrón; execra la conquista á pretexto de fuerza y execra la expoliación. La voz potente del hombre superior que nos ocupa, ha resonado

en la sala del Instituto Geográfico de Buenos Aires, en el teatro Politeama, en diversas conferencias, y ha repercutido en la América toda, atrayendo hácia su distinguida personalidad todas las miradas de los hombres honestos que sienten palpitar en el pecho un corazón honrado, y de ahí que todos los espíritus rectos, todos los labios sin mácula, canten su alabanza.

Sí. El doctor Zeballos ha condenado en el diario que vuela como hoja de fuego arremolinada por el huracán, en la tribuna del orador potente y en el libro meditado, el asalto armado de Chile para despojar á sus hermanos la túnica de púrpura con la cual se ha engalanado para amenazar á los vecinos; ha denunciado el delito de usurpación de territorios, llevado á cabo por la indiferencia de las naciones y ha puesto de relieve que aún existen en la América latina hombres de conciencia que no se sientan en la mesa del festín en donde se liba el champagne tinto con la sangre del hermano inmolado.

Que la palabra del doctor Zeballos ha tenido repercusión en los centros donde se acata la moral social, prueba el que de diversos puntos, de diferentes naciones han llegado medallas de oro, pergaminos con inscripciones, actas entusiastas, congratulaciones de la prensa, para manifestar al defensor del Derecho y de la Justicia que existe una multitud compacta de

seres que aprecian su labor y agradecen su esfuerzo.

Tan noble personalidad queda, ante el mundo civilizado, encerrada en marco de roble, de laurel y de oro; emblema de los fuertes, de los gloriosos, de los incorruptibles.

ABELARDO M. GAMARRA.

í como la *quena* en su nota melancólica simboliza el imperio fenecido, el nombre *l Tunante* despierta la idea del escritor



no ó criollo, patriota, desinteresado, perante, á medida llena.

un 31 de Agosto de año que no recordanació en un templo donde se rendía culto

á la honradez y el trabajo y fué, precisamente en la ciudad que, andando los tiempos, llegó á ser para el Perú toda una epopeya de martirologio y de heroismo. Abelardo Gamarra es hijo de Huamachuco, y Huamachuco fué el último baluarte de la defensa del Perú contra la invasión chilena. Á Gamarra mismo le ha tocado reseñar la historia de aquella batalla boérica.

Después de sublimes detalles que llenarían de orgullo al país más fuerte del mundo, ha llegado á esta escena:

«Era las 12 en punto del día 10 de Julio de 1883.

La derrota se había declarado una hora después á tres cuartos de legua de distancia de Purrumpampa, en el camino del Inca, el General Cáceres desmontado, con los brazos cruzados sobre el cuello del *Elegante* su noble caballo de batalla, y apoyada la frente en ellos, oyó que otro ginete se acercaba; levantó la cabeza y vió al coronel Borgoño que echando pié á tierra avanzó hácia él.

El General le abrió los brazos; ambos amigos se estrecharon: era la expresión de un mismo duelo!

Después de un rato de silencio.

—No sé,—dijo Borgoño,—si habremos cumplido, mi General, con nuestro deber.

—Todos han cumplido con su deber,—con

testó lacónicamente el General,—solo que aún no se cansa nuestra fatalidad.» *

Cuadros de este laconismo y de este conjunto de vista presenta á la juventud que debe aprender á luchar y ser perseverante, y no hay detalle de Historia Nacional, ni escritor, ni artista que no haya merecido los mejores colores de la paleta de este bosquejador de paisajes, no hay defensor de la patria cuya figura no esté encerrada en marco de oro en la galería del escritor de costumbres peruanas.

Gamarra fué de Huamachuco á Lima impulsado por su deseo de estudiar medicina y atraído por la luz que se dice irradia la capital.

Comenzó el *deletreo* de la medicina, pero su alma de artista protestó contra las verdades del esqueleto y del cuerpo rígido y arrojó de sí el bisturí. Quizo ser médico del alma y se encaminó á una imprenta enristrando la primera pluma que encontró. En la redacción de *El Nacional,* en los buenos tiempos de ese diario, en que los Chinarro, los Ureta, Chacaltana, Quimper y Paz-Soldan derramaban saber y patriotismo, entregándolos al pueblo en el tipo enérgico, fué cuando Gamarra ingresó como cronista. De allí creemos que arranca el géne-

* Rasgos de Pluma, Tomo I, pág. 504.

sis del que hoy es el más popular de los escritores peruanos.

Tomó dos pseudónimos: *El Tunante,* para sus escritos en prosa, y *El Harabicu,* para los en verso.

El Tunante ha producido con el título de Rasgos de Pluma mil episodios de la vida criolla y ha enmendado con crítica galana y chispeante más de un vicio social.

Acaba de recopilar muchos de esos *Rasgos de Pluma* en un volúmen de 867 páginas en folio. Para los que no conocen á Gamarra este libro será su credencial en los altos tribunales de los escritores apóstoles, de los que buscando el bien ajeno por él se desvelan; y para nosotros, los que conocemos su labor incesante, es sólo una pequeña parte presentada en volúmen.

Podrá haber en el Perú escritores más eruditos y más castizos que Gamarra, pero que le aventajen en patriotismo y desinterés, dudamos que existan.

Hay un detalle de filiación en Gamarra, del cual sería pecado prescindir. Ha sabido ajustar la teoría predicada con la práctica vívida sin ofrecernos los cuadros ridículos de escritores que echan tajos y reveses contra los ricos, contra el gobierno, contra los *asalariados* de los congresos y de la prensa, y, á la primera oportunidad se casan con viuda rica dejando la amada joven y bella, y aceptan un destino co-

beneficio de inventario y forman número entre los gobernistas de las cámaras y espichan sendos artículos en diarios subvencionados.

Tampoco es de los puramente teóricos, especie de *monseñores* en las filas dirigentes que, llamándose semidioses, desdeñan el servir á su patria alegando que las leyes no son como para que ellos les rindan homenaje. Gamarra conserva la dignidad de su vida modestísima, su pluma no se mansilló con el cobre de la subvención y su periódico *La Integridad* es la presencia virtual del patriotismo más puro, casi ideal en los más apartados hogares del Perú, pues difícilmente existirá una publicación que, como la citada *Integridad,* recorra todo el territorio nacional leído en el sabroso tono de la sencillez criolla con que está escrito. Como ciudadano no esquivó á su patria el contingente que le pidiera. Durante la guerra de Chile vistió el uniforme del soldado raso, y llevado al Congreso como Diputado dejó con honra la banca de la minoría actuando según los dictados de su conciencia ajustándolos á los intereses de su provincia y de la patria.

Nada hemos dicho aún del *Harabicu.*

Su estro fué melancólico respondiendo á la tendencia de los *yarahuis;* suspiró, lloró, lejos del terruño y de la mujer amada, en estrofas como éstas:

Tú lloras, sí, no lo dudo,
Mas es para tí el dolor
Nube que deja sus gotas
Sobre el caliz de una flor,
Gotas que guarda ese caliz
Un momento, quizá dos
Y que evaporan muy pronto
Los rayos de un nuevo sol.

Silencioso cual la puna,
Frío cual ella, así estoy,
Sereno parezco y nadie
Sabe lo que siento yo:
Mi llanto es gota que cae
Sin más testigo que Dios
En lo profundo de mi alma,
Como sin aire y sin sol.

Son diferentes, y mucho,
Tu dolor y mi dolor,
Ni en querer nos parecimos,
Ni en sufrir; mira los dos
Lloramos distintamente
Desde que te amé ayer y hoy:
Tú tan solo con los ojos,
Mas yo con el corazón.

***

El amor es virtud, prenda querida,
Por eso, con afan,
Lo persigo, lo busco y en tu pecho
Lo quisiera encontrar.

El amor es virtud, alma de mi alma,
Por eso tú verás
Que solo son felices en la tierra
Los que saben amar.

El amor es virtud, y ten presente
Que *los*, digo en plural,
Que aunque mucho te choque, tú no sabes
Que amar sin ser amado, no es amar,

Amar sin ser amado es sufrimiento
Y tu muy bien sabrás
Que para Dios que existe solo amando
El sufrimiento no hay.

El lenguaje impotente de los hombres,
Qué quieres; no es capaz
De expresar el misterio aquí en la tierra
De esa otra Trinidad.

Creación infinita, incomprensible,
Dos almas y un ideal
Variedad incesante, cual lo bello,
Y en ella la unidad.

El amor es virtud: el bien, dos almas
Que éste sabe enlazar,
Que atrae una hácia otra, como atrae
Al acero el iman.

El amor es virtud, prenda querida,
Y nunca me amarás
Entre tanto que un algo nos separe:
Amor es unidad.

El amor es virtud: cuando á dos almas
El bien llega á juntar
¡Ay! entonce es que se ama, dí ¿no es cierto
Que tú así me amarás?

Basta para muestra. Mucho ha publicado *El Harabicu* en éste género en hojas diarias que han desaparecido llevadas por el vendabal del tiempo, y acaso amortiguándose, también, la pasión del poeta sentimental como « la lágrima más sentida se seca en el pañuelo », al decir de Arolas. La nota ha subido en el pentagrama para cantar el trabajo ó glorificar el heroismo.

El drama MELGAR, escrito en verso, cuyo pro-

tagonista es el martir de *Humachiri,* sirve libreto á la Ópera que está escribiendo el co positor argentino Arturo Berutti autor de *Pa pa,* noble idea que está paralizada por falta dinero para los primeros gastos de copistería instrumentación, pues el señor Berutti tie casi hecha la música.

Si Gamarra y Berutti pertenecieran al géne neutro de los acomodaticios, ya hubiesen enco trado gobierno que les regalase una buei suma, pero estas gollerías no son para quien se aferran á la máxima de los mayores: *pobı pero honrado.*

Con esta máxima han pasado á la posterid: muchos escritores, políticos y artistas, á quien los hombres honestos de todas las edades rinden homenaje de respeto y de admiración.



MARTINIANO LEGUIZAMÓN.

¡Nuestros escritores geniales; nuestros escritores propios!

Así exclamábamos hace pocos días al leer,



por quinta vez, el nunca empalagoso *Sabor de la Tierruca,* estableciendo comparaciones con Urdaneja Archenphol, Abelardo Gamarra, Santiago Masiel y Martiniano Leguizamón.

Estos, que estudian nuestro terruño y lo delinean con todo el colorido de la privilegiada paleta americana; estos, que idealizan con solo copiarlos en buena tela á nuestros payadores, á nuestros aravicus, á nuestros gauchos y á nuestras mujeres con la mejilla teñida por los terebintos y el alma llena del fuego sacro que alumbra la primavera de la vida. Ellos, sí; cómo no han de ser amados con amor fraternal por la que, también trazó en *Aves sin nido*, páginas empapadas en el jugo de la flora americana, con lineamientos exuberantes de arterias, de sangre, de vida propia!

Martiniano Leguizamón constituye una gloria, no sólo argentina; su nombre es de americana resonancia.

El doctor Leguizamón, abogado de profesión, es literato de vocación, y las solicitaciones nobles de su espíritu artísticamente constituído han tenido la buena suerte de dirigirse siempre hácia los horizontes nacionales para reconcentrarse en esta verdadera esfera de acción que de los escritores reclama la literatura americana, tan distinta de la que va á Europa en busca de tipos y modelos, sólo porque es aplaudido el escribir *en europeo* y hacer literatura extranjera dentro de la literatura propia.

Ahí tenemos *Calandria*, destinada á las tablas donde ha obtenido éxito envidiable.

Hemos mencionado *Calandria* pero, ¿cómo pasar adelante sin decir nada de *Recuerdos de la Tierra?* Un notable crítico dice de esta obra: «Es quizá el mejor de los libros escritos sobre costumbres nacionales, genuinamente criollo, de amenísima lectura, de una pureza de intenciones, de una religiosidad tal para los nobles sentimientos del amor al hogar, de la fraternidad humana, del heroísmo y de la modestia de costumbres, que puede pasar de la mano del psicólogo, del observador de nuestra historia del país, del mismo aficionado á lo pintoresco y emocionante, á las de la niña más pura, sin que ni los primeros pierdan su tiempo, ni la segunda vea empañada la blancura de su pensamiento.

«El lenguaje es claro, pintoresco, límpido y fácil; los personajes hablan su idioma, el autor el suyo, y existe entre la especie de dialecto del gaucho y el estilo castizo del autor en sus descripciones y reflexiones, el estrecho parentesco de la imágen, ese lujo, esa riqueza del habitante de nuestras campiñas, poeta por absorción de la inmensidad de la pampa.» .....

En la introducción del celebrado literato Joaquín V. González autor de *Patria, Mis montañas* y tanta belleza literaria, se leen las líneas siguientes:

«Las más atractivas, las más animadas, las más sentidas de estas páginas son aquellas en

que figura el elemento poético por excelencia, en las cuales el autor, menos preocupado de poner la unción ú oleo santo de la pesadumbre psicológica, se ha entregado al impulso espontáneo de su entusiasmo y seguido los libres caprichos de la imaginación y del recuerdo, tras de escenas, cuadros y paisajes llenos de luz, y de alma y de música, y se ha propuesto pintarlos en sus naturales colores y contornos.» .....

La obra termina con un minucioso índice alfabético de las principales voces indígenas y modismos locales usados en ella. Hace el autor gala de erudición y se presenta como americanista ilustrado, convirtiendo el vocabulario en lectura amena é instructiva.

Tendríamos un cargo que hacer al escritor: Por qué no le consagra más horas al trabajo literario? Talvez la lucha por la vida lo absorbe en el escritorio del abogado.

Para concluir estas líneas, consagradas á nuestro distinguido colega, recordaremos la frase siempre oportuna: *el estilo es el hombre.*



ERNESTO QUESADA.

Desde lejos, en la patria todavía, principiamos á distinguir la personalidad del que hoy es toda una reputación literaria, jurídica y polemista.



Hijo de una notabilidad en las letras y en la diplomacia argentina como lo es el doctor don Vicente Quesada, puede decirse que Ernesto

abrió los ojos á la vida rodeado de esa atmósfera del trabajo intelectual que va preparando al hombre para el ejercicio del bien entre sus semejantes.

El doctor Quesada, por su modo de ser personal, por su físico, denuncia al argentino de abolengo de antigua cepa, y de su mente brota el pensamiento maduro, sazonado, cayendo en el campo de la idea como el fruto exquisito del árbol bueno.

Su peñola ha librado batallas en las lides del derecho y de la diplomacia con éxito tal, que alcanzó resonancia americana.

Sus libros son buscados con avidez por la juventud que va con buenos rumbos en el camino del saber.

La Política chilena en el Plata, que es un voluminoso libro, cayó en toda la América del sur como el estudio más acabado sobre la acción y las tendencias de los hijos de Arauco, y después, *La Política argentina respecto de Chile,* de interés palpitante, vino á completar la primera. En esta se estudia no solamente aquello que encuadra el título, sino todo lo que en esta política influye para dar el verdadero sello de carácter al asunto que hará época en los anales de la vida republicana, con relación á las tentativas de conquista y expoliación que expecta la América latina desde el año 1879 y que ha venido á interesar á Europa mismo.

La pluma del periodista que, fácil y vigorosa, resbala en las carillas del diario, dilucida los más árduos y complicados asuntos con un criterio que revela aquellas dobles vistas que solo poseen los hombres de edad mayor á la que cuenta el doctor Ernesto Quesada, á quien suponemos en los umbrales de los 38 años.

Actualmente desempeña el alto cargo de Agente Fiscal en lo criminal y correccional de la Justicia Federal y acaba de entregar á los profesionales un notable trabajo sobre comprobación de la reincidencia.

Cuando al mediar el año 1901 entregó al público otra de sus meditadas obras, al dar cuenta de ella en nuestra revista *Búcaro Americano,* dijimos lo que sigue:

Nuestra raza y *Discurso* pronunciado en el banquete dado á los periodistas brasileños por el director de *El Tiempo,* Carlos Vega Belgrano, son dos interesantes tomitos que nos llegan con la prestigiosa y querida firma del doctor Ernesto Quesada, presidente del Ateneo de Buenos Aires, por cuya remisión agradecemos debidamente al florido y erudito escritor argentino.

Nuestra raza es, en conjunto, un pedazo de oro macizo depurado en el crisol de la verdad histórica, para presentar, en limpio, la grandeza de nuestra raza, y en ella resalta la

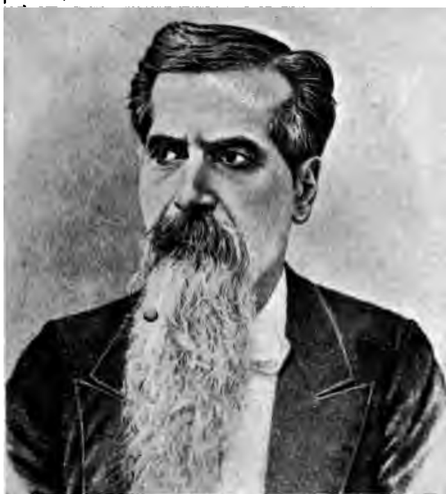
tendencia de extirpar los decaimientos y languideces que algunos sienten, creyendo que ha sonado la hora en que desaparezca la raza latina, cuya gloria ofuscó al mundo por varios siglos no interrumpidos. En el discurso pronunciado por el doctor Quesada, en la ocasión aludida, hay derroche de flores, de elocuencia, de altura en la concepción, de lo que es y debe importar la paz sudamericana, y en todo corresponde al prestigioso nombre del distinguido escritor, periodista y magistrado, cuya hoja de servicios aparece sobre pulido nácar.

Los frecuentes viajes que ha hecho á Europa y la posesión de más de cinco idiomas, han dado al doctor Quesada un verdadero arsenal de que disponer en las luchas de la ciencia al mismo tiempo que proyectan luz de gloria sobre él y sobre la patria que lo cuenta entre sus hijos.



LEANDRO N. ALEM.

Tuvo todas las energías propias para ser caudillo de un gran pueblo y guiarlo á la tierra prometida.



La voz de torrente que arrastra las multitudes, el verbo persuasivo de la sincera convicción, la palabra fácil y vibrante del tribuno, la sono-

ra sencillez del catedrático y la abnegación del escritor no industrial.

Apóstol de la república, unas veces soportó los aplastamientos de los peñones que labra la noche para arrojar en el camino de la luz, otras flotó en el espacio arrullado por la nube que arrebata, ó mecido por la onda de la popularidad delirante.

La pampa, el gaucho, las tempestades climatológicas, agrandaron su espíritu incapaz de soportar moldes, dilatando sus ideales hasta los linderos de una patria republicana democrática con todas las virtudes que *impone* la libertad á los seres preparados para recibirla.

Alto, gallardo, fornido, de frente ancha, en donde cabían todas las claridades de la idea, cupo la sombra de la duda; su luenga barba espesa y negra, esmaltada por hilos de plata se sacudía en la tribuna como melena de león y cuando dictaba se la mesaba lentamente ó esparcía sobre el pecho. Muchas veces hemos imaginado, al frente de esta actitud, á Moisés con su túnica de pelo de camello cuando repasaba las *Tablas*.

Leandro N. Alem, jefe del Partido Radical era un símbolo para el pueblo argentino, cuyas energías se han amortiguado con la avalancha del amor al dinero.

Un día en medio de sus impaciencias patri-

ticas oimos exclamar al repúblico: «Dónde están, pues, los hijos de los Rivadavia, de los Belgrano, de los San Martín; en dónde las energías de su sangre heredera? ó fué tan sólo un mito la existencia de aquellos altivos que realizaron la magna obra? se han evaporado? duermen?...» Nosotras, respetando las palabras del apóstol y nuestra propia condición de proscritas, callamos, pero recogimos la exclamación del espíritu nacional argentino para demostrar que el alma de los próceres de Mayo palpita aún en el corazón del pueblo.

Si Alem hubiese vivido un poco más, habría visto gozoso el despertar de este pueblo en los días de las provocaciones de Chile, y lleno de santo entusiasmo habría dicho: «Viven!!»

Alem fué el alma de la revolución del noventa, encausó las corrientes perdidas en la planicie para hacer el caudal cristalino á cuyo empuje cayó el antiguo edificio y resurgió el imperio de la Constitución.

La banca que ocupaba en la Cámara de Diputados, por mucho tiempo estará reclamando, con la elocuencia del vacío, al que le sustituya.

Sobre esa frente ancha donde cabían todas las claridades de la idea, cupo la sombra de la duda, y surgió la noche del dolor, y vino el holocausto en aras de una obsesión.

Era la noche del 1º de Julio de 1896.

En la puerta del local que ocupaba el Club del Progreso se detuvo un carruaje. El pasajero tardaba en salir.

El pasajero, con mano firme había rastrillado el revólver que cortó una existencia que, más que al doctor Alem, pertenecía á su patria.

El cadáver fué llevado al salón principal del Club, las escenas de dolor entre los consocios no son para descritas, y, fué como una descarga eléctrica caída en el seno de toda la República cuando cundió la noticia de que el doctor Alem había muerto.

Él preparó su sacrificio con el estoicismo de Petronio y la serenidad de Sócrates.

Leamos los dos documentos que en sí exhiben al patricio y al hombre del hogar.

Su patria y su partido, su hermana y su sangre. Para aquellos su testamento político, para esta la demanda del perdón y la ansiedad del consuelo.

En el pliego que, con el lema *para publicar* dejó á su amigo el coronel Irigoyen, dice, pues:

«He terminado mi carrera; he concluído mi misión.

«Para vivir estéril, inútil y *deprimido*, es preferible morir. ¡Sí, que se rompa, pero que no se doble!

«He luchado de una manera *indecible* en estos últimos tiempos, pero mis fuerzas, — tal vez gastadas ya, — han sido incapaces para detener la *montaña*.... y la montaña me aplastó....

«He dado todo lo que podía dar; todo lo que humanamente se puede exigir á un hombre, — y al fin mis fuerzas se han agotado.... y para vivir inútil, estéril y *deprimido*, es preferible morir.

«Entrego *decorosa y dignamente* lo que me queda, — mi última sangre, el resto de mi vida.

«Los sentimientos que me han impulsado, las ideas que me han alumbrado mi alma, los móviles, las causas y los propósitos de mi acción y de mi lucha, — en general — en mi vida, son, creo, perfectamente conocidos. Si me engaño á este respecto, será una desgracia que yo no podré ya sentir ni remediar.

«Ahí está mi labor y mi acción desde largos años, desde muy joven, desde muy niño, luchando siempre *de abajo*. No es el orgullo el que me dicta estas palabras ni es debilidad, en estos momentos, lo que me hace tomar esta resolución. Es *un convencimiento profundo* que se ha apoderado de mi alma en el sentido que lo enuncio en los primeros párrafos, despues de haberlo pensado, meditado y reflexionado mucho, en un solemne recogimiento.

»Entrego, pues, mi labor y mi memoria al juicio del pueblo, por cuya noble causa he luchado constantemente.

«En estos momentos, el partido popular se prepara para entrar nuevamente en acción, en bien de la patria. Esta es mi idea, este es mi sentimiento, esta es mi convicción arraigada, sin ofender á nadie, yo mismo he dado el primer impulso, y sin embargo, no puedo continuar. Mis dolencias son gravísimas, —*necesariamente mortales.*

«¡Adelante los que quedan!

«Ah! cuánto bien ha podido hacer este partido si no hubiesen promediado ciertas causas y ciertos factores.... No importa! Todavía puede hacer mucho. Pertenece principalmente á las nuevas generaciones. Ellas le dieron orígen y ellas sabrán consumar la obra; deben consumarla!....—*L. N. Alem.*»

Y la carta á su hermana Tomasa está concebida en los siguientes términos:

«Adios, Tomasa. Perdóname todo cuanto te haya hecho sufrir por mi agitada vida y cuanto te haré sufrir por esta mi resolución. El caso era fatal, la situación ineludible. Vivir deprimido ó morir.

«No creo que quedes abandonada. Tengo todavía confianza en la nobleza de las gentes; esto es,—creo que hay todavía gentes buenas y nobles que sabrán apreciar mis sacrificios y oír mi solemne pedido,—que lo hago para tí.—Sí, no dudo que lo atenderán.

«Has sido la compañera de mi agitada y azarosa vida.

«Sé cuanto me has querido y del mismo modo te he querido yo. Debes creerme, pues, que al alejarme de tí para siempre, llevo el alma llena de sombras y dolores; voy con el corazón desgarrado y sangrando. Si algo me consuela, es esa confianza de que te hablo, de que tú no quedarás abandonada.

«Adios, pues, otra vcz, hermana querida; y otra vez perdóname.—*L. N. Alem.*»

Tuvo razón de confiar y esperar en sus amigos al abandonar las playas de la vida. Los amigos del doctor Alem han cuidado del bienestar de la hermana querida.

La apoteósis del ilustre muerto la hemos visto nosotras el día 3 de Julio de 1896, escrita con lágrimas, narrada con sollozos entre las clases trabajadoras; y hemos contemplado ese silencio solemne en que las clases superiores saben devorar los dolores más profundos.

El doctor Alem vivía para todos y no debió haber muerto!

El día de la traslación de sus restos al Cementerio del Norte fué un día de duelo nacional decretado por el pueblo, antes aún que por el Gobierno.

Día semejante no presenciará Buenos Aires. Sobre un verdadero mar humano, al son de lúgubres marchas, vimos flotando la urna de cristal y allí, dormido para siempre, al doctor Alem envuelto en su túnica de raso blanco.

Era ya de noche y la ceremonia no había concluído, tal fué el número de las comisiones enviadas de todo el territorio nacional para despedir al ilustre jefe del Partido Radical.

La tumba del doctor Alem es todavía una enseñanza austera y sugestiva para la juventud. Allá acude ella en los grandes aniversarios para demandar á los manes del apóstol inspiración y fortaleza.

Cuando presenciamos uno de esos frecuentes desfiles, pensamos que Alem sólo está ausente y que volveremos á escuchar la palabra vibrante del tribuno; porque para el mundo de la idea, el doctor Leandro N. Alem no ha muerto.



CARLOS BAIRES.

CORRÍA el año de 1897; entonces escribimos, y publicamos en nuestra revista el *Búcaro Americano* los siguientes conceptos acerca



del distinguido abogado que acaba de desempeñar la Presidencia del Ateneo de Buenos Aires con aplauso general.

«Hace sólamente tres años que el joven, cuyo retrato acompañamos, comenzó á manifestarse como escritor, pero los cultivadores de la Literatura y conocedores de plantas y semillas en el campo intelectual, encontraron en él, desde el primer momento, una grata esperanza para la Nación. Fué el doctor Carlos Vega Belgrano, ese espíritu noble, alentador de la juventud de su patria, quien por primera vez nos señaló el nombre de Carlos Baires, á la sazón colaborador de *El Tiempo,* diario que dirige el digno nieto del héroe grande. No transcurrieron muchos días, cuando un libro notablemente confeccionado y hondamente pensado, nos visitaba con un título tan psicológico como espontáneamente concebida era su idea fundamental: *Filosofía de la Esperanza,* primera parte: *El Pesimismo Práctico.*

No era el triunfo efímero del que, rodeado de aplausos, atraviesa la vía bajo un arco de laureles; ese libro es el pedestal macizo de una reputación sólida y respetable del escritor que, apartándose del sendero de la literatura del pasatiempo, aporta el asunto profundo y trascendental en el rol evolutivo de las almas. No fueron pocos los que así lo comprendieron entre nosotros y pronto la brisa europea que á América llega en alas de la publicación científica, trajo juicios como el del *Archivio di Psychiatria,*

scienza Penale de Torino, en cuyas páginas el celebrado Pio Viazzi, tributa merecido aplauso al «notable pensador americano». La *Revue Phisolophique de la France et l'étranger* de París, no menos justiciera que su colega italiano, consagra á *La Filosofía de la Esperanza* un artículo nutrido y erudito con la recomendable firma de su redactor Bernard Pérez, con cuyo juicio coincide el que escribe el notable pensador francés L. Arréat.

Alemania, la fría pensadora, no podía dejar pasar en silencio un libro que, con su carácter se amolda por lo pensado y lo profundo; y la pluma de J. Fastenrath, se encargó de analizarlo con tanta propiedad de componentes, que el autor debe estar satisfecho. Sólo nos hemos concretado á citar juicios del extranjero, porque deseamos ahorrar espacio para ocuparnos del nuevo libro que acaba de dar á la estampa el señor Baires, después de haber terminado su carrera profesional con lucimiento optando el grado de doctor en Jurisprudencia.

Este nuevo libro, del cual ya tienen noticia nuestros abonados, por haberlo anunciado en nuestra sección bibliográfica, y al que nos referimos, es *La propiedad literaria y artística en la República Argentina,* estudio jurídico, en el cual el doctor Baires aboga con sólidos argumentos por la protección que el Estado debe

ra sencillez del catedrático y la abnegación del escritor no industrial.

Apóstol de la república, unas veces soportó los aplastamientos de los peñones que labra la noche para arrojar en el camino de la luz, otras flotó en el espacio arrullado por la nube que arrebata, ó mecido por la onda de la popularidad delirante.

La pampa, el gaucho, las tempestades climatológicas, agrandaron su espíritu incapaz de soportar moldes, dilatando sus ideales hasta los linderos de una patria republicana democrática con todas las virtudes que *impone* la libertad á los seres preparados para recibirla.

Alto, gallardo, fornido, de frente ancha, en donde cabían todas las claridades de la idea, y cupo la sombra de la duda; su luenga barba, espesa y negra, esmaltada por hilos de plata, se sacudía en la tribuna como melena de león, y cuando dictaba se la mesaba lentamente ó la esparcía sobre el pecho. Muchas veces hemos imaginado, al frente de esta actitud, á Moisés con su túnica de pelo de camello cuando repasaba las *Tablas*.

Leandro N. Alem, jefe del Partido Radical, era un símbolo para el pueblo argentino, cuyas energías se han amortiguado con la avalancha del amor al dinero.

Un día en medio de sus impaciencias patrió-

ticas oimos exclamar al repúblico: «Dónde están, pues, los hijos de los Rivadavia, de los Belgrano, de los San Martín; en dónde las energías de su sangre heredera? ó fué tan sólo un mito la existencia de aquellos altivos que realizaron la magna obra? se han evaporado? duermen?...» Nosotras, respetando las palabras del apóstol y nuestra propia condición de proscritas, callamos, pero recogimos la exclamación del espíritu nacional argentino para demostrar que el alma de los próceres de Mayo palpita aún en el corazón del pueblo.

Si Alem hubiese vivido un poco más, habría visto gozoso el despertar de este pueblo en los días de las provocaciones de Chile, y lleno de santo entusiasmo habría dicho: «Viven!!»

Alem fué el alma de la revolución del noventa, encausó las corrientes perdidas en la planicie para hacer el caudal cristalino á cuyo empuje cayó el antiguo edificio y resurgió el imperio de la Constitución.

La banca que ocupaba en la Cámara de Diputados, por mucho tiempo estará reclamando, con la elocuencia del vacío, al que le sustituya.

Sobre esa frente ancha donde cabían todas las claridades de la idea, cupo la sombra de la duda, y surgió la noche del dolor, y vino el holocausto en aras de una obsesión.

Era la noche del 1º de Julio de 1896.

En la puerta del local que ocupaba el Club del Progreso se detuvo un carruaje. El pasajero tardaba en salir.

El pasajero, con mano firme había rastrillado el revólver que cortó una existencia que, más que al doctor Alem, pertenecía á su patria.

El cadáver fué llevado al salón principal del Club, las escenas de dolor entre los consocios no son para descritas, y, fué como una descarga eléctrica caída en el seno de toda la República cuando cundió la noticia de que el doctor Alem había muerto.

Él preparó su sacrificio con el estoicismo de Petronio y la serenidad de Sócrates.

Leamos los dos documentos que en sí exhiben al patricio y al hombre del hogar.

Su patria y su partido, su hermana y su sangre. Para aquellos su testamento político, para esta la demanda del perdón y la ansiedad del consuelo.

En el pliego que, con el lema *para publicar* dejó á su amigo el coronel Irigoyen, dice, pues:

«He terminado mi carrera; he concluído mi misión.

«Para vivir estéril, inútil y *deprimido*, es preferible morir. ¡Sí, que se rompa, pero que no se doble!

NORBERTO PIÑERO.

FIGURA como una personalidad altamente simpática y prestigiosa, así en el campo literario como en el diplomático.



Principiamos á conocer al doctor Piñero por la importante obra didáctica, Curso Elemental de Derecho, donde están de relieve los conocimientos del distinguido profesor que con bri-

»Entrego, pues, mi labor y mi memoria al juicio del pueblo, por cuya noble causa he luchado constantemente.

«En estos momentos, el partido popular se prepara para entrar nuevamente en acción, en bien de la patria. Esta es mi idea, este es mi sentimiento, esta es mi convicción arraigada, sin ofender á nadie, yo mismo he dado el primer impulso, y sin embargo, no puedo continuar. Mis dolencias son gravísimas,—*necesariamente mortales.*

«¡Adelante los que quedan!

«Ah! cuánto bien ha podido hacer este partido si no hubiesen promediado ciertas causas y ciertos factores.... No importa! Todavía puede hacer mucho. Pertenece principalmente á las nuevas generaciones. Ellas le dieron orígen y ellas sabrán consumar la obra; deben consumarla!....—*L. N. Alem.*»

Y la carta á su hermana Tomasa está concebida en los siguientes términos:

«Adios, Tomasa. Perdóname todo cuanto te haya hecho sufrir por mi agitada vida y cuanto te haré sufrir por esta mi resolución. El caso era fatal, la situación ineludible. Vivir deprimido ó morir.

«No creo que quedes abandonada. Tengo toavía confianza en la nobleza de las gentes; sto es,—creo que hay todavía gentes buenas y obles que sabrán apreciar mis sacrificios y oír ii solemne pedido,—que lo hago para tí.—Sí, o dudo que lo atenderán.

«Has sido la compañera de mi agitada y azaosa vida.

«Sé cuanto me has querido y del mismo modo he querido yo. Debes creerme, pues, que al lejarme de tí para siempre, llevo el alma llena e sombras y dolores; voy con el corazón desarrado y sangrando. Si algo me consuela, es sa confianza de que te hablo, de que tú no queerás abandonada.

«Adios, pues, otra vez, hermana querida, y tra vez perdóname.—*L. N. Alem.*»

Tuvo razón de confiar y esperar en sus amios al abandonar las playas de la vida. Los migos del doctor Alem han cuidado del bienstar de la hermana querida.

La apoteósis del ilustre muerto la hemos visto iosotras el día 3 de Julio de 1896, escrita con ágrimas, narrada con sollozos entre las clases rabajadoras; y hemos contemplado ese silencio olemne en que las clases superiores saben devorar los dolores más profundos.

El doctor Alem vivía para todos y no debió iaber muerto!

con laudable afán incita á la creación y el sostenimiento de establecimientos de enseñanza práctica de artes y oficios.

El doctor Piñero está en el vigor de la vida, es laborioso, tiene carácter y encierra en su distinguida personalidad muchas promesas para la patria: porque el egoismo, la codicia y el miedo, los tres resortes que, al decir de Cormenin, mueven la voluntad de algunos escritores y hombres públicos, no han tocado al ciudadano cuya silueta diseñamos.

JUAN A. ALSINA.

POCAS veces hemos tomado la pluma con la satisfacción del presente para trazar las líneas destinadas á ofrecer el retrato del dis-



tinguido ciudadano argentino, cuyo nombre dejamos escrito. La juventud que se levanta en nuestra América encontrará en la personalidad de Juan A. Alsina un ejemplo digno de ser imi-

tado, y en el hogar de tan preclara persona, un templo, en cuyo altar ofician las diosas del deber en el ritual de las más sublimes virtudes enseñadas al hombre para su propia dignificación. Cortado en el mismo patrón de Juan Alva Edison, que desde vendedor de periódicos ha llegado á la cumbre de las glorias americanas contemporáneas, Juan A. Alsina comenzó sus tareas en el modesto, pero dignísimo oficio de tipógrafo, y abarcó de tal modo la importancia de la sentencia *el tiempo es oro,* que no desperdiciaba ni un solo minuto de su adolescencia, absorbido por los estudios y cada día más ávido de instruirse. La voluntad es en el hombre lo que el acero en la mecánica, quebranta todo obstáculo, rompe el hierro y avasalla la dificultad. Esto lo comprueba palpablemente la honrosa carrera que ha hecho el que, del rol de estudiante distinguido, pasó muy pronto al de maestro y luego escaló los primeros peldaños del edificio social y gubernativo, dejando luminosa huella hasta llegar al importante puesto de Director General de Inmigración, que actualmente desempeña.

Larga resultaría nuestra tarea de enumerar los servicios prestados á la instrucción por el señor Alsina como director de una escuela municipal y otra escuela gratuita de adultos, labor que abarca los años de 1869 á 1880.

scienza Penale de Torino, en cuyas páginas el celebrado Pio Viazzi, tributa merecido aplauso al «notable pensador americano». La *Revue Phisolophique de la France et l'étranger* de París, no menos justiciera que su colega italiano, consagra á *La Filosofía de la Esperanza* un artículo nutrido y erudito con la recomendable firma de su redactor Bernard Pérez, con cuyo juicio coincide el que escribe el notable pensador francés L. Arréat.

Alemania, la fría pensadora, no podía dejar pasar en silencio un libro que, con su carácter se amolda por lo pensado y lo profundo; y la pluma de J. Fastenrath, se encargó de analizarlo con tanta propiedad de componentes, que el autor debe estar satisfecho. Sólo nos hemos concretado á citar juicios del extranjero, porque deseamos ahorrar espacio para ocuparnos del nuevo libro que acaba de dar á la estampa el señor Baires, después de haber terminado su carrera profesional con lucimiento optando el grado de doctor en Jurisprudencia.

Este nuevo libro, del cual ya tienen noticia nuestros abonados, por haberlo anunciado en nuestra sección bibliográfica, y al que nos referimos, es *La propiedad literaria y artística en la República Argentina,* estudio jurídico, en el cual el doctor Baires aboga con sólidos argumentos por la protección que el Estado debe

dispensar á los trabajadores del pensamiento colocados por la prescindencia de la ley en peor condición que el gañan jornalero, al que nadie puede arrebatarle su obra ni obligarlo á trabajar sin abonar su salario.

Este libro, aún no ha circulado en América, pero, estamos seguras de que encontrará la más grata acogida, puesto que la situación del escritor en esta parte del globo, es la única de la que no se ocupan nuestras leyes, de donde resulta, que vemos libreros ricos con la explotación del pensamiento del hermano, mientras que ese hermano devora, talvez, los dolores de la miseria.

El Tiempo y *La Nación* se han ocupado de la obra del señor Baires en extensos artículos, y el diputado Lobos acaba de citarlo como fundamento de su proyecto de ley sobre la materia presentado en la Cámara de Diputados.

Si todo lo dicho es el escritor americano Carlos Baires, el hombre público no es menos meritorio por sus servicios en el Ministerio de Relaciones Exteriores, donde su competencia y consagración le tienen deparadas las recompensas de las Naciones honradas para sus leales servidores.»

Hasta aquí nuestro antiguo juicio.

Á partir de aquella época, el doctor Baires ha continuado sus labores con perseverancia digna

de encomio, sin seguir el pernicioso ejemplo de los que se echan á dormir sobre sus laureles.

Conocemos de él un trabajo de aliento publicado en la revista el *Ateneo,* estudiando, del punto de vista sociológico, la cuestión divorcio en el cual se declara en pro del divorcio absoluto.

Entendemos que elabora algún otro libro sobre cuya filiación guarda reservas, que sus amigos respetamos, conformándonos con leer frecuentemente en la prensa diaria, artículos sobre temas de filosofía y sociología que bien dicen de la marca de fábrica.

El doctor Baires, que por ascenso muy merecido ocupa ahora un puesto en el Departamento de Inmigración, es uno de esos temperamentos filantrópicos, siempre dispuestos á ejercer el bien en beneficio de los demás y para cuya alma no tiene orillas ese mar de la nobleza en que perdurablemente navegan los seres que nacieron guarismo en medio de tanto cero que pisa tierra firme.

Mirando las cosas desde la altura de las conveniencias nacionales con relación al trabajo individual, el puesto que desempeña el doctor Baires importa un nuevo aprendizaje en la escuela práctica para conducir al terreno de los hechos. Es, precisamente, de los hombres prácticos que necesitan nuestras sociedades en for-

mación, estancadas en su desarrollo por el ruído que hacen los teóricos.

Del doctor Baires podemos decir lo que el biógrafo de Laffitte: «sabe que la naturaleza dió la voz al hombre para emitir ideas y no para fabricar palabras», por eso encontramos en sus escritos estampada la madura meditación que nos incita á la réplica razonada ó nos lleva al convencimiento pleno.

Cualidad es esta que vale mucho en el escritor filosófico y recomienda á un abogado en el ejercicio de su profesión.



NORBERTO PIÑERO.

FIGURA como una personalidad altamente simpática y prestigiosa, así en el campo literario como en el diplomático.



Principiamos á conocer al doctor Piñero por la importante obra didáctica, Curso Elemental de Derecho, donde están de relieve los conocimientos del distinguido profesor que con bri-

llante resultado regentó la cátedra del Derecho y Ciencias Sociales en la Universidad de Buenos Aires, donde también es académico de la de Filosofía y Letras.

Pero, no es en esa sola obra donde el crítico y el bibliófilo tienen que buscar el nombre del doctor Piñero: es autor de un proyecto de Código Penal, en colaboración con los doctores Rodolfo Rivarola y José Nicolás Matienzo, tan doctos é ilustrados como su colega, á quienes encargó esta labor trascendental el gobierno de la Nación Argentina.

Las obras del patricio Mariano Moreno, publicadas por el Ateneo de Buenos Aires, bajo la dirección del doctor Piñero, ostentan en sus páginas palpitantes de patriotismo un extenso y bien meditado prólogo debido á la correcta pluma del doctor Piñero.

Sobre tan sólida preparación para la ciencia del derecho, de la ley y de la libertad, el doctor Piñero había dirigido sus esfuerzos intelectuales hácia la no menos escabrosa que brillante senda de la diplomacia.

Para la práctica de ésta, que podemos llamar nueva profesión, abonaban en favor su personal distinguido, la cultura de su intelecto y el amaneramiento de una exquisita educación, que es el último y primordial toque de la gentileza de quien tenga la honra de representar á su patria en ajeno territorio.

No era de extrañarse que el doctor Piñero fuera elegido por el gobierno para desempeñar el cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en Chile, ni debe de sorprendernos tampoco la forma en que dejó aquella plenipotencia renunciándola con la energía propia de su carácter.

Poco tiempo después de su vuelta á la patria emprendió viaje á Europa en donde ha reforzado sus conocimientos con cuanto de nuevo podía encontrar en aquel foco de ciencia y de cultura, mirado por los americanos con reverencia musulmana.

De lo mucho que allá ha recogido el doctor Piñero, usufructuará, indudablemente, la juventud estudiosa, porque de regreso él se ha entregado con noble afan á la enseñanza á la difusión de los conocimientos prácticos, inclinando la voluntad de la nueva generación hácia los rumbos de un oficio, una profesión, que consagran en el hombre la libertad.

Alguna vez hemos pensado en la fórmula y en el cómo consagra la libertad, y creemos que sólo es libre quien á nadie se debe. Á esta libertad se aproxima el que dispone de un oficio ó una profesión independiente del oficialismo, alejándolo del rol de parásito del Estado en la funesta tendencia de la empleomanía. Así lo comprenderá, también, el doctor Piñero cuando

con laudable afan incita á la creación y el sostenimiento de establecimientos de enseñanza práctica de artes y oficios.

El doctor Piñero está en el vigor de la vida, es laborioso, tiene carácter y encierra en su distinguida personalidad muchas promesas para la patria; porque el egoísmo, la codicia y el miedo, los tres resortes que, al decir de Cormenin, mueven la voluntad de algunos escritores y hombres públicos, no han tocado al ciudadano cuya silueta diseñamos.



JUAN A. ALSINA.

POCAS veces hemos tomado la pluma con la satisfacción del presente para trazar las líneas destinadas á ofrecer el retrato del dis-



tinguido ciudadano argentino, cuyo nombre dejamos escrito. La juventud que se levanta en nuestra América encontrará en la personalidad de Juan A. Alsina un ejemplo digno de ser imi-

tado, y en el hogar de tan preclara persona, un templo, en cuyo altar ofician las diosas del deber en el ritual de las más sublimes virtudes enseñadas al hombre para su propia dignificación. Cortado en el mismo patrón de Juan Alva Edison, que desde vendedor de periódicos ha llegado á la cumbre de las glorias americanas contemporáneas, Juan A. Alsina comenzó sus tareas en el modesto, pero dignísimo oficio de tipógrafo, y abarcó de tal modo la importancia de la sentencia *el tiempo es oro,* que no desperdiciaba ni un solo minuto de su adolescencia, absorbido por los estudios y cada día más ávido de instruirse. La voluntad es en el hombre lo que el acero en la mecánica, quebranta todo obstáculo, rompe el hierro y avasalla la dificultad. Esto lo comprueba palpablemente la honrosa carrera que ha hecho el que, del rol de estudiante distinguido, pasó muy pronto al de maestro y luego escaló los primeros peldaños del edificio social y gubernativo, dejando luminosa huella hasta llegar al importante puesto de Director General de Inmigración, que actualmente desempeña.

Larga resultaría nuestra tarea de enumerar los servicios prestados á la instrucción por el señor Alsina como director de una escuela municipal y otra escuela gratuita de adultos, labor que abarca los años de 1869 á 1880.

Como Jefe del Archivo y Biblioteca del Ministerio de Relaciones Exteriores, nombrado en 1883, no fué menor su celo y consagración al trabajo, pues al ser removido al que actualmente desempeña, dejó en debida forma los numerosísimos expedientes de aquella dependencia y cuatro mil obras de Derecho Internacional, Historia, Geografía, Administración Nacional y Extranjera, etc., ordenadas y catalogadas con pulcritud minuciosa.

La Producción Nacional, ocupándose del señor Alsina, dice: «Grandes comerciantes, marinos, militares y hasta abogados y médicos, lo son debido á la palabra inspirada y entusiasta del noble y generoso tipógrafo. Desde 1890 desempeña el delicado cargo (de Director general de Inmigración), con plena conciencia de lo que puede y debe hacer en pro del engrandecimiento, poderío y felicidad de la patria.

«Era menester en ese puesto un hombre tan laborioso y activo como instruído é inteligente, que sin salir de la esfera trazada por las disposiciones legales vigentes sobre la materia, no se concretara á seguir una marcha rutinaria, y por el contrario, adoptara y aconsejara al Gobierno reformas por propia iniciativa; que tuviera la honradez y la energía necesarias para resistirse á todo acto ó disposición, no sólo contrarios á las leyes y decretos á que estaba subordinada

la marcha de la importantísima repartición encargada de la inmigración en todas sus relaciones oficiales con el país, sino que también, todo cuanto se opusiera á los grandes ideales que no deben de olvidarse en la prosecución de la primordial obra de poblar con hombres útiles nuestras dilatadas comarcas.

«Atraer de las naciones europeas las corrientes inmigratorias; recibir de conveniente manera, á su llegada al país, á los individuos que las componen; encaminarlos á los puntos de la República más apropiados para un pronto y provechoso establecimiento de las familias; hacer conocer por medio de una propaganda perseverante y racional las grandes ventajas que el país ofrece á los que vengan á trabajar á él, é impedir los errores y los abusos que puedan cometerse, son problemas tan complejos como de trascendental importancia para la República.

«No basta llenar á la patria de hombres para que sea grande y rica; menester es, también, que esos hombres trasmitan á los futuros ciudadanos una sangre sana y los anhelos de una alma buena; por eso cuida tanto Alsina de la cantidad como de la calidad de los que vienen y vengan á ser felices en este privilegiado suelo argentino cuyas bellezas y riquezas, por libros diferentes, que pasan de cien, está haciendo conocer del mundo entero.»

Estos datos transcriptos ponen de relieve la acción provechosa y fecunda del funcionario público cuya obra está realzada por la decidida protección que presta á todos los que se inician en la carrera de las letras, sea con su consejo alentador, sea con el apoyo eficaz del taller tipográfico que posee, como para darse el lujo de ser propietario de una hermosa imprenta, el que con la nobleza de los espíritus fuertes, pidió en otro tiempo el pan cuotidiario al simbólico COMPONEDOR, que en un día tal cogió la mano del primer cajista como el haz de luz cuyos rayos iban á iluminar los cerebros comunicando al corazón el calor de las ideas.

Un detalle para nosotras de singular coincidencia.

Los primeros pasos del jovencito Alsina en su profesión de tipógrafo, fueron componiendo los originales de la insigne novelista argentina Juana Manuela Gorriti que, en sus *Sueños y Realidades,* legó al arte la realidad de sus propios sueños, adormida por el susurro del Pampero. Y, quién había de decirle en aquél tiempo, que la imprenta de su propiedad editaría *Búcaro Americano,* bajo la dirección de una *hija del corazón* de la genial escritora cuya gloria se comparten las tres repúblicas del Perú, la Argentina y Bolivia.

Si caben satisfacciones íntimas en esta afa-

nosa existencia, una de ellas, saneada y pura, es la de levantarse sobre un pedestal labrado por la propia mano. Tal satisfacción le cabe al erudito y laborioso Director de Inmigración, señor Alsina, quien se debe á sí mismo lo que es en la actualidad ante el aprecio de los suyos y la consideración de los hombres que respetan la honorabilidad como la primordial de las virtudes, y el aplauso de los que trabajan por el mejoramiento de la humanidad.

Juzguemos al señor Alsina como escritor. Su último libro *La Inmigración Europea en la República Argentina,* para ser parcos en citas, nos revela al observador de criterio recto, al pensador que dirige sus anhelos al engrandecimiento del templo patrio para cuyos cimientos ha labrado rico diamante de múltiples facetas.

Los hombres como Juan A. Alsina no sólamente son útiles, sino necesarios á las naciones.

BENJAMÍN B. SÁEZ.

Pertenece á ese grupo de jovenes que con brillo labraba el cimiento del edificio intelectual y profesional contemporáneo en la Uni-



versidad de San Marcos de Lima, de donde fué esparcida por la avalancha de la guerra chilena. Todos aquellos que eran esperanza de la fami-

lia, promesa del foro y de la sociedad, abandonaron el libro, desenguantaron las manos y fueron á empuñar el rifle y vestir el burdo uniforme ofrendando á su patria lo más preciado que tiene el hombre: la existencia.

Benjamín B. Sáez, nacido en una distinguida familia de Ayacucho, fué enviado á la capital para cursar Jurisprudencia y á la vez hizo los estudios de la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas, en la cátedra del ilustre Pradier Froderé.

Ahí estaba, pues, consagrado al sacerdocio de las letras, y de ahí fué arrancado por el estallido de la metralla, y salió junto con Lecca, Torres Paz, Fernández, Matto, Fuentes y tantos otros.

Cuando los sacrificios de los nobles defensores se estrellaron ante el muro de la ineptitud dirigente en las batallas de San Juan y Miraflores, los que aún quedaron vivos fuerón á oponer su pecho allá en las criptas de la patria, y allí tambien siguió Sáez su bandera jamás arriada en igual combate.

Està vez, ya el joven universitario había cobrado amor á la espada, y con grado militar en el ejército de línea hizo toda la campaña del Centro, desempeñando comisiones delicadas.

El sino adverso al Perú no detenía su brazo destructor. En Huamachuco se agotaron los

recursos, pero aún existía un baluarte que oponer á la desmedida ambición chilena que había inaugurado Gobierno bajo su férula. En Arequipa estaba ese baluarte y en la ciudad mistiana se reconcentraron las fuerzas que irían á derrocar al Gobierno de Montán. Benjamín B. Sáez acudió también á la cita de los buenos hijos del Perú, é hizo la campaña que despejó el campo para que el país se diera gobierno legítimo, sin la imposición de Chile. Inaugurada la Junta de Gobierno que presidió el doctor don Antonio Arenas, eliminando el gobierno del general don Miguel Iglesias, las cosas tomaron el aspecto de la paz y sólo restaba trabajar con perseverancia y resignación por el renacimiento de la Patria. Sáez, sin abandonar la carrera militar, ya con la clase de mayor, reanudó sus estudios obtando los grados de bachiller y doctor en Ciencias Políticas y Administrativas, sirviendo á la vez al gobierno como edecán del Presidente.

Durante el tiempo de la campaña, Sáez no descuidó sus aficiones literarias, redactaba periódicos políticos en defensa de la Patria y de la causa que patrocinaba la resistencia, escribía artículos sociales y composiciones en verso.

Pocos meses después de la entrada á Lima fué nombrado subprefecto de Trujillo, más tarde trasladado con igual carácter á Puno y luego

á Ica, dejando en cada uno de los puestos que desempeñó la huella de su laboriosidad y honradez ejemplares. Llamado á la capital fué hecho jefe del batallón Callao, puesto que ejerció hasta la transmisión de mando á otro presidente pasando después á desempeñar el mando del batallón Puno que organizó, y en esta época ocurrió la evolución política del 17 de Marzo de 1895 que envolvió en la saña pierolista á todos los leales servidores del partido Constitucional.

El doctor Sáez que, afectuoso y leal, había acompañado al señor general Cáceres hasta los momentos de sus preparativos de embarque, ya en la Legación Inglesa, y que se batió heróicamente en las calles de Palacio, San Agustín y la Merced, tuvo, pues, que seguir las aguas de sus compañeros de armas y salir peregrino á playas extrañas, dejando en posesión de la propia tierra á los que nada hicieron por salvarla y mucho sí por explotarla y hundirla.

Después de larga permanencia en Chile, donde ha recorrido las principales zonas, adquiriendo conocimientos, se trasladó á Buenos Aires, y aquí permanece llevando con dignidad y abnegación que merecen respeto, esa ya larga y penosa vida del proscrito.

Al correr voluntario de la pluma, nos hemos explayado en la obra militar del coronel Sáez, cuando nuestro intento era ocuparnos sólo del hombre de letras.

En Buenos Aires ha colaborado en varios dia-
os de importancia y tiene escritas tres obras
oluminosas sobre historia general de América
· otros asuntos que, si se editan, representarán
ın contingente de tres volúmenes, cada uno de
nas de 500 páginas en 4°. Á los pocos días de
u arribo á la capital bonaerense sustentó una
onferencia en el Ateneo sobre *La organización*
olítica del Perú, y dió á la estampa versos ju-
eniles entregando el sentimiento y no el arte
l juicio público.

Nos tocó el gusto de escribir al frente del pe-
ueño libro, las siguientes líneas:

«PROEMIO.—Un trabajo de la naturaleza de
lbores del corazón no necesita prólogo, ni el
utor, conocido entre los que de letras se ocupan
n la América hispana, ha menester presenta-
ión de padrino más ó menos autorizado, con-
ienzudo ó complaciente.

Las flores que brotan exuberantes de color y
e perfume, aromatizan por sí solas y solas em-
ellecen el campo do se las cultiva. Pero, sucede
ue, como este trabajo va dedicado á una alta y
ignísima señora de la sociedad bonaerense, el
octor Sáez habrá pensado, con exquisitez de
ıcto, que es necesario el que sea otra señora
uien presente la ofrenda. Así me explico la em-
eñosa solicitud del escritor para que yo traze
s primeras lineas de su libro; y accedo de buena

voluntad, no sólo porque encuentro nueva ocasión para manifestar mi estima, por el compatriota, sino la de realzar mi deferencia por la dama cuyo nombre patrocina esta publicación *.

Albores del corazón forma parte de un libro que se está editando en la capital peruana con el título de *Ráfagas*. Es un poema corto y delicado cuyo principal mérito consiste en haber sido sentido: es, en suma, un poema que el autor *hizo* en aquella alborada de la vida, cuando el corazón conserva aun intacta la sensibilidad generadora de la ternura; cuando el alma no ha perdido la fé en el laberinto de la duda, y las ilusiones, prismas de cristal, reverberan en miriadas de luz, revoloteando como pintadas mariposas en el edén de la esperanza.

La verdad, bajo cualesquiera de las formas en que se nos presenta, atrae; pero la verdad vívida bajo la égida de un amor casto, y llorada al borde de un sepulcro donde han caído juventud, belleza y dicha, conmueve el corazón, envolviéndolo en la atmósfera melancólica que deja tras sí un dolor gigantesco, al cual se resigna el protagonista de este romance con la grandeza moral que existe en los seres superiores; porque, como lo dije otra vez, es muy cierto que, en el tempestuoso océano del dolor, sólamente los

* La señora del doctor Saenz Peña.

corazones pequeños se hunden, los grandes flotan!

María, imágen viva de las violetas tempraneras de los valles del Perú, es el tipo acabado de la mujer que cree y ama. Ama porque cree, y cree porque ama.

Como la flor delicada que entrega todo su aroma al sol que lo bebe en uno de sus rayos abrasadores, y después, ella, mústia, dobla su tallo y muere; así la María de *Albores* abrió su broche nacarado á la prístina luz del amor primero, encontró el alma compañera de la suya, y amó tanto que el sentimiento realizó en su natural sensitivo el acontecimiento lógico de romperse el vaso delicado por la grandeza del contenido. Era, además, del país en que las pasiones del corazón semejan á los ríos de cauce profundo: silenciosas, pero terribles.

El amante sobrevive y resiste el empuje de tamaña tempestad, sin la desesperación wertheriana, y se presenta al final del poema circundado de una aureola nueva en la ejecución de las obras del arte literaria. Se resigna, y.... espera con la fé en la inmortalidad del alma y la esperanza de la continuidad de ultratumba para los afectos que aquí fueron del espíritu, antes que de la carne.

Y en verdad que, al lado de toda una hoguera de amor, inflamada al choque de dos miradas

que han sido acero y pedernal, junto al perfume embriagador de dos almas adolescentes que se comprenden, se mistifican y se acercan, apenas percibimos el sonido, como del batir de alas de la alondra del bosque: dos labios que al juntarse se han dicho todo el poema de los corazones felices.

Un beso, la aproximación de dos flores, es toda la parte que lo material ha tenido en el desenvolvimiento del drama psicológico en el cual *ella* debía volar al cielo y *él* quedar viudo en la tierra.

El autor, al ordenar sus propias impresiones, se ha apartado de la fórmula observada por casi todos los poemistas contemporáneos.

La parte epistolar constituye casi el nudo del asunto, con ese desaliño de impresiones, de ideas encontradas, de resoluciones perplejas, de veleidosidad kaleidoscópica, de afectos enfriados en un instante para volver más intensos, todo ese mundo en baturrillo que forma el *sursum* de la eterna epistolar del amor verdadero. No es menos llena de novedad la conclusión de la primera parte, con la transcripción de un *suelto* de la prensa. En el fondo tiene profundidad de observación.

«Corazón, corazón huérfano
Y de tí nada decían,
De tí se olvidaron todos,
Nadie te compadecía!...»

Dice el sér que talvez es el único herido de gravedad en aquella hecatombe de la muerte.

¡Oh! la historia de los amores imposibles por la fórmula social; la de los amores desventurados que no alcanzaron la consagración de los Cánones, es la historia de un dolor que muestra en el pecho la tortura torcedora de la estricnina y ostenta en los labios, si no la sonrisa del disimulo, el hielo de la indiferencia.

Los versos en que interroga á Dios por la prematura muerte de su María, sentidos y filosóficos, recuérdanme las estrofas de mi inspirado amigo, el elegante Abrahan Z. López Penha, á la efímera existencia de una rosa, que dicen:

> «¿Por qué nacer con la alborada hermosa,
> Si para siempre á su postrer destello
> Á morir la sentencia suerte dura? . . .
> No, no creo, mi Dios, que tu hermosura
> Querrá destruir por siempre lo que es bello,
> Ni aún en la existencia de una rosa!»

En la segunda parte entra el autor con tono diferente. No son ya los entusiasmos de la juventud que escribe con zumo de rosas y adormideras; se notan las líneas negras de la tinta y las negras sombras del corazón viudo. La paloma solitaria que se balancea en la rama de un ciprés, ya no canta ni arrulla: gime, suspira, llora!

¡Ay de los tristes! ¡Ay del corazón enfermo

con aquella terrible dolencia que se llama nostalgía del bien perdido!

«Enfermo estoy del alma,
¡Enfermo estoy del cuerpo;
Eterno Dios, piadoso,
Por qué, por qué no muero?»

exclama el viudo de María, y se lanza al *campo-santo* donde las aves compañeras de los sepulcros, se extremecen por los alaridos que da:

«Allí las aves siniestras
Me ven con semblante huraño,
Pues turban su canto extraño
Los alaridos que doy;
Y graznando pavorosas
Entre fantásticas luces
Van á posarse á otras cruces
Del solitario panteón;
Ó en las cúpulas sombrías
De imponentes mausoleos
Saludan con aleteos
Mi súbita aparición»
....

Las imágenes son *corpóreas,* el dolor está retratado de pincel feliz, con todo el fúnebre aparato de la situación. Y este cuadro de duelo termina con una pincelada de efecto nuevo en el desarrollo pasional de los poemas. Es como el triunfo de la razón sobre los espíritus maldicientes y desesperados.

«¡Esperaré, mi Dios, que llegue el día
En que término tengan los dolores,
La triste soledad y la agonía
Que abaten sin cesar el alma mía;

Hasta que reanudando mis amores
Con el ferviente amor de mi María
Á sus brazos me entregues en tu cielo!
Premiando así mi fe y mi hondo duelo!»

Quien se resigna á la lucha de la existencia después de la derrota del dolor es un héroe que merece el respeto de sus semejantes, y tal lo pide el protagonista de *Albores del corazón*.

El doctor Sáez, por lo visto, no está afiliado entre los simbolistas, parnasianos, coloristas, místicos, ni impresionistas, no da á su musa, como unos, champagne, ó como otros, pólvora, ajenjo ó zumo de beleño: forma filas entre los que yo llamo sensibilizados ó sensibilistas, para no reñir con la terminación, robándole el término al arte de Daguerre que, en la plancha sensibilizada, recoge la imágen, y otros la fijan en el corazón con aquel reactivo eterno que en el vocabulario del cariño se llama *recuerdo*.

Temo haberme extendido abusando de la bondad del editor, y concluyo deseando muchas lectoras y muchas simpatías para el poema que el público recibe.»

El mejor elogio que ahora podemos hácer de *Albores del corazón* es anotar que en pocos días quedó agotada la edición, y no creemos estar fuera de lo probable si afirmamos que manos femeninas han ido en busca de él á las librerías de su expendio; pues la mujer que por natura-

leza es más sentimental que razonadora, siempre ha encontrado delicioso el aroma de las flores puestas sobre las tumbas hermanas de las de Romeo y Julieta, de Eloisa y Abelardo, esos inmortales simbolizadores del sublime sentimiento.

Deseamos que el resultado obtenido aliente al doctor Sáez para apresurar la impresión de las obras inéditas á que nos hemos referido en el curso de estas páginas.



DORILA CASTELL DE OROZCO.

Hemos de hablar de la poetisa de las dulzuras del monte sacro donde las musas de cabellera flotante, como sus túnicas color de cielo,



detienen el pié encerrado en zapatillas vaporosas y se quedan encantadas con la melodía de las liras, vibrante el ritmo, tembloroso el corazón, la sangre bullente por entre las venas.

Mucho hemos usado el simil castellano.

Vamos á buscarlo en la India á quien la Naturaleza recompensó por su dulzura. Abramos el *Ramayana*. El primer poeta indio ve revolotear dos palomas, y mientras admira su gracia, sus amorosos coloquios, una de ellas cae herida por pérfida flecha....

Llora; sus gemidos mesurados son los latidos del corazón; sin pensarlo adquieren un movimiento rítmico, naciendo la poesía..... Desde entonces acá, y dos á dos, renacidas las melodiosas palomas en el canto del poeta, aman y vuelan por toda la tierra posándose donde encuentran sentimiento.

En la lira que pulsa la señora Dorila Castell de Orozco están ellas. Por eso su canto es dulce, canto de paloma, que es arrullo y es plegaria á la vez.

Oigámosla en la que titula NIEBLAS:

La tarde va á morir, como murieron
Las dulces ilusiones de mi vida,
Sin ruido en su dolor y pesadumbre,
Como las hojas de la flor marchita.

Vá cayendo en el mar envuelta en brumas,
Como las horas tristes, indecisas....
Del que empieza á subir á la montaña
Y la sombra lo envuelve en la subida.

Y se sienta en la falda meditando,
Cómo puede hasta allá subir la hormiga,
Mientras la garza de gentil plumaje
Queda del río en la arenosa orilla.

Conozco un tomito de poesías que Dorila publicó bajo el nombre de *Hojas marchitas.*

El nombre dice mal con la verdad del contenido.

Hay en él flores frescas, suspiros, lágrimas; hay ritmo y sentimiento; es, en suma, un conjunto artístico hecho por mano de mujer.

Hasta aquí, la poetisa cuyo blasón es la propia obra. Ahora venga la mujer, en sus múltiples manifestaciones de hija, esposa, madre. Y ¡con qué régio séquito se presenta ella, pudiendo decir satisfecha: *he cumplido con el deber!* ....

Hermosa declaración; la única que la sociedad puede y debe pedir para obtener la perfección social.

Hemos visto á Dorila Castell, hija, labrando el pan de la casa materna con la savia de su vida, en la dirección de una escuela; hemos gozado al encontrar á la esposa enamorada agregando día á día un eslabón á la cadena de flores con que unió su suerte á la del gallardo é inteligente militar don Justo Orozco y Zambrana; hemos inclinado la frente ante la madre viuda; que, si alguna vez enjuga las lágrimas por el amado, es para sonreir á los pedazos de ese amor casto y puro, los hijos, los seres que, formados en la escuela del deber y del honor, son al presente, corona de gloria para la madre, camino del bien para su patria.

La vanidad, nube que envuelve á las mediocridades, jamás eclipsó la luz que irradia la frente de la poetisa; su planta no tropezó en ese escollo donde caen, por lo general, las escritoras frívolas, aturdidas por la voz del elogio, prodigado muchas veces á la mujer y no á la escritora. Con la magestad del verdadero mérito, la señora de Orozco ha llegado á la cima en la montaña del renombre.

Todo eso y algo más es la distinguida matrona cuyo perfil hemos querido delinear, aunque sin dar una idea exacta de la personalidad, porque la expresión es la vida y ésta aún no ha copiado la plancha sensibilizada ni el lápiz de líneas correctas.

---

corazones pequeños se hunden, los grandes flotan!

María, imágen viva de las violetas tempraneras de los valles del Perú, es el tipo acabado de la mujer que cree y ama. Ama porque cree, y cree porque ama.

Como la flor delicada que entrega todo su aroma al sol que lo bebe en uno de sus rayos abrasadores, y después, ella, mústia, dobla su tallo y muere; así la María de *Albores* abrió su broche nacarado á la prístina luz del amor primero, encontró el alma compañera de la suya, y amó tanto que el sentimiento realizó en su natural sensitivo el acontecimiento lógico de romperse el vaso delicado por la grandeza del contenido. Era, además, del país en que las pasiones del corazón semejan á los ríos de cauce profundo: silenciosas, pero terribles.

El amante sobrevive y resiste el empuje de tamaña tempestad, sin la desesperación wertheriana, y se presenta al final del poema circundado de una aureola nueva en la ejecución de las obras del arte literaria. Se resigna, y.... espera con la fé en la inmortalidad del alma y la esperanza de la continuidad de ultratumba para los afectos que aquí fueron del espíritu, antes que de la carne.

Y en verdad que, al lado de toda una hoguera de amor, inflamada al choque de dos miradas

que han sido acero y pedernal, junto al perfume embriagador de dos almas adolescentes que se comprenden, se mistifican y se acercan, apenas percibimos el sonido, como del batir de alas de la alondra del bosque: dos labios que al juntarse se han dicho todo el poema de los corazones felices.

Un beso, la aproximación de dos flores, es toda la parte que lo material ha tenido en el desenvolvimiento del drama psicológico en el cual *ella* debía volar al cielo y *él* quedar viudo en la tierra.

El autor, al ordenar sus propias impresiones, se ha apartado de la fórmula observada por casi todos los poemistas contemporáneos.

La parte epistolar constituye casi el nudo del asunto, con ese desaliño de impresiones, de ideas encontradas, de resoluciones perplejas, de veleidosidad kaleidoscópica, de afectos enfriados en un instante para volver más intensos, todo ese mundo en baturrillo que forma el *sursum* de la eterna epistolar del amor verdadero. No es menos llena de novedad la conclusión de la primera parte, con la transcripción de un *suelto* de la prensa. En el fondo tiene profundidad de observación.

«Corazón, corazón huérfano
Y de tí nada decían,
De tí se olvidaron todos,
Nadie te compadecía!...»

Dice el sér que talvez es el único herido de gravedad en aquella hecatombe de la muerte.

¡Oh! la historia de los amores imposibles por la fórmula social; la de los amores desventurados que no alcanzaron la consagración de los Cánones, es la historia de un dolor que muestra en el pecho la tortura torcedora de la estricnina y ostenta en los labios, si no la sonrisa del disimulo, el hielo de la indiferencia.

Los versos en que interroga á Dios por la prematura muerte de su María, sentidos y filosóficos, recuérdanme las estrofas de mi inspirado amigo, el elegante Abrahan Z. López Penha, á la efímera existencia de una rosa, que dicen:

«¿Por qué nacer con la alborada hermosa,
Si para siempre á su postrer destello
Á morir la sentencia suerte dura?...
No, no creo, mi Dios, que tu hermosura
Querrá destruir por siempre lo que es bello,
Ni aún en la existencia de una rosa!»

En la segunda parte entra el autor con tono diferente. No son ya los entusiasmos de la juventud que escribe con zumo de rosas y adormideras; se notan las líneas negras de la tinta y las negras sombras del corazón viudo. La paloma solitaria que se balancea en la rama de un ciprés, ya no canta ni arrulla: gime, suspira, llora!

¡Ay de los tristes! ¡Ay del corazón enfermo

con aquella terrible dolencia que se llama nc talgía del bien perdido!

«Enfermo estoy del alma,
¡Enfermo estoy del cuerpo;
Eterno Dios, piadoso,
Por qué, por qué no muero?»

exclama el viudo de María, y se lanza al *cam* *santo* donde las aves compañeras de los sepı cros, se extremecen por los alaridos que da:

«Allí las aves siniestras
Me ven con semblante huraño,
Pues turban su canto extraño
Los alaridos que doy;
Y graznando pavorosas
Entre fantásticas luces
Van á posarse á otras cruces
Del solitario panteón;
Ó en las cúpulas sombrías
De imponentes mausoleos
Saludan con aleteos
Mi súbita aparición»
....

Las imágenes son *corpóreas,* el dolor está r tratado de pincel feliz, con todo el fúnebre ap rato de la situación. Y este cuadro de duel termina con una pincelada de efecto nuevo e el desarrollo pasional de los poemas. Es con el triunfo de la razón sobre los espíritus malc cientes y desesperados.

«¡Esperaré, mi Dios, que llegue el día
En que término tengan los dolores,
La triste soledad y la agonía
Que abaten sin cesar el alma mía;

Hasta que reanudando mis amores
Con el ferviente amor de mi María
Á sus brazos me entregues en tu cielo!
Premiando así mi fe y mi hondo duelo!»

Quien se resigna á la lucha de la existencia después de la derrota del dolor es un héroe que merece el respeto de sus semejantes, y tal lo pide el protagonista de *Albores del corazón.*

El doctor Sáez, por lo visto, no está afiliado entre los simbolistas, parnasianos, coloristas, místicos, ni impresionistas, no da á su musa, como unos, champagne, ó como otros, pólvora, ajenjo ó zumo de beleño: forma filas entre los que yo llamo sensibilizados ó sensibilistas, para no reñir con la terminación, robándole el término al arte de Daguerre que, en la plancha sensibilizada, recoge la imágen, y otros la fijan en el corazón con aquel reactivo eterno que en el vocabulario del cariño se llama *recuerdo.*

Temo haberme extendido abusando de la bondad del editor, y concluyo deseando muchas lectoras y muchas simpatías para el poema que el público recibe.»

El mejor elogio que ahora podemos hacer de *Albores del corazón* es anotar que en pocos días quedó agotada la edición, y no creemos estar fuera de lo probable si afirmamos que manos femeninas han ido en busca de él á las librerías de su expendio; pues la mujer que por natura-

leza es más sentimental que razonadora, siempre ha encontrado delicioso el aroma de las flores puestas sobre las tumbas hermanas de las de Romeo y Julieta, de Eloisa y Abelardo, esos inmortales simbolizadores del sublime sentimiento.

Deseamos que el resultado obtenido aliente al doctor Sáez para apresurar la impresión de las obras inéditas á que nos hemos referido en el curso de estas páginas.



DORILA CASTELL DE OROZCO.

HEMOS de hablar de la poetisa de las dulzuras del monte sacro donde las musas de cabellera flotante, como sus túnicas color de cielo,



detienen el pié encerrado en zapatillas vaporosas y se quedan encantadas con la melodia de las liras, vibrante el ritmo, tembloroso el corazón, la sangre bullente por entre las venas.

Mucho hemos usado el simil castellano.

Vamos á buscarlo en la India á quien la Naturaleza recompensó por su dulzura. Abramos el *Ramayana*. El primer poeta indio ve revolotear dos palomas, y mientras admira su gracia, sus amorosos coloquios, una de ellas cae herida por pérfida flecha....

Llora; sus gemidos mesurados son los latidos del corazón; sin pensarlo adquieren un movimiento rítmico, naciendo la poesía..... Desde entonces acá, y dos á dos, renacidas las melodiosas palomas en el canto del poeta, aman y vuelan por toda la tierra posándose donde encuentran sentimiento.

En la lira que pulsa la señora Dorila Castell de Orozco están ellas. Por eso su canto es dulce, canto de paloma, que es arrullo y es plegaria á la vez.

Oigámosla en la que titula NIEBLAS:

La tarde va á morir, como murieron
Las dulces ilusiones de mi vida,
Sin ruido en su dolor y pesadumbre,
Como las hojas de la flor marchita.

Vá cayendo en el mar envuelta en brumas,
Como las horas tristes, indecisas....
Del que empieza á subir á la montaña
Y la sombra lo envuelve en la subida.

Y se sienta en la falda meditando,
Cómo puede hasta allá subir la hormiga,
Mientras la garza de gentil plumaje
Queda del río en la arenosa orilla.

Conozco un tomito de poesías que Dorila publicó bajo el nombre de *Hojas marchitas.*

El nombre dice mal con la verdad del contenido.

Hay en él flores frescas, suspiros, lágrimas; hay ritmo y sentimiento; es, en suma, un conjunto artístico hecho por mano de mujer.

Hasta aquí, la poetisa cuyo blasón es la propia obra. Ahora venga la mujer, en sus múltiples manifestaciones de hija, esposa, madre. Y ¡con qué régio séquito se presenta ella, pudiendo decir satisfecha: *he cumplido con el deber!*....

Hermosa declaración; la única que la sociedad puede y debe pedir para obtener la perfección social.

Hemos visto á Dorila Castell, hija, labrando el pan de la casa materna con la savia de su vida, en la dirección de una escuela; hemos gozado al encontrar á la esposa enamorada agregando día á día un eslabón á la cadena de flores con que unió su suerte á la del gallardo é inteligente militar don Justo Orozco y Zambrana; hemos inclinado la frente ante la madre viuda; que, si alguna vez enjuga las lágrimas por el amado, es para sonreir á los pedazos de ese amor casto y puro, los hijos, los seres que, formados en la escuela del deber y del honor, son al presente, corona de gloria para la madre, camino del bien para su patria.

La vanidad, nube que envuelve á las mediocridades, jamás eclipsó la luz que irradia la frente de la poetisa; su planta no tropezó en ese escollo donde caen, por lo general, las escritoras frívolas, aturdidas por la voz del elogio, prodigado muchas veces á la mujer y no á la escritora. Con la magestad del verdadero mérito, la señora de Orozco ha llegado á la cima en la montaña del renombre.

Todo eso y algo más es la distinguida matrona cuyo perfil hemos querido delinear, aunque sin dar una idea exacta de la personalidad, porque la expresión es la vida y ésta aún no ha copiado la plancha sensibilizada ni el lápiz de líneas correctas.



CÉSAR BORJA.

La lira de José Joaquín de Olmedo quedó colgada después de extremecer la tierra libre con el *Canto á Junín,* y fué César Borja quien la



pulsó de nuevo para cantar á los manes de Sucre en el magnífico poema que, en estos momentos, deleita á los amantes de la verdadera poesía.

El doctor don César Borja, médico de profesión, hijo del Ecuador, mimado por las musas, es, en mi concepto, el poeta de más pujanza que ha dado la generación á que pertenezco, y, además, importa todo un carácter como político como luchador en la buena lid del liberalismo.

Acabo de leer *¡Madre!* elegía, diez y nueve páginas en cuarto; *Paisajes y recuerdos,* poema, cincuenta y una páginas en cuarto, *Patria,* poema, treinta y nueve páginas en cuarto, y el ya citado canto *fin de Siglo:* A LOS MANES DE SUCRE.

Qué brillantez de idea, qué hermosura de concepciones, qué grandeza de escenario nos regala el doctor Borja en cada una de las obras citadas.

La frase rimada se desliza como corriente de agua cristalina sobre lecho de rosas, cuando habla de su madre y su hogar; cae como machete que derriba el árbol corpulento cuando maldice á los tiranos, á los opresores de su patria, á los estancadores del progreso humano en todas las latitudes habitadas, y retumba como el caudal eléctrico que se quiebra en choque duro con la tierra, cuando incita á la pelea de la batalla en que están empeñados los hombres de la santa libertad contra la opresión conservadora del oscurantismo.

Huíste Libertad! porque á tu templo
entró rabiosa la codicia avara,
y alzó tu insignia que á las ciegas turbas
seduce y arrebata. La Discordia
sus negras sierpes esparció en el campo;
y de la tierra que la sangre bebe,
derramada en tu nombre ¡oh diosa triste,
proscrita de mis lares! desde entonces,
mana veneno y podredumbre mana.
¿No ves ¡oh Libertad con cuánto empeño
tu nombre invocan en igual porfía,
el tirano y el siervo, y el verdugo?
¿No ves al mercader cómo te invoca?
No ves cuál pasa tu pendón glorioso,
de mano en mano criminales tintas
en roja sangre de inocentes?....

Así discurre quien invoca la pura, la santa libertad para su patria abatida bajo la férula del hisopo y del cordel que ata al pensamiento. Clama á Montalvo y á Carbo clama, apóstoles de la verdad en la tierra del Guayas, y cuando canta á Sucre

Allá, en la Selva Oscura, á donde el Tiempo,
Cómplice del Destino, te condujo,
esperaba Caín....
¡Ah! cuántos años
no te acechó con iracundia sorda,
desde que viera su implacable envidia
radiar tu frente con la luz sin mancha
del genio y la virtud! En tu camino
regó reptiles, hacinó dolores
de sangre tuya y de tu paz sedientos,
y, donde quiera que te halló, á tu paso
amontonó su lobreguez!
Entonces
te acompañaba tu feliz estrella,
de luz llenando el precipicio, el valle,
la selva, el ponto, la aterida puna,
por donde fueron tus triunfales marchas
de victoria en victoria.

Mas, un día,
cuando al curar con providente mano
ibas el mal del Colombiano Imperio
desde el asilo de tu hogar, la estrella
de tu divino horóscopo se puso,
y, abandonado á tu fatal destino,
caíste, en medio de la Selva Oscura,
al golpe de Caín....

Y proclama la excelsitud del prócer con aliento que, como el Tequendama, no decae, sube, sube hasta perder la gota en la pulverulencia del aire

Díme,
¿surgiste acaso de la Selva Oscura,
á espíritu inmortal?
¡Oh negro arcano!
¡Oh duda horrenda, que á nublarme vienes
cada vez que mi espíritu interroga
de lo futuro al inmutable cielo,
y evoca y llama del espacio oscuro
manes y sombras que mi mente viste
de luz y de esplendor! ¡Huye, oh tristeza!
¡Oh negación! ¡Desesperanza horrible,
huye!..................................
....

dice, y por fin termina así:

No el fin del irresponsable polvo,
que el Globo avienta en su girar eterno,
el alma tenga en que brilló la idea!....
Llore Caín en perdurable infierno,
y Abel en gloria perdurable sea!

El doctor Borja ha sido peregrino en las repúblicas centroamericanas, perseguido por las furias de los gobiernos hechos de la misma levadura del de García Moreno; pero le ha tocado

la suerte de regresar á la patria depurada de semejante maleza que, plegue á Dios, se extinguirá en nuestra América á medida que surja la buena planta del derecho y la libertad sostenidos por la instrucción.

Si el sabio pensador argentino dijo: *Gobernar es poblar,* podríamos parafrasear el pensamiento afirmando que *instruir es crear.*

César Borja hizo sus estudios de medicina en la Escuela de San Fernando de Lima y en esa Universidad optó su título de médico.

El caudal científico y literario que posee, fuera de los conocimientos profesionales, lo pone en línea con los mejores eruditos y filólogos de nuestros días.

Bajo este concepto se impone á las clases superiores como se impuso ya en el mundo del arte y del sentimiento.

El doctor Borja es incansable trabajador y las letras tienen mucho que recibir de su númen y de su inspiración.

Su gloria no pertenece al Ecuador sólamente; es astro de brillo intenso y alcanza á la América latina, en cuyos dilatados ámbitos se oye el clarín de la Fama entonando la alabanza del inspirado vate y del hombre científico que, cual la naturaleza al juntar el cuerpo y el alma, ha dado la fórmula de la vida, Borja ha reunido el idealismo poético á la realidad para

que surja el arte, palpitando la idea pintoresca en la hermosura de la forma.

El doctor César Borja pertenece al número de los predilectos de la diosa inspiradora del génio que inmortaliza al hombre.



JOSÉ JUAN BIEDMA.

Es el escritor que siempre aborda los temas serios. Sobre las páginas que escribe, doradas por la antorcha de la verdad, inclina la



frente la diosa inspiradora de todo bien, y de ahí que los escritos del señor Biedma sean recibidos con respeto dogmático y con entusiasmo patriótico.

Nació en Buenos Aires el 29 de Julio de 1864 y en su primera juventud ciñó la espada miliciana como defensor de los derechos del pueblo argentino.

Las huellas de la labor intelectual de José Juan Biedma las encontramos, así en las columnas de ese diario que convulsiona como en la revista que instruye recreando; en el libro que razona y convence; en la tribuna, donde el verbo enardece la voluntad, y en la cátedra en donde el profesor arroja á manos llenas la simiente que en la juventud fructifica y á la juventud enriquece.

Las colecciones de *El Tiempo,* diario fundado por el señor Carlos Vega Belgrano al calor del patriotismo y el desprendimiento y sustentado por la sávia de escritores como el doctor Ernesto Quesada, *El Tiempo,* decimos, guarda los bagajes de toda una batalla librada por Biedma con el pseudónimo de *Maipú,* en defensa de los intereses argentinos amenazados por la codicia chilena.

Miles de corazones argentinos palpitaron aceleradamente al escuchar la notable conferencia que dió el señor Biedma desarrollando el tema: «*¿Por qué nos odia Chile?*» y cuando el papel y el tipo llevaron por doquiera el eco de esa voz, por doquiera también la condena para la nación que turba la fraternidad, la honradez y

el progreso americano cayó como lava hirviente. Y, de zona en zona, se ha repetido: *¿Por qué nos odia Chile?*....

Igual importancia histórica y de actualidad tiene un juicio sobre la personalidad de Körner y su actuación en el escenario chileno.

Biedma no ha sido, no podía ser indiferente á las cuestiones del Pacífico.

Su opinión autorizada y el sentimiento de una personalidad encuadrada en la moral, están bien exteriorizados en la siguiente carta, del notable pensador argentino, con motivo que en ella misma se explica:

« *Señora Clorinda M. de Turner.*

Mi noble amiga:

Hónrame Vd. solicitando mi modesta opinión sobre el interesante trabajo de Carlos Paz Soldán, « El Perú y Chile », con motivo de la circular del Ministro de Relaciones Exteriores de éste país, Errázuriz Urmeneta, en que trata de explicar los verdaderos alcances (según él) de la odiosa nota que el plenipotenciario König dirigió en Agosto de 1900 á la cancillería boliviana « sosteniendo desembozadamente el prin-
« cipio de conquista en América y ser lícito
« hacer abstracción de los pactos internaciona-
« les cuando así lo requieren las conveniencias

« de uno de los contratantes, invocando para « ello, como razón magna y de justicia, el de- « recho que se deriva de la *supremacía de la « fuerza* ».

Se dirige Vd. á mí «por que en las horas amargas del ostracismo le hablo de patria y de fé»; y le agradezco me brinde Vd. tan espontáneamente y en tan solemnes momentos como los actuales, la oportunidad de reiterar una vez más la opinión que siempre me ha merecido ese pueblo de Chile, que el señor Urmeneta pretende presentar como *víctima,* siendo en realidad el único culpable y responsable de los males que vienen soportando sus vecinos, Bolivia, Perú y mi patria, desde muchísimos años há; pero al cual pone el señor Paz Soldán en el lugar que le corresponde, sin necesitar para ello de otros recursos que historiar el pasado con absoluta serenidad é imparcialidad de juicio. Y el pasado depone severamente contra Chile, que se ha singularizado entre todos los pueblos americanos por su carencia total de sentido moral y de honradez internacional.

Esta verdad inconcusa es la que resalta de las páginas del señor Paz Soldán; y que no ha de desvirtuar ningún chileno por talentoso que sea y por empeñoso en que ello se ponga, porque ya no es posible que perdure la mistificación y la mentira con que ha obtenido engañar á al-

gunos gabinetes por demás ingénuos y llevar la confusión ó la duda al ánimo de políticos ó diplomáticos poco avisados que comulgaron á su tiempo con *ruedas de carreta* que la insidiosa cancillería trasandina les ofreciera por hóstias consagradas. Á este respecto ya no caben dos opiniones fuera de los estrechos límites territoriales de Chile; y hoy es concepto general en América, y bien merecido por cierto, que aquel pueblo merece la repudiación de los que todavía creen en la justicia, respetan el derecho y observan los principios morales que elevan al hombre por encima de su extructura física.

Chile ha puesto desde los albores de su independencia nacional la fuerza al servicio de su insaciable ambición de expansión territorial y de hegemonia política sobre sus hermanas de Sud América; y en la prosecusión de este propósito no ha ahorrado medio ni recurso por repugnante que fuera, siendo los principales de que ha usado y que más eficientes le han resultado, la mentira y la insidia en el gabinete, la sorpresa y la deslealtad en el terreno de los hechos! De ello son deponentes autorizados, en todos los tiempos, su patria y la mía, Bolivia, España, Estados Unidos y cuántos por desgracia suya han tenido que controvertir con ese país.

De su lema ó divisa nacional *Por la razón ó*

la fuerza sólo le ha resultado útil y provechosa en sus manejos la segunda, de que ha encontrado cómodo hacer abuso; de la primera jamás hizo cuenta—y es necesario enseñarle alguna vez que no debe prescindir de ella, porque es justo que se someta á su imperio—y si no quiere aprender, enseñárselo por la fuerza ya que tan amante es de su empleo.

Ya no es posible, mi respetable amiga, sin perpetuar una injustificable vergüenza de las víctimas de sus manipuleos internacionales, permitir que continúe Chile siendo el árbitro de sus destinos ó el dispensador de su tranquilidad; es necesario, hasta por exigencia de nuestra dignidad, tan torpemente vejada, terminar con la situación de alarma ó violencia en que su diplomacia ha colocado á los tres pueblos aludidos, aparte de lo que atañe á los demás de Sud América, infiriéndoles perjuicios en su progreso y en sus intereses inmediatos y lejanos, tal vez más trascendentales que los ocasionados por la guerra misma. La eterna amenaza de un conflicto armado con la República Argentina, ha tornado la situación de ésta muy difícil, por la espectación y retraimiento de todos; ha alejado de su seno con ingentes capitales extranjeros la confianza de millares de hombres que en la paz cifraban su ventura y se han abstenido juiciosamente de jugar su porvenir á un

albur tan incierto; en tanto que obligaba á sus gobiernos á consumir sus propias rentas en una paz armada que pesa sobre el país como una montaña de plomo.

Y si esto no es cierto ¿quién y cómo explicará el por qué, la razón de ésta situación anómala y dificilísima en que se encuentran hace tantos años los colindantes con esa nación que tiene la conformación territorial de una culebra?

¿Es posible aceptar que Chile sea el único bueno y razonable y se hayan concitado la Argentina, Bolivia y Perú á hacerle daño, perjudicando sus intereses, atropellando sus derechos, desconociendo los respetos que todo pueblo soberano debe á otro y á sí mismo, convirtiéndole, en fin, en víctima de una confabulación odiosa, injustificable?

Es que esa situación que ha labrado Chile y que tan exactamente pone en relieve el erudito Paz Soldán por lo que se refiere á Perú y Bolivia, es la resultancia lógica de sus actos, de sus procederes vandálicos, de su insaciable voracidad de riqueza y poderío que ha de satisfacer con perjuicio de su propia honra dejada en girones en el camino del salteo, y á costa de la propiedad de los vecinos cuya posesión ambiciona á título de ser más fuerte.

El señor Paz Soldán, en su patriótico folleto, pinta á Chile asaltando las riquezas del Perú y

Bolivia: se limita á esbozar su criminal actuación en el Pacífico. Bien podía haber completado el ominoso retrato moral del victimario de su noble patria, agregándole los detalles de sus increibles pretensiones sobre el Atlántico, de este lado de las altas cordilleras que fijan el límite infranqueable de su propiedad.

Y en efecto: Si Perú y Bolivia sufren las consecuencias de la inclinación rapáz del cóndor que anida en las anfractuosidades de los Andes, mi patria no ha sentido menos los efectos de esa pasión por lo ageno, que caracteriza al pueblo de los Carrera. Para demostrarlo basta recordar en pocas líneas la historia de sus pretensiones sobre la propiedad argentina y ella dirá si es ó no justificado el cargo de alimentar tan desenfrenados apetitos:

Allá por los años de 1843 ocupa Chile por la primera vez un puerto nuestro en el estrecho de Magallanes. Llamábase puerto «Famine» y sus ilegítimos ocupantes denomínanlo «Bulnes». Á la reclamación del gobierno argentino responde avanzando cuatro años después hasta «Punta Arenas» y declara, también por primera vez, su derecho á toda la región del estrecho. Apremiado por nuestro gobierno á justificarlo ¿qué responde?.... ¡que se crée dispensado por el momento de exhibir los títulos en que lo funda!!

En 1868 pretende, por el órgano de su ministro Lastarria, que se divida la Patagonia de norte á sud desde la bahía de San Gregorio hasta el Río Negro, adjudicándose como suya la parte comprendida al occidente de ésta línea.

En 1872, con motivo del descubrimiento de depósitos huaneros y carboníferos en la costa del Atlántico, reclama como suyo hasta río Gallegos; pero en 1873 se sabe que la verdadera riqueza de estos productos está más al norte y entonces declara que sus *límites naturales* son en el río Santa Cruz.

Tres años después, 1876, declara definitivamente que es suya toda la Patagonia y el actual territorio del Neuquen; y llega á ejercer actos de jurisdicción en Santa Cruz, que fueron enérgicamente protestados por el gobierno argentino.

Ahora, como Vd. sabe, nos disputan la línea de las cumbres pretendiendo descender á los valles orientales de los Andes; y han obtenido que sometamos la cuestión al arbitraje de un poder extraño, que es obtener lo que yo conceptué ingénuamente un imposible.

Después de todo eso ¿qué opinión puedo tener del interesante trabajo del señor Paz Soldán? Que él viene á robustecer con una pieza más el tremendo proceso que tres pueblos hon-

damente agraviados han incoado al pueblo de Chile ante la opinión del mundo civilizado, proceso que debió terminarse definitivamente hace mucho tiempo, por estar agotada la prueba en forma tan abrumadora que el acusado ha quedado en evidencia ante ese supremo tribunal....

Ahora sólo resta dejar que los sucesos se desarrollen.

Vd. sabe que yo creo en la fatalidad del choque.

Chile, á pesar de todo, estirará la mano. ¿Lo dejaremos incautarse de Tacna y Arica? No lo sé.

Sólo sé, que si de mi voluntad hubiera dependido, hace muchos años que el pueblo argentino le habría dicho al chileno: «*de aquí no pasarás*».... y no habría pasado!

Acepte mi noble amiga las seguridades de mi profunda y respetuosa estima.

JOSÉ J. BIEDMA.

S/c. Abril 23 de 1901.

Pocos son los escritores que aventajen á Biedma en la fecundidad de producción y la calidad de ésta. Á partir de 1884, lleva publicados hasta finalizar el año 1901, cincuenta y cuatro libros, entre opúsculos, biografías y juicios históricos.

Entre las biografías que la pluma de Biedma ha trazado, se descatan por su precisión, belleza é importancia, la del teniente general don Bartolomé Mitre, el venerado del pueblo argentino; la del general don Tomás Iriarte, del coronel don José de Olavarría, de Juan Bautista Alberdi, los generales Gregorio Aráoz de la Madrid y Lorenzo Wintter. Con el rubro *La mujer argentina* ha hecho un estudio acabado de la actuación que en la guerra magna tuvo la mujer y ha puesto de relieve con cincel delicadísimo las virtudes de las matronas argentinas que contribuyeron á la emancipación de la patria.

La causa de la libertad de Cuba, como todas las buenas causas, tuvo en Biedma su caluroso defensor, y, para coronar tan perseverante trabajo intelectual, dió comienzo al *Diccionario Biográfico Argentino,* en colaboración del reputado y erudito escritor don José Antonio Pillado, obra que requiere el aliento y la perseverancia de estos autores que se han ligado para mejor labrar la glorificación de la patria en cada nombre glorioso.

Si hiciéramos biografía, tendríamos á nuestro alcance toda una mina de valiosos merecimientos para exornar el nombre de José Juan Biedma, siquiera á la altura que en la *Revista Nacional* lo ha colocado el erudito y por tantos

títulos respetable escritor Rodolfo W. Carranza. Pero, nuestros apuntes no abarcan las proporciones de una biografía.

Catedrático del Colegio Nacional en Buenos Aires, regenta la clase de Historia Argentina, y sus merecimientos lo han llevado en temprana edad al honroso puesto de Subdirector del Archivo Nacional.

Hijo de ilustre cuna, responde como ciudadano, como padre de familia, como amigo á la gloriosa tradición de sus antepasados; y si las naciones tienen derecho á sentirse orgullosas de sus hijos, la Argentina, madre de tantas notabilidades, no estará poco satisfecha de ésta que ofrenda en sus altares el fruto de una labor honrada y constante.

SANTIAGO ARGÜELLO (HIJO).

La República de Nicaragua, que es fecunda en ingenios, cuenta entre sus preclaros hijos al doctor don Santiago Argüello, hijo del



caballero del mismo nombre que es tronco de respetable familia.

Desde muy joven ha descollado el doctor Argüello entre los cultores de la gaya ciencia.

En compañía de otros escritores contemporáneos suyos fundó *El Ateneo Nicaragüense,* revista mensual en la cual colaboran casi todos los ingenios contemporáneos y se inician los de la generación nueva. Alejados como estamos geograficamente, es sólo al intercambio de esta clase de revistas á que debemos el conocimiento recíproco de los escritores que constituyen el pensamiento de América, y es en las páginas de *El Ateneo Nicaragüense* en donde hemos conocido, entre otros, á Remigio R. Carzo, Francisco Paniagua Prado, José A. Reyes, Máximo H. Zepeda, Edmon H. Palacio, Nicolás Paniagua Prado, Daniel Gutiérrez Navas, J. Ramón Sevilla, Luis H. Debayle, Moisés Burios, Felipe Ibarra, Leonardo Lacayo, Alberto Santos, Gonzalo Pérez, Juan R. Guerra, J. Constantino Hernández, Alfonso Valle y algunos más, al lado del escritor y poeta Santiago Argüello de quien estamos ocupándonos. El estilo del doctor Argüello es pomposo, atrayente. Como bien dice su crítico doctor Paniagua Prado, «se vale de su rica fantasía para delinear paisajes que son cuadros de belleza y panoramas expléndidos, que lucen sus tonos multicoloros en un conjunto uniforme de giros atrevidos y sorprendentes».

El libro de poesías que titula *Primeras Ráfagas,* no es menos importante que *Siluetas Literarias,* que pronto fueron seguidas por el tomo titulado *De tierra cálida.*

El doctor Argüello ha impreso á su producción literaria una marca de fábrica original ocupándose de asuntos pastoriles, agrícolas si se quiere. Esto no impide el que penetre á los alcázares de la aristocracia en el arte para cantar á Campoamor con la delicadeza de las siguientes estrofas:

¿Coronado Campoamor?
Á fe que es gran bizarría.
De darle un trono, sería
El cáliz de alguna flor.
Para él, perfume y color,
Son los cármenes sus salas;
Del iris lleva las galas,
Y, como gasa luciente,
La frágil y transparente
Filigrana de sus alas.

¿Qué sabe de cetro ó ley
Quien sólo vivió entre flores?
¿Firmará versos de amores
La austera pluma del rey?
Ese de la aúlica grey
Delicias mil atesora;
Su labio cortez enflora,
Aunque punzador maltrate,
Y tiene acentos de *abate*
Su fabla murmuradora.

Á una chica alegre y fresca
Tal corona hacer le toca;
Chica que lleve en la boca
Una canción picarezca.
¿La corona? Pintoresca,
De olientes ramos espesos,
Hecha por labios traviesos
Con mil rosas encendidas:
Rosas ardientes, nacidas
En el rosal de los besos.

Que esa chica, cuando suba,
Lleve al trono labios rojos,

Y prendidos en sus ojos,
Luminosos granos de uva;
Muestre su pecho que incuba
Dulce y rítmica parvada;
Como una endrina cascada,
Caigan sus rizos sedeños,
Y entre los labios risueños
Sangre la roja granada.

Y que el rey tenga una corte
Do su alado verso de oro
Beba el melífluo tesoro:
Morenas de regio porte
Y palideces del Norte.
Vuelen canciones, á guisa
De mariposas; de prisa,
Corran las ninfas á verlas,
Regando sartas de perlas
En explosiones de risa.

Tal sea: jovial mansión;
De Apolo el regio estandarte;
Todos los fieles del Arte
Elevando su oración;
El son de la lira, el son
Del aplauso que la anima;
La luz dorando la cima,
Muy lejos de allí el Encono....
Así mandará en su trono
El viejo rey de la rima!

Los consagrados de la popularidad francesa, invasores de América tras el tamiz de la traducción mala ó buena, han merecido también la atención de Argüello que, en sus *Siluetas* literarias diseña con mano firme la producción y el productor. En reciente viaje á Europa ha enriquecido su cofre de artífice creador, y pronto quizá, veremos los frutos de sus observaciones.



CARLOS VEGA BELGRANO.

La sangre batalladora del abuelo materno palpita en su labor de diarista independiente, mientras que la educación recibida en Ale-



mania sujeta sus nerviosidades para producir, friamente, artículos de índole sociológica ó filo-

sófica destinados al libro ó á la revista doctrinaria.

He podido estudiar en él un temperamento que ofrece doble faz. Ya es el pulcro y delicado caballero de salón donde al roce del guante blanco prodiga las exquisiteces del ser culto, ya el duelista de pulso firme que así sirve de padrino como esgrime él mismo el florete en asalto provocado.

En atenuación á esto último, que es resultante de las tonicidades que da el clima frío á los temperamentos delicados, está un corazón rebosante de nobleza, interesado en todo momento por el bien ajeno.

El celebrado pintor de las fisonomías de notabilidades francesas, TIMON, al hacer el diseño de Casimir Perier dice: «Ya contemplamos esa alma suave que á fuerza de benignidad parece débil y luego al romano, pero, de los mejores tiempos de la antigua Roma; honrado sin ostentación ni gazmoñería idealizándose en los santos transportes de la libertad, alzándose de hombre á hombre de cólera á cólera». Parece este el diseño moral del periodista Carlos Vega Belgrano, de estilo conciso, de frase ya sagaz, ya incisiva, pero siempre galante con las damas, en quien jamás encontramos al humilde ni al orgulloso sino al verdadero. Como escritor, como caballero, siempre á la altura de su misión social.

Bien sabe que el periodismo con una nota, con una frase, puede producir las derrotas ó señalar las victorias, y por eso es que se adiestró en ser timonel para que no zozobre la nave á su pericia confiada, y su nave, *El Tiempo,* hoy surca por los ignotos mares del aprecio público.

Cuando arribé á Buenos Aires el año de 1895, hacía pocos meses que el señor Vega Belgrano había fundado *El Tiempo,* y fué éste el primer diario al cual debí la atención de la visita de su reporter, que por entonces lo era el doctor don Miguel Angel Garmendia, hoy digno juez letrado del Neuquen.

Conocía los *Pensamientos* del escritor argentino publicados en edición de todo lujo, había leído sentencias de una *realidad vivida;* y el culto que rendía á la memoria del general don Manuel Belgrano, abuelo de don Carlos, fueron los dos impulsores de la simpatía que vino afianzándose conforme penetraba las profundidades de su espíritu en nada indigno de su abolengo.

Su labor literaria no me fué difícil conocer, porque en la Biblioteca Nacional obtuve un verdadero caudal de producción en diferentes periódicos de carácter científico, artístico ó literario.

Después admiré y aplaudí la entusiasta cooperación que Belgrano daba al *Ateneo* de Buenos Aires, á extremo de costear de su propio

peculio alquileres por el local. La fundación misma de *El Tiempo* no obedecía á otro objetivo que el de contribuir á la causa nacional con la creación de un órgano reflector de los principios sustentados por el partido Radical.

La fortuna del abnegado diarista le permitía desembolsar semanalmente sumas crecidas para la conservación de ese faro que hoy es ya una necesidad creada á las exigencias del público ávido de la información honrada y rápida; ganoso de la defensa de los bien entendidos derechos del pueblo argentino.

¡Cuán pocos son los hombres que así emplean su fortuna, apartándose del club, de la ruleta y de la vida ficticia, del oropel mundano!

Hace poco que en la Capital Federal se ha realizado un torneo intelectual, el primero de su índole verificado en la América del Sur.

Me refiero al Congreso de Periodistas. Pues, la iniciativa y la realización pertenecen á Carlos Vega Belgrano, secundado por esforzados campeones como el doctor Manuel Carlés, Alberto Gache y otros, y cooperado por todos los periodistas que en la República actúan.

No quiero analizar los alcances ni los resultados positivos de éste Congreso, pero encuentro en él toda la luz que brota de la discusión y el beneficio que la sociedad reporta del acercamiento personal de los apóstoles y mártires del

periodismo, que hoy todo lo abarca, todo lo condensa y regula hasta ser factor dirigente de la voluntad del pueblo. Moderno Proteo, el periódico, es dardo que penetra, bala que atraviesa, hacha que derriba, baba que inficiona, llama que incendia, lodo que mancha, crisol que depura, trueno que lleva el terror, luz que ilumina á la gloria, voz que arrulla á la justicia y al derecho.

Serían suficientes las líneas que llevo trazadas para hacer de todo punto interesante la silueta del Director de *El Tiempo,* pero todavía debemos encontrarlo en infinidad de sociedades científicas y literarias del país y extranjeras, afanoso de contribuir al acrecentamiento de la luz, alma del progreso.

Y, en medio de todo, una modestia personal de tal naturaleza, que, si afianza la simpatía de los unos impone el respeto en los otros, y arrastra la popularidad de que con justicia goza el preclaro escritor, diarista y pensador argentino.

No hace mucho tiempo que el Ateneo de Lima, á propuesta del Presidente doctor don Ricardo Heredia, elegía, por unanimidad de votos, socio honorario al señor doctor don Carlos Vega Belgrano, acercando así á la masa intelectual peruana al que, altruista por ideas, supo ser peruano de corazón en las horas en que se discutía la

ardua cuestión de Arica y Tacna, retenidas por Chile en virtud de *la razón de la sin razón.*

A menudo presencia la sociedad bonaerense rasgos característicos de la caballerosidad de Vega Belgrano; uno de los recientes que merece consignarse, es el banquete con que *El Tiempo* obsequió á los periodistas brasileños que con el presidente Campo Salles visitaron á la populosa Buenos Aires.

Este fué rasgo típico de iniciativa privada que puso de manifiesto ante los colegas fluminenses el grado de cultura social y la solidaridad que existe en el personal del periodismo argentino, diseminando su pensamiento poderoso por todos los pueblos de orígen latino.

ABRAHAM Z. LÓPEZ PENHA.

El galano pensador que ha proyectado ya mucha luz sobre su patria, Colombia, y ha extendido sus irradiaciones á este lado del pla-



neta, es un cerebro poderosísimo, que con igual soltura escribe en el idioma inglés, en el portugués, en el fráncés que en el suyo, el castellano.

No hay revista de cierta importancia en donde

no aparezca la firma de Abraham Z. López Penha, patrocinando la concepción que deleita é instruye.

En Barranquilla fundó y sostuvo por varios años la *Revista Azul,* verdadero ramillete de flores literarias y punto de cita de los escritores americanos.

A esta, que llamaríamos labor dispersa, vino á imponerle carácter de firmeza, su libro *Cromos* y *Camila Sánchez,* novela de costumbres colombianas profusamente ilustrada por José Cabrinety que ha discernido á su autor la palma del triunfo en este difícil girón de la literatura, explotable sólo por los elegidos de la perseverancia y del talento.

Tenía anunciada además, la publicación de tres libros, con los siguientes títulos: *Reflorescencias, Recuerdos y Fantasías,* y otra novela *Innominata.*

Abraham Z. López Penha atrae sobre sí la atención de los hombres de letras por su fecundidad de producción y por su independencia de juicio.

Pertenece al partido liberal de Colombia, en donde las raíces de la vieja doctrina están hondas, muy hondas; y los esfuerzos de los que pugnan por desatar las ligaduras é impulsar el progreso tienen que ser redoblados.

Á López Penha siempre lo encontramos ani-

moso en la pelea, y su alma noble no desmaya en ese afan de buscar la luz para alumbrar los antros donde gime la ignorancia.

Particularmente le debemos algo que no se olvida. Cuando Daniel cayó, vencido por la guadaña implacable, el poeta colombiano supo, desde lejos, mezclar su pena á nuestro dolor trazando las siguientes líneas que recogemos como una lágrima de la fraternidad:

Á DANIEL MATTO.

EN SU MUERTE.

Triunfante y animoso
Rindió el joven atleta generoso
La espada al postrer fallo del destino.
La Patria le saluda. El peregrino
Pasa y se inclina reverente, y dice:
—¡Hasta la vista, hermano!—
Y le estrecha la inerme, helada mano;
Y llora y en silencio le bendice.

ABRAHAM Z. LÓPEZ PENHA.

Barranquilla, 1895.

Las condiciones de interdicción en que nos encontramos los habitantes del Plata con los de Colombia y Venezuela, á causa de la convulsión política que por allá reina, con menoscabo de la corriente de paz y altruismo que se impone, hacen que no conozcamos la producción literaria de López Penha, posterior á la publicación de su novela *Camila Sánchez,* y, dada su labo-

riosidad, atendida su vocación, no dudamos de que mucho nos espere, fuera de lo ya anunciado, para el día en que tengamos comunicación franca y por allá reine la paz, inpulsora de la grandeza.



JOSÉ B. ZUBIAUR.

Su nombre está grabado con letras de luz en el ritual de la educación nacional.

Es de los primeros en el apostolado de la instrucción y ya autoridad en la materia.



En estos momentos desempeña en los Estados Unidos de Norte América, una importantísima comisión del Gobierno y del Consejo Nacional de Educación, estudiando en los principales centros de la gran República los adelan-

tos realizados durante los últimos cinco años en la instrucción primaria y educación profesional.

Desde que llegó á Búffalo ha comenzado á enviar datos preciosos en los que va amoldando las prácticas *yankees* á las de la República Argentina. Todo el acopio que hace el doctor Zubiaur con esa tenacidad de labor y con esa moralidad de temperamento que posee, tiene que ser semilla fructífera en el suelo argentino, fértil para todo lo bueno y lo grande.

Poco tiempo antes de emprender este nuevo viaje que de tan provechosos resultados va á ser para el problema de enseñanza, el doctor Zubiaur entregó al magisterio uno de sus meditados libros, y con tal ocasión escribimos y publicamos en nuestra revista los siguientes conceptos que íntegramente los transcribimos, puesto que ellos podrán reflejar mejor que otro diseño de actualidad la silueta del educacionista y profundo pensador.

Dijimos en aquella vez:

«EL DOCTOR JOSÉ B. ZUBIAUR. — SU LABOR EDUCACIONISTA. — SU ÚLTIMO LIBRO.

Acabo de doblar la última página de las 422 que contiene el notable libro *La Enseñanza Práctica é Industrial en la República Argentina,* y al terminar tan interesante lectura he sentido que los espíritus de los Alberdi y los

Sarmiento flotan, cual gallarda carabela, en los mares de la idea orillados por el bienestar de la humanidad.

El doctor don José B. Zubiaur, autor de este libro, verdadera competencia en materia educacional, ha hecho su carrera desde soldado raso en estas gloriosas filas que ganan batalla tras batalla á la ignorancia, sin otra arma que la difusión de la luz; y como técnico, ha venido demostrando que el ciego intelectual necesita el mismo tratamiento que el ciego físico: ni al uno ni al otro hay que darle de golpe las claridades del sol meridiano; la prudencia preceptúa infiltrar los vivíficos rayos progresivamente, y de aquí deriva la necesidad de la vocación en quien se alista entre los sublimes apóstoles que tienen por maestro á Cristo y llevan la consigna dada por Él, que puede sintetizarse así: Enseñar al que no sabe, dignificar el trabajo, hacer á la libertad madre de la personalidad humana, pues sólo es verdaderamente libre aquel que se basta á sí mismo.

La creencia que tenemos en América de que sólamente la Europa suministra conocimientos capaces de innovar, con provecho, la sociedad y dar buenos rumbos á la instrucción, impulsó sin duda al doctor Zubiaur á su gira por el viejo mundo; y sus observaciones en el campo de acción, las disquisiciones de su espíritu, parango-

nando aquello con esto, sus anhelos exquisitos para esta noble y grande patria argentina; todo tuvo su momento revelador en el mágico espejo de la prensa, que tras la imágen del autor refleja la obra magna emprendida con honrados propósitos.

No pretendo seguir en su camino de ascensión al educacionista abnegado ni al padre de familia ejemplar; no juzgo, tampoco, al veterano del ejército liberal: emito una opinión con el aprecio que despiertan las causas nobles en que está interesada la humanidad, tal como la de instrucción, y conociendo la importancia que en sí tiene el exhibir la hoja de servicio, antes que las condecoraciones, insertaré la lista de las obras publicadas por el doctor Zubiaur: «La protección del niño»; «La prevención del crimen por medio de la educación y corrección de la infancia»; «Quelques mots sur l'instruction publique et privée dans la République Argentine»; «La sección escolar francesa de instrucción primaria en la Exposición Universal» (1889); «La escuela primaria en Francia» (1899); «Bernardino Rivadavia»; «Alberto Larroque»; «Marcos Sastre»; «El Colegio Histórico»; «El trabajo manual en el Colegio Nacional del Uruguay»; «Saldando una deuda» (documentos históricos); «Excursiones escolares»; «Educación Patriótica»; «Cómo educa Gertrudis á sus

hijos» (primera traducción de Peztalozzi); «La Educación Industrial» (traducción del inglés de Larrol D. Wright); «Colegio Nacional del Uruguay» (síntesis de siete años de rectorado). Agréguese á esto los discursos y las alocuciones en distintas actuaciones escolares y se tendrá la suma del esfuerzo intelectual del doctor Zubiaur.

Y bien. De condecoraciones he hablado; y ellas las resumo en las tres siguientes: Rector del Colegio Nacional del Uruguay, Inspector de Colegios Nacionales y Escuelas Normales y vocal del Consejo Nacional de Educación.

Como rector supo demostrar los profícuos resultados de la educación práctica simultánea con la teórica, doctrina para mí querida; porque entra en mis ideales de enseñanza como baluarte indispensable para la felicidad del individuo, de la familia y de la patria.

Estas líneas destinadas á las columnas de un periódico, tienen que ser fiscalizadas en su extensión, por la prudencia, y ello me obliga á limitar mis apreciaciones sobre el último libro del doctor Zubiaur.

«La Enseñanza Práctica é Industrial en la República Argentina» es un estudio concienzudo y paciente de la historia, los medios y resultados de aquella enseñanza, abarcando el exámen de lo que, por influencia de la raza, pasa

en las naciones sudamericanas, y reforzando el criterio propio con magistrales trascripciones, que vienen á interesar el contingente que el doctor Zubiaur aporta al monumento de la grandeza de la Nación por medio de sus hijos industriales instruidos, incoando el pensamiento de que «*La educación común cambia de fines y de medios según los tiempos, así como el hombre cambia de ideas, hábitos y costumbres, según sus edades*».

La altura, pues, que ha marcado el termómetro popular al calor de las exigencias en la lucha por la vida, hace que los educacionistas dirijan sus esfuerzos hácia el fin salvador, en la vorágine del pauperismo, oscura sima de la que aún los doctores no están lejos, porque, no habiendo industrias florecientes é industriales acomodados, no hay tampoco quien sustente el escritorio ni acuda al consultorio de los privilegiados en el reparto de las aptitudes humanas.

«La Enseñanza Práctica é Industrial en la República Argentina», es un libro llamado á reaccionar el pensamiento lánguido y la acción enervada de nuestros hombres honestos de la América del Sud; señala horizontes de bonanza en el porvenir de la República Argentina y refleja luz de gloria sobre la frente del autor.



TERESA ANTÚNEZ ESTRADA.

MUCHOS escritores, historiadores y sociólogos se han ocupado de la influencia que ejerce la mujer en la obra de la civilización y también en la del estancamiento del progreso humano,



pero, muy pocos la estudian bajo el punto de la acción directa.

Tenemos á las mujeres de Cochabamba y á las de Tucumán y Salta; recordamos á Policarpa Salavarrieta y María de Bellido en la guerra de la independencia; y en el corazón de

cada héroe hallaríamos tal vez el alma inspiradora de sus hazañas envuelta en las faldas de seda de la mujer amada.

La señorita Teresa Antúnez Estrada es casi niña y, al lado mismo de Evangelina Cisneros, la mártir de Pinar del Río, pasará á la posteridad con el título de colaboradora de la libertad de su patria.

Si nuestra madre común hubiese escuchado el consejo del ilustre Pí y Margall—*¡madre, emancipad á Cuba!*—cuántas escenas de sangre habríanse economizado sobre la tierra vírgen.

Esa resistencia reacía de la madre para dar á Cuba lo que á nosotros mismos nos negó en la edad de la emancipación, hizo, pues, que en la Antilla predilecta, el arado se trocase en fusil de insurrecto y la aguja del hogar en lanza defensora.

Las mujeres de Cuba acudieron á la creación de clubs patrióticos en dos formas; unos para socorrer á los heridos, otros para procurar vestuario y equipo á los *insurrectos.*

La esposa de uno de los generales fué una de las primeras que estableció un club con el nombre de su esposo *Antonio Maceo,* y la señorita Teresa Antúnez Estrada la servía de secretaria. Después vino el Club *Evangelina Cisneros* con la misión de socorrer á los heridos, y Teresa Antú-

nez Estrada fué elegida presidenta acompañada por Clara Varela como vice-presidenta; América Chávez Milanes, tesorera; Rosa Callejas, secretaria, y vocales Carlota Varona, Lola Corbizón y Candelaria Calas.

Después se organizaron los siguientes, en los que la señorita Antúnez no dejó de colaborar eficázmente: «Emilio Núñez», «Mercedes Varona Nº 2» y «Discípulas de Martí».

Teresa Antúnez Estrada desciende de las más antiguas familias de Bayamo, está vinculada con altas personalidades que brillan en el mundo político y social, de espíritu cultivado en el cosmopolitismo de los viajes, es una figura interesante, según las palabras de *El Fígaro de la Habana,* al hablar de ella; entre nosotros tiene un tío materno y dos hermanos distinguidísimos en la colonia cubana.

Su belleza de mujer y su arrojo de inocente niña, que desconociendo todo peligro no lo teme, han hecho notable y querido el nombre de la señorita Teresa Antúnez Estrada así como de las jóvenes compañeras con las que se multiplicaba para llenar los deberes que se había impuesto.

Hoy que, al fin, Cuba puede respirar el aire de la libertad y cantar bajo la bandera de la estrella los nombres de las organizadoras de clubs y ambulancias, serán símbolo de gloria

para el pueblo cubano, y los poetas ya no entonarán los melancólicos cantares de Manuel S. Carballo en rimas como ésta:

ERRANTE.

Id á los bardos lánguidos que os aman
Oh hermosas que buscais dicha y amor;
Las lágrimas del pueblo me reclaman
Y es mi lira, la lira del dolor!
Rendid el alma tierna á la armonía
De los coros que entonan el placer,
Mientras ruge buscando la voz mía,
Maza implacable, la cobarde sien!
Persiguiendo el encanto y los amores
¡Oh hermosas que soñáis entre la luz,
Besadas por amantes trovadores
Coged las rosas bajo el cielo azul....
Dejad pasar al bardo que en su pecho
Á la justicia levantó un altar.
Sólo tengo un amor, es el derecho.
Y una amante: la austera libertad!

Cantarán la Patria libre, el trabajo, la justicia y el amor.

PORCELANAS.

LAS OBRERAS DEL PENSAMIENTO

EN LA AMÉRICA DEL SUD.

(Lectura hecha por la autora en el Ateneo de Buenos Aires, el 14 de Diciembre de 1895).

I.

CABALLEROS, SEÑORAS:

LA bondad, que da alientos tan gratos como aroma los juncos de la pampa, y no el merecimiento científico ó literario, me franquea los escalones de esta tribuna, desde donde se han desarrollado temas ilustrativos para la humanidad y de vital interés para el adelanto intelectual argentino.

Invitada por el muy digno presidente del Ateneo, señor Carlos Vega Belgrano, para dar una conferencia pública, no podía responder á tan honrosa distinción de otra manera que, aceptándola con la expresión de una voluntad diligente.

Nada nuevo traigo.

Mujer, é interesada en todo lo que atañe á mi sexo, he de consagrarle el contingente de mis esfuerzos que, seguramente, en el rol de la ilustración que la mujer ha alcanzado en los postrimeros días del siglo llamado admirable, será un grano de incienso depositado en el fuego sacro que impulsa el carro del progreso, y, aunque éste no producirá la columna de luz que se levanta en los Estados Unidos del Norte, pretendiendo abarcar la América, él dará, siquiera, la blanquecina espiral que perfuma el santuario.

II.

Á semejanza de los *Sannyassis-Nirwanys* de los Vedas, que enseñaban en voz baja, en las criptas de los templos, plegarias y evocaciones que jamás se escribieron, la mujer, silenciosa y resignada, cruzó barreras de siglos repitiendo apenas, con miedoso sigilo, las mágicas palabras: libertad, derecho.

Así como del choque de la piedra pedernal y el acero brota la chispa, al golpe de dos martillazos, uno en el Gólgota, otro en la Bastilla, centelló la luz para la causa de la mujer, quedando en la ceniza del obscurantismo las cadenas que sujetaban su cuerpo y embrutecían su alma.

El cristianismo, con su antorcha novadora, despidió las tinieblas, y en las róseas claridades de la nueva era, apareció Jesús, quien, no permitiendo que se prosternara á sus pies la pecadora de Naim, practica la doctrina que enseña. El filósofo Dios de la dulce mirada y de túnica inconsútil, patrocina los derechos de la mujer, destinada á ser la compañera del varón, y, como la llama Jacolliot, descanso del trabajo; consuelo de la desgracia *.

Su causa, empero, ¿quedaba triunfante al pié del árbol simbólico donde cayeron, como perlas de Oriente, las lágrimas de la enamorada de Magdala?

¡No!

Los obscurantistas, los protervos y los egoistas interesados en conservar á la mujer como instrumento del placer y de obediencia pasiva, acumulan el contingente opositor; la cámara obscura para lo que ya brilla con luz propia, sin fijarse en que, de la desigualdad absoluta entre el hombre y la mujer, nace el divorcio del alma y del cuerpo en lo que llaman matrimonio, esa unión mónstruo cuando no existe el amor.

La lucha se inició.

Por una parte batalla el Egoísmo, vestido

* Bible dans l'Inde.

con las ya raídas telas de la reyecía y el feudalismo; por otra, la Razón, engalanada con los atavíos de la Libertad y alentada por la Justicia.

Lucha heróica entre lo viejo y lo nuevo: de la noche con la alborada, bajo el cielo republicano.

El último martillazo dado por los hombres de blusa rayada en los alcázares monárquicos, decidió el asunto, echando por tierra el carcomido edificio, y, de entre las ruínas del pasado oprobioso, aparece la figura de la mujer con los arreos de la victoria, alta la frente, alumbrada por los resplandores de la inteligencia consciente; fuerte el brazo por el deber y la personería.

Surgen también espíritus retemplados con el vigor de los cuerpos sanos, que, estudiando la naturaleza y condiciones sociales de la época, comprendieron que postergar la ilustración de la mujer es retardar la ilustración de la humanidad; y nobles, se lanzan como paladines de la cruzada redentora.

En nuestro planeta, todo tiene que regirse por las leyes de la Naturaleza; por ellas el débil busca la protección del fuerte. La gota de agua vive de la nube; la nube de la mar. «La endeble enredadera busca la tapia para trepar, el tronco del árbol para circundarlo». La mujer necesitaba el concurso del cerebro masculi-

no para que, sirviéndole de guía, la condujera á la meta anhelada.

Ya tenía apoyo en el corazón del hombre ilustrado. La nube negra que escondía el astro de la personalidad de la mujer, vino á disiparse con la proclamación del principio sociológico: el trabajo con libertad, dignifica; el trabajo con esclavitud, humilla.

Las palabras del erudito tuvieron eco de repercusión simpática en la patria donde se rinde culto á esa libertad invocada en el altar de la igualdad.

Si queréis reinar sobre cuerpos de esclavos y sobre conciencias embrutecidas — dice el autor que cité antes — hay un medio de sencillez sin igual que nos muestra la historia de las épocas vergonzosas: degradad á la mujer, pervertid su sentido moral y pronto habréis hecho del hombre un ser envilecido, sin fuerzas para luchar contra los más sombríos despotismos, porque la mujer es el alma de la humanidad!

Pero bién.

La redención de toda esclavitud, el triunfo de toda idea grandiosa, han necesitado de sangre, como si el licor de la vida del hombre fuese el abono que los fructificara; sólo la causa de la ilustración de la mujer no ha necesitado más que paciencia, con el heroísmo del silencio, y después, audacia sobre el pedestal de la perseverancia.

En estas condiciones se sembró la semilla que, germinando durante tan enorme lapso de tiempo, brotó y se desarrolla, con proporciones gigantescas en el terreno fértil de nuestra América

Hoy, puede afirmarse que es ya el árbol fuerte como los cedros bíblicos, bajo cuya fronda trabajan millares de mujeres productoras, que, no sólo dan hijos á la patria, sino, prosperidad y gloria!

Estas son LAS OBRERAS DEL PENSAMIENTO, de quienes voy á ocuparme en seguida.

III.

No buscaremos en la patria de Washington el lago plácido para beber las noticias sobre el progreso intelectual de la mujer americana; que allá todo es grandioso, y, más de cuatro mil empleadas en el servicio civil del gobierno, más de tres mil periodistas, escritoras y traductoras; cerca de cuatro mil empleadas en las notarías, en los bancos y casas comerciales, y todo el cuerpo docente educacionista del estado, fuera de las que ejercen la cirujía y la medicina, nos dirían, parafraseando á Miss Alice Mc. Guilleway: el puente levadizo que cerraba la entrada de la mujer al palacio encantado del saber,

del trabajo y de la fortuna, ha caído derribado para siempre por las exigencias de la época y la protección de los hombres.

El ilustre Bolet Peraza agregaría: escuelas, talleres, universidades, académias, cortes, tribunales: por todas partes la mujer en actividad fecunda. No hay que alarmarse por ese estallido de la antigua costra social que se resquebraja.

Es que la mujer toma posesión de sus derechos.

Es la sociedad que se perfecciona.

Es la humanidad que se completa.

Concentremos nuestra mirada hácia las repúblicas de sur y centro de América: son las que más de cerca interesan á nuestra raza y á nuestro idioma.

Para ocuparnos, de una vez, del estado de la ilustración de la mujer americana, la buscaremos en aquellas que, porta-estandartes de la legión empeñada en la gran evolución social, han desafiado, desde la ira alta, hasta el ridículo bajo, para ir siempre adelante con la enseña civilizadora.

Me refiero á las mujeres que escriben, verdaderas heroínas que, con el valor de Policarpa Salavarrieta, aceptando la muerte antes que delatar los secretos de su patria y con la convicción de los mártires en la verdad de la obra,

luchan, día á dìa, hora tras hora, para producir el libro, el folleto, el periódico, encarnados en el ideal del progreso femenino.

Y ¿con qué aliciente?

La gloria. Oh! la gloria, que casi siempre arroja sus laureles sobre el ataúd, donde han caído derribadas por el hambre del cuerpo ó los supremos dolores del alma!

No importa!

Con la planta herida por los abrojos del camino y la frente iluminada por los resplandores de la fé en los destinos humanos, ellas, las obreras del pensamiento, continuarán laborando.

IV.

La República Argentina, que tiene héroes de la guerra magna, porque sus madres supieron amamantarlos con el seno de las espartanas, habrá de enorgullecerse también de ser la patria de Juana Manuela Gorriti, muerta hace tres años, después de haber ilustrado su época con multitud de libros cuyo número me excusa de la enumeración. Juana Manuela, rodeada del respeto y de la admiración, no por haber sido esposa y madre de presidentes de una república, sino por haber sido escritora.

Eduarda Mansilla de García, la fantástica

Eduarda, hermana de un general, madre de un marino distinguido, no vivirá en la posteridad por ellos, sino por sus obras.

Las de mayor notoriedad son, el libro de viajes y la novela titulada *El Médico de San Luis*.

Josefina Pelliza de Sagasta, la noble dama de elevados pensamientos que escribió por la mujer y para la mujer; arrebatada á la vida en horas preciosas, dejó un volúmen de *Conferencias* educacionistas filosóficas; y la señora Juana Manso, cuya labor sobre educación fué tan fecunda en resultados, son las mujeres argentinas que ya entregaron á Dios su espíritu abrillantado por la ilustración y purificado en el crisol del heroísmo, porque ellas, más que las de la presente generación, tuvieron que sostener lucha tenaz contra las preocupaciones, pues lo que en Europa y América del Norte constituye una profesión honrosa y lucrativa, en América del Sur es casi un defecto.

Los nombres que he mencionado bastarían para la gloria literaria de un pueblo; no obstante, aún tengo otros que agregar: Ana Pintos, que tan galanamente maneja el idioma, escondida tras el seudónimo de *Amelia Palma;* Amalia Solano, de las nutridas revistas; Carlota Garrido de la Peña, autora de las novelas *Mundana* y *Tila;* María Emilia Passicót, Eufrasia Cabral, Aquilina Vidal de Bruss, María

E. Cordero, Adela A. Quiroga, Isabel Coronado, María Luisa Garay, Elena Jurado, María Brown Arnold de González, Benita Campos, Elía M. Martínez, Yole Zolezzi, Macedonia Amavet, C. Espinosa, la señora de Fúnes y algunas otras que talvez no he alcanzado á conocer, son, pues, las que hoy forman la legión de honor en la patria de Alberdi y de Sarmiento, con la particularidad de que las más de ellas son de provincias, muy pocas de esta gran Buenos Aires, con propiedad llamada la Nueva York del Sur.

En la patria uruguaya, donde se guarda la bandera de los Treinta y Tres y se hace memoria de los héroes que «tomaron á ponchazos» los cañones del enemigo, pulsan la lira de Apolo dos hermanas en la sangre y en el arte: Dorila Castell de Orozco y Adela Castell. Tierna como paloma la primera, canta para las almas sedientas de consuelo, y si abandona esa entonación, es cuando el patriotismo la exalta. Las composiciones tituladas *Un día más, Anhelos, Dudas, La campesina,* son las más popularizadas; pero las mejores formarán un volumen próximo á publicarse, cuyos originales deleitaron las horas que pasé en la culta Montevideo.

Mas asimilada al modernismo, Adela, burila sobre planchas de concha madre, estrofas filosóficas, como las siguientes que tomo del perfumado manojo, siempre al alcance del gusto:

¿Cómo tu imágen fué á quedar grabada
Cual con buril de acero
En mi intranquila y soñadora mente?
No ves que no lo entiendo....

¿Cómo en nerviosa célula es que pudo
Fijarse tu recuerdo?
Si tu recuerdo es sol ¿cómo engarzado
Quedó en marco de nervio?

No comprendo por más que me lo expliques
Ni llegaré á entenderlo,
Corriente cerebral que sea el cariño....
Materia el pensamiento!....

¡Ah, qué extraño problema! Me parece
que no he de resolverlo;
Renunciar á creer que tengo un alma
Si con otra yo sueño....
....

Junto á las dos poetisas ya de renombre americano, están como capullos que se abren llenos de perfume y colores, Ernestina Méndez Reissig y María Vaz Ferreyra, presuntas glorias uruguayas; y como pensadora elegante y concisa, Casiana Flores*.

No olvidaré á Lola Larrosa de Ansaldo, autora de las novelas *El lujo, Los esposos, Hija mía*, así como de trabajos sueltos, unos reunidos en un tomo con el nombre de *Ecos del corazón*, esparcidos otros en diarios y revistas. Lola, que apenas á los 38 años de existencia, el 25 de Septiembre último, vistió el sudario de la muerte, en condiciones dolorosas que no es del caso recordar.

* Ya falleció esta escritora.

Carezco de noticias sobre la república del Paraguay y cambiaremos de rumbo.

No detendrá nuestra atención Sor Ursula Suárez. La ilustre Mercedes Marín del Solar, autora de la magistral oda *Á la muerte de Diego Portales,* y de cincelados sonetos. Luisa Montt de Montt, delicada, afectuosa, con flores primaverales en búcaro de alabastro; Delfina María Hidalgo de Marín, Carlota Joaquina Bustamante y Rosario Orrego de Uribe, son las que, entre otras, han sobresalido en Chile, así en la prosa seria como en el verso fluído.

Bolivia, la patria de las mujeres de Cochabamba, tiene á Mercedes Belzu de Dorado, la ferviente traductora de los *Salmos de David,* autora de composiciones magníficas como el canto *Al Misti,* hecho después de contemplar el volcán á cuyas faldas se encuentra la ciudad de Arequipa, del territorio peruano.

María Josefa Mujía, la pobre ciega que conmueve el alma cuando nos dice:

«Todo es noche, noche obscura!
Ya no veo la hermosura
De la luna refulgente;
Del astro resplandeciente
Tan solo siento el calor!»
....

Las inteligentes Adela Zamudio, Natalia Palacios y la señora de Campero*, completan

* La señora Lindaura A. de Campero falleció en el año de 1898.

las noticias que de aquella república tengo.

La desventurada Dolores Veintemilla de Galindo; Dolores Sucre, la democrática cantora del *Carpintero;* Marieta Veintemilla, autora de *Páginas del Ecuador,* libro que levantó ardiente polémica histórica; Rita Lecumberri, Angela Caamaño de Vivero, Carmen Pérez de Rodríguez y la señora de González, representan á la patria de Olmedo, y en Colombia encontramos espíritus preparados como el de Soledad Acosta de Samper, laboriosa prosadora que acaba de completar sus obras con el libro *La mujer,* publicado en París. Agripina Samper de Ancisar, muerta en la plenitud de la fuerza creadora, enriqueció el parnaso colombiano bajo el anagrama de « Pía Rigan », Elena Miralla Zuleta, espíritu batallador, reverso de la medalla, con Silveria Espinosa de Rendón, la mística poetisa que cantó á la Cruz y murió en esa cruz esperando. Agripina Montes del Valle y la aplaudida Mercedes Alvarez de Flores, la de los versos de fuego en tarde de tempestad. Sus estrofas en *Sueño á Él* y otras, son hechas con saeta eléctrica para exaltar los corazones fríos. Á este nombre agregaremos los de Josefa Acevedo, Isabel B. de Córtés, Waldina Dávila de Ponce y la señora Párraga de Quijarro.

México es la nación que ha dado mayor número de escritoras. Á noventa y cinco llega la

cifra de poetisas en la colección publicada el año 93 por Vigil, bajo la protección de Carmen Rubio de Díaz, la esclarecida y simpática protectora de las ideas nobles en la tierra del Anahuac.

Enumerarlas sería extender mucho este bosquejo, así es que, sin remontarnos hasta sor Juana Inés de la Cruz, poetisa de los sublimes histerismos de Teresa de Jesús, recordaremos á Sther Tápia de Castellanos, Dolores Guerrero, Severa Aróstegui y Laura Méndez de Cuenca. Esta última es una poetisa de un vigor sorprendente. Sus estrofas parecen hechas con el escalpelo anatómico que tritura la carne mórbida de igual manera que los nervios crispados ó en tensión. Si Laura Méndez de Cuenca no tuviese tantas composiciones y rico bagaje literario en el periodismo, la que titula *¡Oh corazón!* le bastaría para renombre como poetisa de primer orden.

La república de San Salvador, tan fecunda en hombres de letras, acaba de perder á la genial poetisa Antonia Galindo, que era de las pocas mujeres que allá han publicado algo.

Otro tanto diré de Venezuela, citando á Carmen Brige, donde la espiritual Polita de Lima, al frente de la «Sociedad Alegría», de Coro, trabaja por el brillo de las letras venezolanas y persigue con tesón la verdadera y recíproca ilustración del hombre y de la mujer.

Y en verdad que si la mujer se ocupase más de estudiar las aficiones y el carácter del esposo para colmarlo de las complacencias del hogar, desaparecería esa rivalidad que existe entre la casa y el club, nacida sólo de la preocupación de muchas que, erradamente, creen que el pretendiente cuando deja de ser tal, entra en el rol de siervo.

El simpático y querido nombre de Rafaela de Dario responde galanamente á la historia literaria contemporánea de Guatemala; en Nicaragua parece que impulsan las letras las hermanas Selva; y en Nueva Granada, Dolores Haro.

En las repúblicas de Costa Rica, Dominicana y de Honduras, sólo podría citar seudónimos como « Sther », « María » y otros que, unas veces son el velo de la natural timidez y otros originan chascos literarios, como el de *Edda,* con el que escribió Rafael Pombo; *Leonor Manrique* seudónimo de Vicente Holguín, escritor colombiano, y el de *Rebeca,* de Fernando Guachalla, boliviano.

Tócame, en fin, ocuparme del Perú, mi amada patria, cuyo pabellón blanco y rojo, hecho con la sangre de los héroes de la independencia y el velo de las vírgenes del sol, fué glorificado por mujeres de la talla de Francisca Zubiaga, esposa del generalísimo Agustín Gamarra.

Carolina Freyre de Jaimes, poetisa y prosadora elegante, hija de la ciudad de Tacna una de las cautivas de la guerra del Pacífico, ha hecho paseo triunfal hollando palmas desde el teatro con sus dramas *Pizarro, María de Vellido* y *Blanca de Silva,* hasta las columnas del semanario pulcro y el diario vertiginoso.

El periodismo femenino debe á Carolina Freyre de Jaimes páginas como las de *El Album,* que fundó en el Perú y continuó en Bolivia, y, en el bagaje literario de la galana escritora, encontramos, no sólo las novelas cortas tituladas *El regalo de boda* y *Memorias de una reclusa,* sino también el poema *Sin Esperanza* y la colección de versos *Á la memoria de mi hijo Federico,* donde brillan las filigranas del alma y las mariposas de oro que revolotean junto á la cuna del hijo, ese supremo bién, pedazo de nuestro propio ser, para quien guardamos todo cuanto de dulce, de noble y de tierno atesora el amor maternal.

Dice la poetisa madre:

Á FEDERICO.

Como pálido lirio tronchado
Dobló la cabeza.
Y el fulgor se apagó que animaba
Tan dulce existencia.

De pulido marfil parecía
Su forma hechicera,
Sus pupilas dos astros opacos

Tras nube ya densa,
Y sus lábios sin vida, la rosa
Que el estío quema!...

Rota estátua de mármol vencida
Por ruda tormenta,
Solo quedan de tí los despojos
Tras muros de piedra.

Mercedes Cabello de Carbonera, natural de la ciudad de Moquegua, la renombrada novelista y pensadora, dejó la lira que pulsaba con la entonación de *Aurora* para dedicarse á la novela.

Tiene publicadas en este género: *Sacrificio y recompensa, Blanca Sol, Los amores de Hortensia*, y *El conspirador.*

Un estudio crítico del ruso Leon Tolstoï, y los folletos *La religión de la humanidad,* y *La novela moderna,* le han conquistado, también, más laureles sobre los que ostenta su frente de reina.

Teresa González, viuda del marino Fanning, muerto gloriosamente en la guerra con Chile, después que vió disiparse la felicidad del hogar junto con la existencia de su esposo, se dedicó al magisterio y á la literatura. Ha hecho algunos versos, muchos magníficos cuadros de costumbres, varios textos de Geografía é Historia, y un tomo titulado *Lucesitas,* cuyo modesto rubro dice mal con el mérito de la obra.

Juana Rosa de Amézaga ya tenía conquis-

tado renombre como poetisa de estro vibrante cuando entregó á la prensa su libro *Pensamientos y Máximas,* donde resalta una labor filosófica y proficua en beneficio de la mujer peruana: sus ideales educacionistas están cristalizados con mano maestra.

Carolina García de Bambaren, poetisa de las dulcedumbres del hogar, acariñada de la lira modulada en el tono melancólico; y á esta escuela pertenecen también Justa García Robledo, talentosa é inspirada, é Isabel de la Fuente.

Juana Manuela Lazo de Eléspuru y su hija Mercedes, cultivan la gaya ciencia con inspiración; y entre las que han dado el vigor de su cerebro al periodismo, descuella Lastenia Larriva de Llona, directora de *El tesoro del hogar,* autora de las novelitas *Oro y escoria, Oro y oropel* y *Luz.*

Amalia Puga de Losada, la juvenil musa del parnaso peruano, conquistó los laureles de la popularidad como poetisa, y en la prosa ha descollado con donosura y buen juicio.

Margarita Práxedes Muñoz, tiene publicados trabajos científicos sueltos y un libro con el título de *La evolución de Paulina.* Grimanesa Masías, pensadora delicada, que de vez en cuando entrega al público una florecita velada por el seudónimo; y Rosalía Zapata, cuyo porvenir promete; Adriana Buendía, la donosa

niña de la lira de oro, ha derramado profusamente las flores de su ingenio en el camino de la gloria. Para muestra, recordaré la que titula *Flores y perlas,* dirigida á una amiga de la infancia:

En el cáliz de plata
de una azucena,
cierto día la aurora
vertió una perla;
y el sol ardiente
consumió esa preciosa
gota de nieve.

De tus ojos azules
brotó una lágrima,
y del mar en el fondo
quedó guardada.
¡Qué feliz reina
será la que consiga
tan linda perla!

Fabiana de Dianderas, alma poética, consagrada sólo á la musa del hogar, ha cantado á su madre, á su hermano, á sus hijas, y ha llorado en la muerte de Daniel Matto con la espontaneidad del ruiseñor que gorjea notas ora dulces, ora tristes.

La gentil Matilde Guerra de Miró Quesada, cuya pluma ostenta la fluidez del estilo en prosa correcta y atrayente.

Angela Carbonell, la picaresca y festiva escritora que tanto lustre dió á *La Alborada* y á *La perla del Rimac,* ha obsequiado á la prensa sus magistrales traducciones francesas con todo

el galano decir de Victor Hugo ó el incisivo lenguaje de Balzac.

Estas son las que actualmente sostienen el torneo intelectual dentro y fuera de la república; talvez he olvidado á algunas con el deseo de recordar, cuanto antes, á las que temprano murieron, dejando en las filas claros de luz.

Manuela Villarán de Plasencia fué una poetisa festiva é ingeniosa. Sobre su frente parpadeaba siempre el astro de la mañana.

La composición *En un campanario,* es un modelo del género que cultivó; pero cuando el plomo de la guerra del 79 le quitó á su hijo Ernesto, esa alma desbordante de amargura lloró sobre la lira enlutada y de sus quejidos brotaron las magistrales estrofas *Á Ernesto.* Madre, esposa modelo, amiga incomparable; su muerte fué un duelo patrio.

Leonor Saury, la dulce Leonor, de la lira de marfil, pulsada siempre con los ojos levantados hácia el cielo. Todos sus versos son filigranas de plata con fondo azul; su vida, comparable con la de una gardenia, fué todo un perfume y duró tan sólo una mañana.

Manuela Antonia Márquez, poetisa de sangre, escribió poco, pero bueno, y la música acompañó á su musa. Compuso una zarzuela, cuyo libreto, con el título de *La novia del colegial,* hizo su hermano Luís Márquez. Murió en la pleni-

tud de la vida; su nombre es una gloria de familia.

Carmen Póts de Pérez Uribe y María Natividad Cortés, también pertenecían al número de las escritoras con los nobles anhelos femeninos; así como Trinidad María Enríquez, cuzqueña audaz, fué la primera que en el Perú acometió las aulas universitarias en la facultad de jurisprudencia.

Escribió en prosa correcta, fundó un colegio para señoritas y una escuela para artesanos donde ella misma daba lecciones á los obreros.

La estrechez del escenario talvez asfixió esa alma generosa: el vendaval del infortunio la arrastró, despiadado, hácia temprana sepultura; pero su nombre está escrito en el corazón del pueblo y no la olvida el país nativo.

V.

Bastante he fatigado ya vuestra atención y os pido excusa.

La enumeración, aunque incompleta, que he hecho, sirva de recuerdo agradecido para las obreras del pensamiento en América del Sur; verdaderas heroínas, repito, que no sólo tienen que luchar contra la calumnia, la rivalidad, el indiferentismo y toda clase de dificultades para

obtener elementos de instrucción, sino hasta correr el peligro de quedarse para tías, porque, si algunos hombres de talento procuran acercarse á la mujer ilustradra, los tontos le tienen miedo.

¡Ah, no es tan desgraciado el ciego de nacimiento, sin idea de luz y color, como aquel que, en hora triste, sintió hundirse en la noche eterna la vida de las pupilas!

Consideremos por este símil la situación de la mujer que está en lucha abierta entre la ceguera que amenaza y la luz que es preciso dilatar.



GUILLERMINA.

LA TEMPESTAD DEL NIDO.

(Para Zoyla Aurora del Campo de Govín).

SOBRE terso marfíl recamado de oro, venía escribiéndose con tinta azul y pluma de cisne, tajada por las musas, una historia parecida á la de la rosa blanca codiciada por el clavel encarnado y adorada por todos los floricultores del reino.

La lira de Rostand suspiró también á la par de los corazones que amaban á la niña reina, y el alma de Krüger se conmovió, como se sacude el roble vetusto de la montaña cuando pasa el huracán, y luego se balancea tenuemente acariciado por la brisa mensajera de la paz.

Rostand, Krüger, el pueblo holandés, trajeron hasta la América efluvios de amor, notas del idilio, páginas de la historia que se venía escribiendo sobre terso marfíl recamado de oro con tinta azul y pluma de cisne.

Durante el período álgido de la heróica lucha de los boers, el nombre de Guillermina, reina

de Holanda, ha estado mezclado en todas las ansiedades, en todas las congojas, en los supremos entusiasmos que sienten las almas grandes ante la lucha de dos valientes. La figura de la joven reina se ha presentado entre los dos combatientes como la de la diosa justicia y la bondad amparando con su manto de encaje impalpable al vencido, desafiando el enojo del vencedor, evocando el espíritu de los congresales que en la Haya dieron el código de la Paz.

El corazón que compartía de esas grandes luchas de los pueblos empeñados en aborrecerse y matarse cuando sólo debían estrecharse en amor y vivir la vida del progreso, ese corazón de mujer tocó en el día de su florescencia: la flor del corazón es el amor.

Y, fué un príncipe alemán quién recogió el aroma de la flor y en el pueblo holandés se cantó el idilio de la rosa blanca codiciada por el clavel encarnado.

El mundo entero estuvo pidiendo al cable telegráfico los pormenores de la felicidad de la niña reina, tan digna de ser la poseedora de la verdadera felicidad. El amor de Guillermina por Enrique fué sugestivo para el pueblo holandés, para todo el mundo, que comenzó á amar al elegido de aquel joven corazón.

Las fiestas nupciales fueron como una pascua; por doquiera el cable comunicaba el fausto

acontecimiento y se ha revestido de las más poéticas formas la narración de aquellas. Los mejores colores de la paleta, las más suavecitas plumillas del pechillo de los ruiseñores, las gasas más tenues de la urdimbre de las hadas, los pimpollos más frescos de los limoneros, entraron para fabricar el nido de amor de la novia reina, bajo un cielo sin nubes, sobre un trono de topacio y zafir.

. . . .

Ya no es la niña, no la jovencita de blanco ropaje, pero sigue siendo la amada reina de Holanda. Traduzco de una revista las siguientes líneas:

«Desde su casamiento, la reina de Holanda ha habitado de preferencia el palacio de La Haya, su soberbia residencia del Loo, y el palacio de Amsterdam. En la casa de campo de Loo, se entrega á sus diversiones favoritas: montar á caballo y guiar. La joven reina se enorgullece de poseer magníficos caballos de pura sangre y perfectamente amaestrados. El color favorito de la reina es el blanco; aun para montar á caballo usa una amazona de paño de dicho color, con la cual aparece siempre que pasa revista á sus tropas. Es en extremo sencilla, apenas si usa joyas, á diario lleva solo pendientes hechos de un hermoso solitario ó una perla enorme. Su lujo casi único consiste en las pieles,

y posee una colección espléndida. Le gusta vestir, con predilección, el traje nacional tan pintoresco como suntuoso, en el cual, el rico encaje flamenco va sobrepuesto en tejido de oro. El pueblo holandés se entusiasma grandemente cuando la ve así vestida. Siempre sale en coche descubierto, ya que desde niña ha sido acostumbrada á desafiar la lluvia y todas las intemperies, y sólo cuando va al teatro ó algún baile se le ve salir en coche cerrado. Tiene fama de ser la mejor patinadora de Holanda y las mismas damas confiesan que nadie la aventaja en gentileza ni el buen gusto en el vestir cuando se entrega al skating.



Ha transcurrido ya un tiempo desde aquella fecha en que el idilio cayó en el nido y la avecilla blanca dejó volar por el espacio suaves plumillas desprendidas de sus alas, y los pimpollos de los limoneros quedaron marchitos por el beso de la noche y ajadas las gasas más tenues de la urdimbre de las hadas.

El pueblo se halla preocupado con el futuro nacimiento de un heredero del trono de Holanda.

En todas partes se habla del fausto suceso, todas las holandesas, sin distinción de clases, se ocupan en confeccionar el hatillo del príncipe nonato, qué será, seguramente, un prodigio

de riqueza y de buen gusto. Nadie pone en duda que la reina dará á luz un varón y en esta seguridad, las prendas que confeccionan las buenas burguesas de Holanda, el país por excelencia de la ropa blanca, no llevan el color rosa destinado á las niñas, sino el azul, color que va en las cintas y los moños.

Un diario refiere de la siguiente manera la actividad desplegada para la recepción del futuro heredero que será, quién lo duda? rubio como el sol, tendrá los ojos azules como el cielo y las campanillas silvestres, será blanco cual los armiños; fornido como los cedros de Líbano; llevará en el cerebro el *jugo de Salomón,* amará á su pueblo y será buen bebedor de cerveza.

Oh! el futuro hombre! Oh! el futuro heredero!

«En cada ciudad se ha formado, — habla el diario en referencia, — un comité femenino que trabaja con gran actividad á fin de presentar á la reina un objeto destinado al futuro príncipe, tan valioso como artístico, y como cada obsequio pretende eclipsar á los demás, es seguro que la competencia dará por resultado una magnífica exposición de la maravillosa industria flamenca.

Las mujeres de Amsterdam regalan al futuro heredero una capotita de muselina y encajes, adornada con perlas finas y brillantes, con lazos azules que indica las esperanzas del pueblo en favor de un varón.

Las esposas de los ministros ofrecen á la soberana el almohadón en el cual será presentado el régio vástago, según la tradicional costumbre, á los personajes oficiales. Este almohadón irá colocado sobre una bandeja de plata repujada; es de raso blanco, está adornado con magníficos encajes y primorosos bordados. Las mujeres de La Haya han preparado una falda de finísima muselina blanca con encajes y botones de brillantes, que el príncipe llevará el día del bautizo. Las damas de la aristocracia se han encargado de la cuna que será de plata maciza. Á la cabecera habrá un angel de plata, en actitud de velar el sueño del niño. En los costados se esculpiran los escudos de las casas de Orange y de Mecklemburgo Schwering. Las vestiduras interiores que han de figurar en la canastilla, serán confeccionadas por las niñas de las escuelas públicas y privadas llevando así, las niñitas holandesas el contingente de sus manecitas de azucena al recibimiento del pequeñin príncipe que tán grande nacerá entre los mortales que no son príncipes.

El emperador Guillermo de Alemania ha aceptado ya ser padrino del futuro heredero del trono de Holanda, á pedido de la joven reina, próxima á ceñir á su frente alba la gran diadema de la maternidad. Los corresponsales de los periódicos en todas las circunscripciones del

globo tienen su clave concertada para comunicar á su diario el alegre suceso indicando el sexo, que, á estar á los augurios y á las esperanzas, será varón.

El cable se ha agitado. El cable es frio, no tiene corazón, no tiene entrañas, ni siquiera miramientos con los nerviosos, cuya vida pende en un hilo emocional.

El cable ha comunicado que el príncipe consorte ha resultado osco, celoso, pendenciero, gran consumidor de líquidos inflamables y con más hipotecas que señales el misal. Se ha dado, diz, de estocadas con dos personajes de la corte retados á duelo, y todo un caliz de amarguras ha sido apurado en pocos meses por la joven reina que se entregó á Enrique, bajo un cielo sin nubes, sobre un trono de topacio y zafir.

Los sablazos y las palabrotas, los líquidos inflamables y las pendencias, han llevado la tempestad al nido, y la voz del Trueno hasta ha dicho DIVORCIO.

La avecilla de las plumillas blancas está mustia y callada. La reina Guillermina ha tenido un alumbramiento prematuro, de príncipe en embrión, y tristes y calladas están las buenas burguesas de Holanda, buscando un remedio, bajo la sombra de los tilos.

ESPÍRITU Y MATERIA.

(Á Sara Poppe de Martínez).

Y fueron resueltamente á la alcoba.

Las paredes tersas, con su papel color de oro, parecían soles calientes con la luz que se derramaba, profusa, sobre la superficie quemante.

Allí lucía el lavabo la blancura del mármol, atenuando la atmósfera afrodisíaca; allá el *chaise-longue* de terciopelo rosa denunciaba la molicie femenina en la hora de la siesta ó de las lecturas de la novela favorita; y en una de las testeras el trono virginal, con grandes colgaduras blancas semejantes á nubes que se evaporan ó como alas de cisne prontas á cobijar los cuerpos alabastrinos, sonroseados por la ebullición de la sangre.

Él tenía con una mano la diestra y con la otra rodeaba su cintura impulsándola á caminar, así como la brisa empuja las velas de una barca.

Ella daba tranquitos pesados denunciando cierta languidez: iban al altar. . . . .

Ya estaban frente á frente.

La naturaleza sacudía todos los organismos nerviosos. Las flores del jardín inclinaban sus corolas como vencidas por tanta luz y calor, acaso saludando también tanta ilusión.

Los mecheros mismos de las lámparas parecían parpadeantes ante el escenario que alumbraban y las palpitaciones del pecho golpeaban aceleradamente levantando los encajes del seno, comunicando suaves vibraciones en uno y otro corazón, flexibilizando la epidermis, dando al aliento el olor de sales marinas.

El altar ostentaba los refinamientos del arte y la pulcritud femenina, en sus sábanas vaporosas y el acolchado purpúreo. Los almohadones cuajados de encajes de Inglaterra festoneando la batista de lascivas suavidades sobre raso encarnado.

Y las lámparas parpadeaban menudamente.

Él estaba con el semblante iluminado; sus ojos despedían claridades misteriosas, y nerviosamente crispaba las manos y los brazos oprimiendo la cintura y la mano de la mujer amada.

Adriana se detuvo y levantó la frente con la altivez del pensamiento fulmíneo.

—Alfredo mío! — suspiró, y como incorporándose en sus propias fuerzas, continuó.

Mira ese lecho espléndido en donde voy á sacrificarte el corderillo blanco de las ilusiones queridas! Dime si no te parece un ataúd. Quiéres que muera nuestra ilusión querida? ¿Quiéres que la sepultemos entre desfallecimientos, después de un solo rayo mágico que será el veneno de la felicidad futura? Quiéres que después, lánguidos como reos avergonzados, volvamos á una vida donde faltará todo, porque habrá muerto la ilusión?

Si tú lo quieres, sea, Alfredo, sea!...

Y desprendiendo su mano y su cintura se puso á una pequeña distancia envolviendo á Alfredo, por completo, en una mirada de luz, que fué como un baño de magneso en que quedó sumergido el amado.

—Tú eres la diosa de las ilusiones, matarla, dejarla en su ataúd, enterrarla! . . . imposible! imposible! gritó el espíritu de las inmortales fruiciones, mientras que la materia se retorcía convulsionada, epiléptica.

Una oleada de aire puro, fresco, saturado del perfume de las flores, invadió el recinto de las paredes con papel color oro, que á la luz de los quinqués parecía inundado de sol.

Él estaba inconsciente, y como débil plumilla que el viento arrastra, fué empujado á la calle por una fuerza misteriosa é irresistible, y llevado por las veredas.

Había caminado sin rumbo. Se encontró en la Avenida de Mayo; se agarraba la cabeza con ambas manos, las sienes le pulsaban con rapidéz febril, sus lábios estaban secos, su cerebro era presa de fantasmas, y arrastrado por la fuerza de la materia, que es poder, dirigió sus pasos á una casa patentada. . . . .

. . . .

—Ilusión, ilusión querida! yo no he presenciado tus funerales, porque tú eres el espíritu y sepulté sólo la materia. Mujer, vives en la mente como ser alado, mientras que las mujeres pululan en mi recuerdo como sepultureros en tiempo de epidemia!

Y allá, á lo lejos, parpadeaban unas lámparas junto á un altar con alas de cisne y acolchados purpúreos, como la sangre joven que espera la resurrección de las ilusiones.



NULIDADES DEL PERÚ

SEGÚN EL CORRESPONSAL DE «LA NACIÓN» DE BUENOS AIRES.

(De *Búcaro Americano* Julio de 1897).

Cuando leímos el *cablegrama* del Perú dirigido por su corresponsal á *La Nación,* avisando la reaparición de *El Nacional* y la publicación del programa del Partido Constitucional, calificado de *documento insulso, firmado por nulidades desconocidas,* creímos que, talvez fuese el fruto de aspiraciones prematuras, y lamentando grandemente esta forma de hacer mala atmósfera en el extranjero para los hombres y las instituciones de nuestra amada patria, teníamos curiosidad de conocer aquella página insulsa firmada por personalidades anónimas.

Hoy que *El Nacional* ha llegado á nuestra mesa de redacción y hemos leído el aludido programa, trasunto de los ideales patrióticos y generosos de corazones que jamás mezquinaron á la patria su fortuna, su talento y su vida; y hemos encontrado al pié de él nombres ilustres

y beneméritos á nuestro Perú, la santa indignación del patriotismo ultrajado ha puesto la pluma en nuestra mano, para escribir estas líneas al calor del fuego de la justicia y á la luz de la verdad.

En el Perú, donde todos nos conocemos con aches y cues, de fijo que el tenor de ese cablegrama habrá arrancado la carcajada de la ironía á todos los partidos políticos, porque es del país del que se trata, y cuando más dirán, que el corresponsal de *La Nación* paga mal el hospedaje que durante tantos años le da el Perú y las pitanzas de que gozó ya en Lima ya en Europa, cuando el Partido Constitucional llamó en torno á todos los hombres de todas las creencias políticas, porque su ideal era utilizar el mayor número de elementos en pro de la reconstitución, después de nuestra desastrosa guerra externa. Pero aquí, en este gran pueblo, de los ochocientos mil habitantes que moramos bajo la bandera azul y blanca, por poco que las gentes se ocupen de los asuntos del Perú, habrá siquiera cien mil que estén bajo la persuación de que esos nombres estampados al pié del Programa Constitucional son nulidades, y nuestro intento es desvirtuar semejante aserción en nuestros lectores argentinos. Deber nuestro es el hacerlo, porque se trata de nombres vinculados con las más limpias glorias de la patria.

No podremos dar á estas líneas otra extensión que las de *miniaturas,* porque nuestras columnas son limitadas, y así, sólo sacaremos el extracto de lo mucho que podemos decir:

GENERAL CÉSAR CANEVARO.—Hombre de cuna ilustre, hermano del contralmirante Canevaro que manda hoy la flota italiana en Creta, educado en Europa en los más acreditados planteles donde la fortuna y la posición dan acceso á los alumnos. Canevaro es una gloria legítima del Perú, porque en la hora del reto extranjero él puso en los altares de la patria, fortuna, espada y vida; y, no una vida cualquiera: era joven, con fortuna y bizarría, pudo amar la existencia,

Equipó batallones con su peculio, los condujo á su costa en busca del salteador, peleó, recibió el plomo enemigo y fué de los últimos en dejar el campo abandonado por el hombre hecho Dictador á merced de la traición, como jefe de un cuerpo, al frente del invasor.

Después, su acción en el movimiento gubernativo está, á toda prueba, sobre las mezquinas aspiraciones personales. Diputado, Senador, Alcalde Municipal de Lima, Ministro de Estado, Representante del Perú en el exterior, 1er. Vice-presidente de la República; ese es el general César Canevaro.

CONTRALMIRANTE MANUEL A. VILLAVISENCIO. —Este nombre está escrito en los fastos de la historia del Perú inmediatamente después de los de Grau y Bolognesi.

Es del héroe, del pundonoroso marino que el 17 de Marzo de 1880 rompió el bloqueo de Arica burlando á la formidable escuadra chilena con su débil, pero gloriosa *Unión*, gemela del *Huáscar* legendario. Villavisencio es el mismo que mereció el aplauso y el respetuoso saludo de las naves extranjeras surtas en aquella bahía; el hombre que fué recibido en brazos del pueblo peruano al regresar á las aguas del Callao; el noble hijo del Perú que, como Nelson, quiso cumplir con el deber aquel día, creyendo que la carga enviada por el Dictador al Ejército del sur era de municiones, carga que, no sabemos si por sarcasmo de la suerte ó ineptitud del director de la guerra, resultó ser de frazadas y zapatos.

Villavisencio ha servido á su patria con la fidelidad, honradez y desprendimiento de Arístides; ha sido Prefecto de Departamento, Diputado, Senador, Ministro de Estado; y, la faja de Contralmirante ha llegado á él con dignidad, por extricta gradación en el servicio de buques de guerra, desde la clase de Guardia marina; así que, nadie podrá, bajo ningún concepto, ofuscar el brillo de sus glorias como marino y

como ciudadano, reconocidas y encomiadas por historiadores como Barros Arana, Vicuña Mackenna, Markham y Caivano *.

RAMÓN FREYRE.—Es otro marino que ha llegado á la alta clase de Capitán de Navío por sus conocimientos profesionales, por su caballerosidad y patriotismo. En la guerra externa se distinguió en las filas de esa marina peruana cuya estela trazada en el combate del 2 de Mayo, se iluminó de nuevo con la quilla del *Huáscar* glorioso. Ramón Freyre, joven todavía, es una esperanza para la patria que lo ha visto correcto, abnegado, heróico en los momentos difíciles de la guerra y en la paz, cumplido como Capitán de puerto, Prefecto de departamento, Diputado, Senador, Comandante de varias naves. Ciudadano formado en las aulas del honor y del deber de la escuela militar, baste citar que es hijo del exclarecido general Freyre.

JULIO JIMÉNEZ.—El distinguido coronel que en sus venas lleva sangre mora, tal fué y es la fuerza de un patriotismo iniciado desde la niñez, cuando vistió el uniforme de Guardia marina. Hijo de Arica, de ese pueblo mártir que gime

* El Congreso de Piérola desconoció el grado de este viejo marino. Creemos que después se habrá rectificado tamaña injusticia.

todavía bajo los muros del cautiverio, no pudo, no podrá jamás, transigir con Chile, ni con los achilenados que por degeneración de patriotismo aparecen en algunos centros, como séres abyectos que doblan la rodilla ante el matador de la madre. Los antecedentes políticos del coronel don Julio Jiménez, pueden ser motivo de orgullo para cualquier buen servidor de la Nación.

Su carrera, limpia y siempre bajo la égida de la firmeza de convicciones y la lealtad de proceder, comenzó, como hemos dicho, sobre la cubierta de un buque y ha seguido paso á paso en rumbo digno. Perdidos los elementos de mar, luchó en tierra; el Cuzco, ese pedazo de la patria adorada fué su pedestal; allí organizó batallones, de allí salió, peleó, luchó y vió caer su bandera cuando salía fugitivo el Dictador, bandera que recogió el incansable batallador de la Breña, á cuyo torno se cobijaron luego los legítimos, los buenos hijos del Perú y donde nació ese partido llamado *Constitucional.*

Jefe de cuerpo, Subprefecto, Prefecto de varios departamentos, Director de Ministerio, Diputado, Senador. El nombre de Julio Jiménez representa honradez y patriotismo.

MARTÍN A. MUJICA.—Abogado, cuya integridad está estrechamente vinculada con ilustra-

ción y patriotismo; á él puede señalar el foro peruano como á uno de los defensores de la buena doctrina y de la buena causa. Quién no conoce y respeta en la capital del Perú al doctor Mujica, cuya presencia ha honrado las Cámaras Legislativas en diversas ocasiones? Las cátedras del profesorado responden, por otro lado, de la labor, que ha hecho en beneficio de los demás y cuando nuestros infaustos días de guerra nacional, el doctor Mujica, fué de los primeros en alistarse en las filas defensoras de nuestro territorio, de nuestra dignidad, de nuestros derechos usurpados. Hombre de carácter firme, no transigió con los enemigos, ni arrió pabellón halagado por las ventajas personales. Su credo constitucional no ha tenido reforma posible, porque ese credo es hijo de la fé en la verdad de los principios que profesó desde joven hasta hoy en que su cabeza es blanca.

PEDRO M. RODRÍGUEZ.—Abogado de los tribunales, catedrático de la Universidad de San Márcos, de integridad intachable, sus esfuerzos en la acción social se han dirigido al centro mismo del trabajo en pro de la patria: la educación de la juventud: de esa juventud, mañana sonriente con sol y efluvios de esperanza para la abatida patria. Dirige un colegio tan acreditado como el del doctor Whilar, y su palabra

franca ha ilustrado la Representación Nacional en diferentes ocasiones como Diputado ó Senador. Peruano de corazón, trabajó como bueno en la lucha externa, y hoy mismo en las aulas de su colegio, se educa al ciudadano señalándole la patria como el objetivo del deber cumplido por el patriotismo y el sacrificio de la juventud ilustrada.

AUGUSTO E. BEDOYA.—Es militar. Salió de los claustros universitarios de Lima junto con Leca y Torres Paz, con el pabellón que enarboló la juventud peruana en la defensa del territorio. Tiene la graduación de coronel y sus galones están sahumados con la pólvora del invasor en esa lucha sin cuartel que sostuvo el egregio general Cáceres con el grupo de jovenes bizarros á los que el pueblo dió el mote de la *Ayudantina.*

La playa arenosa, el desierto pantanoso, la peña helada de la sierra ¿en dónde, desde Iquique, Tacna, San Francisco, Miraflores, Concepción, Acuchimay, hasta Huamachuco, no posó la planta del coronel Bedoya? Torres Paz murió en la batalla de Miraflores al pié del general Cáceres que en aquella jornada perdió á sus nueve ayudantes, saliendo herido él: Bedoya vive para honrar la memoria de sus compañeros y testificar el arrojo de su jefe. Después, ha

desempeñado la prefectura de varios departamentos, ha sido representante á Congreso, y como Hildebrando Fuentes, como Plácido Garrido Mendivil, como Benjamín B. Sáez, como mi llorado Daniel Matto, su brazo ha alternado entre la espada y la pluma, siempre en defensa del Perú y de sus instituciones.

Martín Dulanto, Julián Sandoval, Manuel A. Moreno y Maíz.—Los tres, hombres de ciencia, médicos distinguidos, que han ocupado curules en las cámaras legislativas y los bancos universitarios en San Fernando como catedráticos. El primero de ellos ha sido Consejero y Ministro de Estado, y todos tres gozan de posición independiente.

Pedro Villavisencio.—Hombre acaudalado, de posición independiente, por tanto, vinculado con el partido constitucional por el instinto que tiene el hombre honrado de afiliarse á agrupaciones con credo político donde cree que ha de encontrar la ventura de su patria y la honra de su pabellón.

Don Pedro Villavisencio, tiene, además, un mérito sobre todos los hombres de fortuna: la ha adquirido en los talleres del trabajo que enaltece, de ese trabajo industrial que ha hecho de la República Argentina la nación más po-

derosa del Sur en América, y representa la virtud de la Democracia.

José Rosendo Samanéz.—La honradez acrisolada y las más firmes convicciones políticas se destacan sobre el nombre de este caballero que ha servido á su patria en distintas gerarquías civiles y militares en la paz y en la guerra.

Hombre de posición independiente, respetable por su fortuna y sus antecedentes de familia, ha sido también Prefecto, Diputado y Senador en diferentes Congresos desde el año 1854 al 95. La firmeza del carácter le viene por herencia y su filiación política no tiene el tornasolado de los acomodaticios.

Octavio Canevaro, hermano de César, es una personalidad igualmente distinguida por su fortuna, educación y patriotismo manifiesto.

Felipe N. Huget y Manuel San Román, ambos militares de escuela, los dos llevan las presillas de Coronel adquiridas por gradación y las páginas que en la historia se ocupen detalladamente de la guerra externa, consignarán los nombres de estos dos peruanos como servidores leales de la bandera bicolor.

El coronel San Román, hijo del Gran Mariscal don Miguel, del mismo apellido, que murió

siendo Presidente de la República, ha sido Prefecto de varios departamentos, Diputado y Senador á varios Congresos, así como el coronel Huguet.

Federico Herrera, uno de los personajes políticos en quienes descargó más implacable la saña del régimen imperante en 1895, es hombre de convicciones tenaces, de palabra calmada; distinguido por su ilustración, y que ha desempeñado altos puestos en la República, como los de Prefecto, Diputado, Senador y Ministro de Estado.

El doctor Herrera ha franqueado también el pórtico del periodismo político, sin pretensiones y con éxito.

Toribio Raygada, de este distinguido marino que ha hecho su carrera limpia y honrosamente, tendríamos que decir otro tanto que del capitán de navío Ramón Freyre, su contemporáneo y colega, pero ya el espacio estrecha nuestro pensamiento y tenemos aún que recordar al abogado de los tribunales doctor Manuel Yarlequé, cuya recomendación para nosotros no está en la pureza con que ha servido á la patria como Prefecto ni como Diputado, pues ambos puestos desempeñó en épocas sucesivas, sino en la consagración de sus esfuerzos intelec-

tuales en favor de la raza indígena, cuyos derechos defiende como escritor y como ciudadano, con entereza tal, que no puede menos que arrancar el sentimiento de afecto y veneración que por él tiene el pueblo del Norte.

LAURO ARCINIEGA, es también abogado joven, con todos los generosos impulsos de la sangre que anhela el progreso de su país y con el santo odio á los tiranos y á los falsos profetas de la libertad.

El doctor Arciniega pertenece al número de esos caracteres que no desdeñan la cicuta de Sócrates por el triunfo de una idea, porque para ellos el sacrificio es gloria, es triunfo.

De intento dejamos en el tintero los nombres de los secretarios, á pesar de que ellos, traen credenciales como Leopoldo Pérez, hijo del ilustre Isidro Mariano, periodista de vocación, hombre impresionable que abraza con calor las causas que defiende y que, casi niño, peleó contra los invasores de la patria y más tarde representó al departamento de Amazonas como Senador.

Tales son, á grandes líneas trazadas al correr del lápiz, las nulidades anónimas que menciona el corresponsal de *La Nación* y, á fé que, si hemos de concluir haciendo votos por aquella nuestra patria ausente, á cuyas floridas playas

talvez nunca más arribaremos, esos votos tendrían que ser porque ella cuente muchas personalidades anónimas como estas; pues de ellas tiene derecho á esperar aquella República.

La Opinión Nacional de Lima, fecha 20 de Agosto de 1897, al reproducir este trabajo lo amplió editorialmente en la forma que cuadra al diarista gentil de estilo propio, que, levantado sobre su pedestal de flores, recibe el aplauso sincero de la América.

Recogemos íntegra la ampliación hecha por el doctor don A. Avelino Aramburú, agradeciendo los benévolos conceptos relacionados con la autora.

« UN BOSQUEJO MÁS ».—El *Búcaro Americano*, dirigido por la poderosa inteligencia que en la próspera é ilustrada tierra de San Martín conserva bien alto el nombre de nuestra querida patria, ha dejado, bien lo ha dicho, algo en el tintero al defender á sus compatriotas del alevoso ataque asestado con pequeñez de espíritu y propósitos depravados.

Algo más, aunque no todo, agregaremos respecto de algunos de los miembros de la Junta Central Directiva del Partido Constitucional.

No son desconocidos los señores doctor Máximo Vásquez y Teodoro Noel.

El doctor Vásquez, alumno universitario distinguido, es actualmente, profesor en uno de nuestros más afamados planteles de Instrucción Media, Director de un Instituto acreditado y autor de excelentes obras de enseñanza.—Quien educa á la juventud, quien consagra su saber á la confección de libros, quien no vive ni ha usufructuado jamás la política, quien de su gabinete de pedagogo, de letrado, de hombre de trabajo, sale á prestar su concurso desinteresado en servicio del país, no es ni puede ser una nulidad, ni una individualidad insignificante.

En todos los países, hombres como el doctor Vásquez, que, además reune la cualidad rara de la modestia, ocupan los primeros puestos y son dignos del respeto y consideraciones de sus conciudadanos.

El señor Noel, joven todavía, se ha señalado como una inteligencia ilustrada, en el periodismo, en la enseñanza y en el partido al que sirve con la más sincera consagración, varias generaciones se han educado conociendo el texto de Aritmética, adoptado en toda la República, del padre cuyo hijo ha seguido las huellas de trabajo y honorabilidad.

Permítasenos llevar una palabra más al esbozo de un amigo antiguo, un compañero de varias épocas, caldeado en un patriotismo é inflexibilidad de convicciones que no han vaci-

lado al través del tiempo y de las visicitudes políticas.

El doctor Manuel Yarlequé, que hoy está consagrado al ejercicio de su profesión de abogado en esta capital, y que aún siendo sólo Doctor en Jurisprudencia, ocupó por varios años el puesto de Secretario del Ministerio de Instrucción, siendo uno de los redactores principales de este diario, afrontó á la Dictadura de 1879, cuando nuestro Director fué llevado á la cárcel, por supuesto desobedecimiento del Estatuto; y cosa singular, en 1896, cuando el Dictador, disfrazado de Presidente, envió otra vez á la Cárcel al Director de la *Opinión Nacional* por su actitud levantada, volvió el doctor Yarlequé á afrontar el peligro, manteniendo nuestra actitud y nuestro deber, convencido de que la libertad de la prensa debía sostenerse á todo trance sin ahorrar ningún sacrificio.

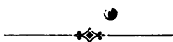
Como Legislador, la tribuna y el Diario de los debates conservan el recuerdo de sus discursos, habiendo sido notable su energía cuando acusó á uno de los Ministros más poderosos que han actuado en nuestra política, cuando representando á la Cámara de Diputados, sostuvo ante el Senado la acusación contra un ex-Ministro de Estado, cuando con ruda constancia combatió la contribución personal y cuando en el Congreso de Chorrillos se opuso á la paz con desmembración territorial.

Como periodista, además de su participación en nuestro diario en las épocas indicadas, fundó y redactó dos periódicos en el Departamento de Piura, á donde fué á residir después de la ocupación chilena.

Y, hay un episodio no redactado, que tuvo lugar cuando nuestro amigo fué llamado á Palacio por el Dictador señor Piérola.

No hemos de hacer la biografía de los hombres del Partido Constitucional, porque sólo la malevolencia ó la ignorancia de nuestra historia contemporánea pueden desconocer, ó aparentar desconocer á los hombres por sus aptitudes y capacidad.

Basta lo que dejamos dicho para completar el cuadro de sintética reproducción única en el Plata, y terminaremos, con el corazón henchido de gratitud, aplaudiendo el viril porte de la dama ilustrada que conserva en el alma el fuego patrio de las vestales, no apagado por el viento de la proscripción, ni por la ingratitud y pequeñez de aquellos detractores que necesitan señalarse de alguna manera para conseguir el sustento envilecido, ó ilustrar su encorvamiento de amigo incondicional, ó de servidor degradado.



GUIRNALDAS Y CORONAS.

PINTURA DE AGUAZO.

(Á César Orozco, del Ejército uruguayo).

ALLÁ en el templo de la meditación donde existe el altar blanco recamado de oro; donde las nubes forman cortinajes suspendidos por repliegue azul y suena el clarín del ángel de la gloria, dando la nota del triunfo, estaba la diosa de las recompensas tejiendo una guirnalda de palma y laurel, encina y roble.

Al otro confín, sobre la enhiesta roca donde crece solitaria la penca repleta de abrojos, el maguey triste y la balsámica de raíz aérea, la Ingratitud y la Envidia con manos enjutas y pálidas, de cuclillas, una enfrente de la otra, tejían, también, una corona de espinas que con sus aceradas puntas había sangrado los dedos de las pálidas.

Eran los postreros días de la guerra.

Las ciudades desoladas, la ceniza del incendio, los ayes de los heridos y las puertas de ca-

lle entornadas como en duelo íntimo, daban á la naturaleza el aspecto del terror y en la desierta capital sólo resonaba el eco de los tacones de las botas milicianas y del sable arrastrado sobre las baldosas.

¡Oh querido Perú! trono de la gloria y de la fortuna en otros tiempos, entonces era el despojo sangriento del negro buitre que clavó sus garras en el corazón de la paloma de plumas blancas y rosados pies.

La reina ultrajada escondía su altiva frente entre los cendales del martirio, agobiada por un dolor infinito; en los risueños campos de primavera ya no se veía la yunta del labrador, ni el caballo de ojos negros y dilatadas fauces relinchaba al cruzar en carrera el llano de gramadales; menos aún rumiaba el llama al empinar la puna cargado con los fiambres del minero tenáz.

—Es mi patria cautiva?—preguntábase el adolescente, en cuya limpia boca no sombreó el bozo del púber entusiasta y nervudo.

—¿Cautiva?.... Jamás! Jamás!—respondió un guerrero, armado con el palo de los rejoneros, cruzando como un celaje por el campo del exterminio.

—Jamás—repitió el eco de la quebrada—Jamás! repercutió en las altas cumbres del Andes descendiendo luego de la montaña al valle,

en cuyos campos estaba un soldado en pié, asido al pabellón bicolor, rodeado de sus valerosos breñeros.

¡Cómo fué de audáz el corazón que alimentaba la idea de la resistencia armada! Cómo de férreo el brazo que sostuvo la enseña de la patria, santa y bendecida!

Derrotado al crepúsculo de la tarde en desigual batalla, de uno contra ciento, al amanecer volvía á rehacerse y atacar otra vez. Este prodigio de resurrección bélica, le hizo llamar por el enemigo *El brujo de la sierra,* mientras que los nuestros le apellidaban *El bravo adalíd del kepís rojo.*

Ya no era Grau llevándose el alma del Perú todo hácia las encrespadas soledades del Océano, cuyas aguas surcadas por el «Huáscar» tintas con la sangre del héroe, salpicaban la túnica de la gloria; ya no era Bolognesi, ofreciendo *quemar el último cartucho,* en la cumbre del Morro, bautizado con la sangre del ínclito anciano de los cabellos de plata; ni Villavisencio, burlando con la «Unión» toda la escuadra en Arica; era Cáceres, encarnando la última esperanza de los corazones peruanos, en la cima del Sazón y Huamachuco, en la costa, en la sierra.

¡Huamachuco! Allí pelearon los peruanos y murieron con la muerte de los héroes, y de entre el montón informe de cadáveres el soldado

del kepís rojo salvó el pabellón nacional. Llevado á la ciudad de los virreyes, se enarboló siempre límpido, siempre hermoso en el palacio de gobierno, donde, por la crueldad del destino y la injusticia americana, tremoló el pendón de la estrella solitaria.

¡Cáceres!

En dónde hubo un nombre más victoreado, qué plantas hollaron jamás, desde San Martín y Bolívar, mayor cantidad de flores; cuáles oídos escucharon tal coro de alabanza cortesana, ni qué olfato aspiró más denso el humo del incienso perturbador de los grandes?

El pálio del templo desplegó recamado tisú sobre varas de plata, para recibir al kepís rojo; la palabra del sacerdote encontraba estrecha la cátedra sagrada para demostrar á los pueblos el valor, la constancia y la grandeza de aquel hermano de los Macabeos; las columnas de los periódicos agotaban el calificativo en honor del patriota; la piedra litográfica multiplicaba la imágen del «ídolo del pueblo justiciero»; la lira del poeta, en rivalidad con la inspiración del dramaturgo, llenaba el Olimpo y la escena con la rima y la apoteósis al kepís rojo. La perseverancia en demanda de la gloria dejaba estela de luz en el Alto de la Alianza, San Francisco, Tarapacá, San Juan, Miraflores, Acuchimay, Concepción y Huamachuco.

¡Cáceres!

Su sangre corrió por la patria; sus esfuerzos fueron «sin cuartel contra Chile».

¡Cáceres!

Llegó también la diosa de las recompensas con su alba vestidura y los piés encerrados en borceguíes de raso aurora.

—Guerrero, inclina la frente—dice—que he de circundarla con el emblema que pocos ganaron.

Y la guirnalda de palma y laurel, encina y roble, quedó sobre la cabeza erguida del hijo del Perú.

Blancas nubes que se van, celajes de fuego que se cruzan, también son inquietos é inconstantes como el afecto de los hombres y de los pueblos.

Los pueblos y los hombres aman y odian con frenesí.

Entre la apoteósis de la hora azul y la injusticia del día negro, apenas existe una línea trazada sobre arena.

¿Qué se ha hecho el guerrero de la guirnalda de palma y laurel, encina y roble, de quien está orgullosa la patria? . . .

¿Hablan de él con la lógica de los atenienses que condenaron al ostracismo al noble Arístides, porque se cansaron de oír llamarle el justo?

La ceniza del oprobio está derramada por doquiera; no se entienden los unos con los otros.

Ellas también, Envidia é Ingratitud llegan á su turno y dicen:

—Guerrero, inclina la frente que hemos de circundarla con el emblema que muchos soportaron.

Y la corona de espinas quedó sobre la cabeza ya reverberante con la nieve de la cima, pero siempre erguida, del hijo del Perú.



La inmensidad del Océano! . . .
La llanura que es otro mar! . . .
Y sobre los dos el espacio azul! . . .
. . . .
Patria!
. . . .

Más, la proscripción no es un mal nostálgico cuando es casi nuestra la playa amiga que hospeda al desterrado.

El suelo de San Martín tenía hogar y honores para el hijo del Perú.

Los próceres de la guerra independiente, levantándose del lecho de mármol, dieron voces de vivac.

—Soldado, eres digno descendiente de nosotros.

—En qué lo habeis conocido? No viste uni-

forme, no trae insignias, ni la espada de pomo cincelado.

—Oh! ciñe su frente la corona de espinas, patrimonio nuestro. . . .

Un coro de voces, entusiasta, alegró el escenario.

Era la juventud universitaria bonaerense, con el corazón puro que late acelerado cuando se le habla de patria y de valor.

Los nietos de Belgrano, de Necochea, de Pacheco, de Escalada, de Pedernera, adelantábanse hácia el proscripto hijo del Perú, llevando enlazados los pabellones peruano y argentino, sobre cuya asta oscila aquella guirnalda de palma y laurel, encina y roble que tejió la diosa de las recompensas.

El redoble de los tambores se dejaba oir por la derecha y por la izquierda.

Era el 10 de Noviembre de 1895. El general Andrés A. Cáceres cumplía, en la proscripción, los 58 años de existencia.

Los leales, los que jamás mintieron afecto ni demandaron favores, lo saludaban también al són del redoble extranjero.

Sobre su frente luce una diadema: la blanca y azul que disciernen á las glorias contemporáneas los corazones rectos y las almas nobles.

Buenos Aires, 1895.

BIBLIOGRÁFICAS

(DEL LIBRO LÁGRIMAS).

TARJETA POSTAL.

HACE tiempo que venía gustando el aroma de florecillas literarias tímidamente esparcidas en tal ó cual revista por la delicada mano de una, casi niña, poetisa uruguaya; más, un buen día, día de sol alegre y primaveral, de aquellos ya raros en la presente estación, llegó á mis manos todo un ramillete de flores en forma de libro, y, por el contraste que el rocío establece al caer sobre el pétalo de la rosa, este libro se titula *Lágrimas.* Su autora es la señorita Ernestina Méndez Reissig, cuyo nombre corre, loado, entre la falange de poetas y prosadores americanos.

Cuando aparece un nuevo luminar en la esfera celeste, todos los telescopios suelen dirigir su visual hácia el nuevo astro, para distinguirlo de las estrellas errantes y de los cometas de vida fugaz. Así, también, entre nosotros, aque-

jados por la plétora de versificadores, cuando se destaca en el monte sacro una personalidad ungida por las Musas, todos los que lo fueron se sienten atraídos por los arpegios de la nueva lira pulsada con el corazón. Digo esto, porque la poesía la comprendo como sentimiento, así en lo épico, en lo guerrero, en lo pastoril. Quien percibe las hazañas de los héroes y siente palpitar las arterias de los grandes pueblos; el que llora un bien ausente ó perdido y se extremece con la ternura de su madre ó de su amada; el que da alma á la fantasía, color á la frase y música al conjunto; ése sí será poeta, aunque ignore el número de sílabas, las acentuaciones y licencias que disciplinariamente exigen los de la categoría de aquel que dijo:

« Allí vienen las apazancas
Tras de las hormigas blancas. »

Á quien contestó el verdadero poeta:

« ¡Fuerza del consonante, á lo que obligas:
Á decir que son blancas las hormigas! »

Ernestina Méndez Reissig ha nacido poetisa, con toda la exuberancia de inspiración que la flora uruguaya imprime en los espíritus delicados. *Lágrimas*, es la primera entrega que hace en conjunto, del cofre de esa rica pedrería que va engastando en filigrana, cada vez con

mayor perfección, como notará el lector al comparar unos cincelados con otros, por orden de creación.

Este reparo vengo haciendo por mi parte, y más de cerca, desde que recibí los primeros originales de la señorita Méndez Reissig para mi revista *Búcaro Americano*, florecida por la colaboración de la gentil poetisa.

Composiciones tiene Ernestina, como la titulada *Deseo*, que en todo corresponden á la factura de poetisas renombradas en la cuna de la Poesía castellana; entre otras, Mercedes Velilla de Rodríguez y Blanca de los Ríos.

Reforzaré mi juicio con la transcripción de alguna estrofa tomada al acaso.

Dice Ernestina:

¡Quién pudiera olvidar todas sus penas,
De nuevo abrir el alma á la ilusión!...
¡Ay! ¡es crimen quitarse la existencia,
Y no es crimen herir un corazón!

Blanca de los Ríos dice así:

Siendo el amor la fuente de la vida,
¿No será un crimen extinguir la fuente?
Si el que asesina á un hijo es filicida,
El que mata un amor ¿no es delincuente?

Y la señora Velilla de Rodríguez:

Dicen que la vida es sueño,
Y todos quieren soñar;
¡Sueño yo cosas tan tristes,
Que quisiera despertar!...

Podría engalanar estas páginas transcribiendo otras estrofas de las delicadísimas que contiene *Lágrimas*; pero no me propongo hacer un análisis detallado, ni quiero defraudar el tiempo al lector en las dulces emociones que, para regalar su sensibilidad. guarda en sus hojas el libro que entre manos tiene.

En esta mi tarjeta vayan, sí, para la joven poetisa, mis aplausos sinceros, que de aliento no ha de menester quien ama el arte por el arte mismo y cuenta con todos los entusiasmos literarios propios de su edad y de su cultura.

Buenos Aires, Septiembre de 1900.



DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA FIESTA PATRIÓTICA DE LA ESCUELA COMERCIAL DE MUJERES EL 8 DE JULIO DE 1899.

CABALLEROS, SEÑORAS, SEÑORITAS:

VEO flotar ondas de luz diamantina con los cambiantes del iris y parpadeo de estrellas; oigo rumor de alas que pasan, y notas de trompas guerreras; aspiro perfumes tropicales, y siento que la sangre bullente me afluye al corazón.

Poso la mano en él.

Interrogo.

Contesta: « Ideal del hombre, primavera de la vida: patria, juventud ».

Oh! sí, es la juventud convocada al templo patrio ó sea la escuela, oficiando en el altar de los próceres, ofrendándoles flores, himnos y amor republicano, con la misma fe, con igual entusiasmo con que los tres magos de otras edades ofrecieron oro, incienso y mirra en la cuna de la Igualdad y Fraternidad humana.

Patria. Nombre tan dulce como el de madre. Patria argentina!... Ah! Yo no me siento extranjera entre vosotros; porque vuestra patria y la mía, son dos ramas de laurel de un solo tronco, con sus mismas flores rojas, cuyas corolas revientan con el calor de mi padre Sol, hácia el espacio azulino, pregonando la hermosa libertad invocada el 25 de Mayo de 1810, jurada el 9 de Julio de 1816, alcanzada el 9 de Diciembre de 1824.

No aspiro á llevaros hasta los orígenes históricos del descubrimiento del Nuevo Continente, que, con sus riquezas, deslumbró al Mundo Antiguo; ni quiero detenerme en analizar cómo arrancó la expedición de la conquista española, llegando por aquel lado Francisco Pizarro, cuando Atahualpa gobernaba sabiamente más de doce millones de peruanos, y por éste, Juan Díaz de Solís; ambos trayendo el presente griego de las cadenas opresoras que, durante tres siglos, arrastraron nuestros padres; cadenas cuyos eslabones hicieron pedazos hombres de los designios providenciales.

Los pueblos del Río de la Plata fueron de los primeros en recibir la sublime inspiración del genio autonómico.

Después de rechazar las invasiones inglesas pudieron decir con el protagonista de la leyenda: *Ceñidme la coraza, embridad el corcel,*

dadme la lanza, que me siento hombre y quiero combatir por la libertad!!

El grito lanzado en la plaza de la Victoria de Buenos Aires repercutió en América conmoviendo el Alto Perú, en Chuquisaca, inspirando al Congreso de Tucumán que declaró la independencia y ungió á los nuevos apóstoles para que llevasen el evangelio de la libertad á sus hermanos; y el 9 de Diciembre de 1824, no quedaba ni un solo pueblo esclavo que redimir. *

Todas las cadenas estaban rotas, y el león que por tres siglos consecutivos se alimentó de carne americana, yacía sin garras, sin dientes y sin melenas, tendido al pié de la bandera de Mayo, victoriosa en Ayacucho.

Parece que la Gloria, el Martirio y el Heroísmo hubieron formado la trinidad sobrehumana para ejercitar su poder en el destino de las naciones, mediante el concurso de seres privilegiados.

Belgrano y Güemes, Pueyrredón y Balcarce por un lado; San Martín, Guido, Alvear, Rivadavia, Moreno, Rodríguez Peña, Olazábal, Necochea y tantos, por otro; unos, agitando las masas populares, estos desafiando las ondas

* Cuba y las otras islas fueron miradas con poco interés por aquel tiempo.

del Plata, rivales de las olas atlánticas; aquellos escalando las cimas del Andes canoso ó acortando la distancia de la inconmensurable llanura con marchas vertiginosas de la tradición militar argentina.

De las esmeraldinas márgenes del Orinoco; de la falda caliente del Cotopaxi, de los desiertos arenosos en donde ruje el Simoún, acudían, también, al conjuro de la Gloria, de la Libertad y de la Patria, espíritus superiores encarnados, ya sea con el nombre de Simón Bolívar, ya Antonio José de Sucre, Córdoba, La Mar, Santa Cruz, Gamarra, que multiplicaban el azote de los tiranos, como el sol multiplica sus rayos cuando se levanta en el cenit de la esfera.

¡Y qué lucha!

¡Qué resistencia la de esas naturalezas aceradas; qué fortaleza la de aquellos espíritus vaciados en molde griego por mano de romanos.

El paso de los Andes sólo puede apreciarse debidamente, cuando se contempla cara á cara aquellas moles de nieves perpétuas en cuyas cimas se yergue el águila, señora de las alturas.

Imaginad la situación del ejército patriota después del desastre de Cancha Rayada y podréis apreciar las reacciones que opera el patriotismo, midiendo, así, la emoción que produjo en las huestes argentinas el redoble del tambor victorioso en Maipú.

Detengamos aún la mirada investigadora, después de Chacabuco, y fijémosla en el campo de Quinua y en las márgenes de la laguna de Junín en donde se libró la más imponente, por no decir hermosa, batalla al arma blanca que registran los fastos guerreros del siglo que expira.

Ni un solo tiro se disparó. Fué el cruce de sables y de lanzas como el rebramar del huracán en bosque de árboles corpulentos.

Choque de lanzas, golpe de sables, estruendo de cascos y herraduras, gritos de coraje furente! . . .

Se rifaba la suerte de cinco Repúblicas.

La cadena opresora ó la bandera de la libertad! . . .

Y vino Ayacucho.

El timbre de plata del clarín que obedecía al general Sucre paralizó los brazos de los bravos. El ejército del rey estaba en derrota; prisioneros, el virrey La Serna, Canterac y sus mejores jefes.

La semilla echada en la plaza de la Victoria de Buenos Aires, aquella mañana brumosa de Mayo, había fructificado, y el santo árbol de la libertad extendía su fronda en la tarde de Diciembre, para cobijar la vida independiente de la América del Sur.

Esa es, también, la que hoy inspira vuestras

frentes juveniles con celajes de aurora, llenas de ideales republicanos.

II

Os he delineado, á grandes pinceladas, la obra gloriosa de aquellos hombres héroes y mártires; cuya memoria venimos á honrar con tanto mayor cariño y veneración, cuanta fué la injusticia con que les pagaron sus contemporáneos.

Es indudable que existe un sino torcedor de los seres superiores; víctimas de la ingratitud de los pueblos, de la emulación de los unos, de la calumnia de los otros.

Cristóbal Colón que dió á la España de Fernando, nada menos que un mundo, calumniado, engrillado después, murió casi mendigo, en una aldea cercana de Sevilla. Bolívar murió pobre expulsado por el Congreso de su patria; Sucre pereció solo y abandonado al fusil asesino de Sarria y Erazo, en la encrucijada de Berruecos; Córdoba fué victimado por las balas del aventurero Hand, y San Martín, el coloso de las libertades, el terrible en la lucha y magnánimo en la paz; proscripto de su patria, calumniado por los mismos que le debían gloria agradecida * exhaló su alma hermosa por la virtud en playa extranjera. . .

* Alude al lord Cochrane.

Pero, no os horroricéis, señoritas: el tiempo que fabrica paciente el diamante en el seno de la tierra, escribe la palabra JUSTICIA en la inmensidad de las generaciones y estas repiten, GLORIA! . . .

El historiador ha inscrito los venerados nombres en el libro magno; el lapidario los ha grabado con buril de brillantes en planchas de oro maciso; el estatuario ha levantado sobre pedestal de bronce, aquellas figuras de talla sobrenatural, y la mujer ha recogido los nombres inmortales en su corazón, urna de cristal, para enseñarlos á sus hijos, á sus hermanos, á la humanidad!! . . .

La mujer he dicho, y al discernirle mención especial en este bosquejo de reminiscencias patrióticas, no puedo dejar de recordar que, el progreso moral y material de que en la actualidad disfruta la mujer argentina, con escuelas profesionales que robustecen su dignidad y marcan su personalidad consciente, es consecuencia lógica é inmediata de la obra de redención iniciada el 25 de Mayo de 1810 y coronada por la victoria el 9 de Diciembre del año 24 citado.

Bajo el yugo opresor la mujer era, casi una cosa. Apenas si se le permitía aprender á leer para aliviarse en la tarea de sus devociones. Esclava del padre, del hermano, del marido

que se le daba, esclava de las preocupaciones que encadenan el espíritu, esclava siempre. Hoy la mujer es persona.

Hay quienes piensan que la mujer debe educar á sus hijos con la idea de la quietud y de la paz, la paz siempre.

Yo no creo así. La altivez es signo de grandeza, de superioridad y de fuerza.

Las máximas de la madre de los Gracos harán siempre grandes á las naciones, por la bizarría de los ciudadanos.

Con el escudo ó sobre el escudo; es tan hermoso como *por la justicia, por el derecho, por la libertad.*

Así pensaron las matronas argentinas de 1810, y las Mujeres de Cochabamba y de Cartajena y de Quito; por eso hubo héroes y mártires, y por eso tenemos patria libre.

Quedó encendido el fuego sacro sobre el ara.

Mantenedlo siempre en el corazón del pueblo; cuidad de él en la Escuela Comercial de Mujeres, con la perseverancia de las antiguas vestales. . .

Y, no os diré más; porque el labio enmudece cuando el corazón está lleno de grandes emociones.

¡Salve próceres y padres de la patria argentina!

¡Gloria á los héroes de la independencia americana!



AZULES.

(Á Elia M. Martínez y Julia A. Curto).

Cuando el cielo está nublado, casi negro; cuando ruge la tempestad y la ola que conduce nuestra nave estalla contra la quilla, cual si protestara de su carga; cómo se oprime el pecho, y se suspira por ese azul purísimo de nuestro cielo!

Los que no han salido de su patria, empujados por la mano del infortunio, los que no sintieron rugir la tempestad sobre su frente ni reventar la ola bajo la planta, ¿qué han de saber del dolor, qué de lo que importa un hogar hospitalario, que bajo su techo nos recibe con la dulce sonrisa del hermano y nos sienta á su mesa dándonos el nombre de amigo?

¡Yo sí lo sé!

Con cuán tiernas fruiciones escribo hoy el nombre de Luís Cometti y su incomparable familia cuya casa, verdadero oasis en medio de la caliente arena, tuvo frescuras para mi pecho y verdor frondoso para mi frente.

De las amapolas me brindó el sopor narcótico, suave y fragancioso; de las violetas, la modestia, del azahar, la pureza. Me dió la consis-



tencia de la perla, y del oro, timbre y valía; de la montaña tomó el roble para fortaleza y del bosque arrancó el mirto para mostrármelo como emblema de triunfo y de esperanza!...

El azul del cielo se dilataba y mi corazón había encontrado un punto más donde palpitan corazones nobles, de aquellos que al evocar el nombre argentino nos responden con los dictados de fraternidad y de amor.

El señor don Eugenio Blanco y su señora, rivalizando en comedimiento y en sublimes incidentes de amistad, sólo tuvieron flores para que



nuestros pies las hollaran, palabras de consuelo, acciones de gentileza impagable.

Horas azules pasadas bajo el techo hospitalario de la familia Blanco, ellas están guardadas en el cofre de la memoria que sólo la muerte destruye.

Un necesario viaje á Montevideo me hizo conocer á una dama argentina de cultura y belleza proverbiales. Carolina Torres de Moreno, esposa del notable diplomático Enrique B. Moreno, que por entonces representaba á la Argentina en la patria gloriosa de los Treinta y Tres, con igual honra que hoy la representa en Italia.

Hay espíritus que sientan por regla general el egoismo de la mujer para con la mujer, habría

mucho de verdad en esta clasificación, pero es modificable cuando se trata de mujeres superiores, mitad del cielo, mitad de la tierra, como



si en ésta solo tocasen los pies calzados con el zapatillo de raso blanco.

Carolina, la hermosa y digna compañera del que es una de las glorias limpias de la República Argentina, no se conformaba con las atenciones prodigadas y quiso ponerme en relación con una mujer angelical. «Ustedes se han de comprender y se han de querer», me dijo, dándome una cartita casi impalpable dirigida á Julia Moreno de Moreno, hermana del doctor don Enrique, residente en Buenos Aires.

Cuando fuí á entregar aquella cartita con sobrescrito menudillo sobre rico papel de hilo,

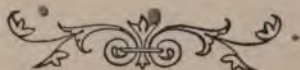


hallé la morada del arte, acicalada por el sentimiento, y sentimiento de mujer.

Desde aquel dia, la proscripción perdió los tintes negros que el tiempo venía disipando; y sólo hallé el azul purísimo, tan puro como el del cielo de mi patria.

¡Oh grupo gentil de mis amigos!

Flores y perfumes en verano, calor de la chimenea en invierno, libros y música en los momentos de tristeza, solicitudes de la amistad á cada momento; no paséis jamás de mí, que, aquí junto al pecho os quiero retener, y, aquí os guardo reverente!...



INDICE.

PÁG.



